

Amigas Zorras

Claudia Zamora

AMIGAS ZORRAS



*Relatos cortos para adultos
sentimentales*

CLAUDIA ZAMORA

Capítulo 1

Para Stella, una Zorra Estrella

Advertencia

Este libro contiene algunas escenas sexuales explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores menores de edad. El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de su autora.

Amigas Zorras

Autor: Claudia Zamora

Primera Edición: Enero 2014

©Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del autor. Copyright © 2014 Claudia Zamora - todos los derechos reservados.

ISBN: 10-1478367237

ISBN-13:9781478367239

www.claudiazamora.net

Agradecimientos:

Agradezco haber hallado a lo largo de mi travesía planetaria, "tantas mujeres virtuosas". Mujeres que sienten, aman, luchan, y se desgarran por vivir vidas excelsas. A todas esas mujeres, a todas mis "Amigas Zorras" les dedico esta obra. Muy especialmente, a quienes me han dado la sana inspiración y el coraje para contarlo. Gracias por su infinito amor, por ser y estar siempre en mi corazón.

CZ

ÍNDICE

Una Zorra Bruja	8
Una Zorra Desvergonzada	35
Una Zorra Actriz	71
Una Zorra Tramposa	122
Una Zorra Herida	145
Una Zorra Atrevida	174
Una Zorra Intrépida	200
Una Zorra Valiente	233
Una Diosa Zorra	278
Una Amiga Zorra	296

“Mujer virtuosa,
¿Quién la hallará?
Porque su estima sobrepasa largamente
a la de las piedras preciosas.”
La Biblia - Proverbios 31:10

Zorra # 1

Una Zorra Bruja

Con el filo de una daga, esculpió ambos nombres en cada una de las estatuillas de cera.

En la de color celeste, escribió con letras mayúsculas: "SANTIAGO", tallando en el borde, un sol con rayitos alargados; y en la de color rosa escribió: "RAQUEL" y trazó una media luna en relieve.

Luego acomodó prolijamente, ambas velas sobre un círculo de azúcar, y las espolvoreó con los pétalos de una rosa color carmín.

Tomó una vara de incienso, y con su mano derecha, comenzó a dibujar círculos de humo en el espacio, como si esta fuese su varita mágica.

Encendió ambas velas, y recitó tres veces en voz alta:

-“Con el poder heredado de mis antepasados, las Magas del Amazonas y las Pitonisas de Delfos, ofrendo este Conjuro de Amor al infinito, para que se manifieste: amarrando mi corazón al de mi prometido. Que así sea”.

Se sentó a observar como las llamas se atraían mutuamente y juntándose, formaban una sola luz brillante.

Se imaginaba que Santiago la cargaba en sus brazos y ella lo abrazaba sonriente y satisfecha.

De pronto, un agudo bostezo la sacó de aquel pensamiento novelado que rumiaba entre sus anhelos.

Miró de reojo su reloj; había transcurrido más de una hora y las velas se consumían muy lentamente.

La segunda parte del ritual del conjuro "para atraer el amor eterno"; consistía en recolectar la cera fundida y colocarla sobre un paño de color rojo; luego con un lienzo lo ataría en siete nudos, formando un pequeño envoltorio.

Una vez constituido, debería colocarlo debajo de la cama donde dormiría su enamorado.

De esta forma, se activaría la "magia" y Santiago, no tardaría en sucumbir a sus encantos.

-Tendré que dejar las velas ardiendo y marcharme al trabajo...mmm - -
¿Qué podría suceder?...musitó.

-Terminaré "el trabajo" cuando regrese.

Cerró la puerta y apurada se marchó.

Santiago era un hombre muy especial.

Se habían conocido en una kermesse organizada por el Patronato de Apoyo a los Bomberos de Palo Alto.

Raquel era dueña de una prolífera peluquería, ubicada en la periferia de la comuna; y como ciudadana comprometida, aportaba mensualmente su cuota de socia contribuyente al Patronato.

Nunca pensó que se enamoraría de un bombero; pero al parecer, lejos de apagar las llamas que consumían su ardiente corazón; Santiago había activado la lava de su volcán interior y este sentimiento, la tenía prisionera en una ferviente pasión.

Rondando los veintipico, de cuerpo robusto, melena crespa y ojos almendrados, el galán era codiciado por más de una.

Algunas silbantes voces rumoreaban, que Santiago, aún era virgen y que se estaba "guardando" para la moza que lograra conquistar su amor.

Otras, un tanto más sarcásticas, aludían que Santiago era gay y que aún no había salido del clóset.

Pero por si acaso; ninguna se perdía oportunidad de seducirlo.

Si había algo que motivara más a Raquel, era justamente, la idea de perseguir algún candidato imposible.

El solo hecho de sentir que tenía que competir y luchar por la conquista, hacía a la misma, mucho más apetecible.

No le gustaban los amores fáciles, y justamente, había elegido un blanco difícil de someter.

Pero, como buena zorra que era, Raquel guardaba una carta en su manga.

Ella creía en el poder de las invocaciones y conocía algunas recetas infalibles para atraer el amor.

Tan entusiasmada estaba con el desarrollo de su conjuro, que ni bien llegó a la peluquería; le contó todo a su socia, que al escuchar su relato, la

miraba estupefacta alzando cejas.

-¡No te entiendo nada Raquel!...mejor dicho... lo del "trabajo" lo entiendo; ahora,... ¿cómo harás para colocarlo debajo de su cama?.... ¡ahí me perdí!
– acomodó sus lentes sobre la nariz e hizo una mueca de desconcierto.

¡Ay Nuri! ¡Usa un poco tu imaginación!... ¡claro que tengo un plan para eso! ... ya verás... Pero hablemos luego, ahí llega nuestra clienta. Se levantó diligentemente a recibir a Miss Loren- una rubia adinerada, que trabajaba para el bufete de abogados vecinos y quien no vacilaba en dejarle succulentas propinas.

Nuria, su socia, era lo opuesto a Raquel.

De aspecto conservador, más bien diríamos, un poco tímida.

Se había casado hacía solo un par de meses atrás, con su pretendiente de nueve años.

Prácticamente, los padres fueron los que arreglaron la fecha de su boda, dándoles un ultimátum para que se despabilen.

Pero aun estando casada, Nuria visitaba a sus padres cada día.

Incluso, durante el almuerzo, solía hacerse una escapadita a comer con su mamá.

En cambio Raquel, vivía muy lejos de su familia.

Lo de ella era su devoción al trabajo y a su gatito Ramsés,-un angora color blanco con un parche en el ojito derecho; que había sido regalo de una clienta del Salón, y ahora su fiel compinche.

Aquel día de la kermesse, cuando se encontró con Santiago; Raquel sintió que todo su mundo tambaleaba.

No era habitual que se "enganchara" con alguien de esa manera; sin embargo y desde aquel entonces, no hacía otra cosa más que buscar la manera de acercarse a él.

Ya sea en la Unidad donde él trabajaba o en los alrededores del barrio; se la veía intentando seguir cada uno de sus pasos, al mejor estilo de Sherlock Holmes.

Lo bueno era, que trabajando en una peluquería, siempre "una se entera" de los movimientos de la gente. No faltaba oportunidad de escuchar hablar a alguna clienta sobre el apuesto y codiciado bombero...y que, sin querer, le dieran alguna coordenada interesante de dónde se encontraba

y con quién.

Esos datos venían a sus manos sin siquiera ella buscarlos.

Por lo que aprovechaba, y disimuladamente, se acercaba, intentando chocar con él y eventualmente...conversar, o cruzar miradas sugerentes que pusieran al descubierto su interés en él.

Él se mostraba siempre muy alegre y cordial, pero conservaba cierta distancia; sin asumir compromisos.

La última vez que lo había visto, había sido en la cola del correo, a escasos metros de la peluquería.

Raquel lo vio pasar hacia esa dirección y no dudó en salir detrás de él como una flecha.

Lo interesante, fue que mientras estaban en la fila conversando animadamente, él muy galantemente, le ofreció pasar por delante y tomar su turno.

Al acercarse a la ventanilla, Raquel, no tuvo más remedio que zambullirse dentro de su bolso, buscando las "cartas" para despachar.

Solo que nunca las encontró, ya que, primeramente, jamás las había puesto allí!

Mientras el señor de gruesos bigotes y cara alargada, la miraba expectante, del otro lado del mostrador; Raquel interpretaba su mejor rol teatral; y haciéndose la olvidadiza, se marchó apurada; pero con una sonrisa entre los labios; feliz de haber hablado con su tortolito.

Estar enamorada la llenaba de energía y le daba un impulso audaz y desvergonzado; llevándola a caminar por las cornisas de la cordura, en puntitas de pie.

Ese sentimiento de provocación y osadía le permitía suspenderse dentro de una burbuja mágica, donde, como Alicia en el País de las Maravillas... todo podía ser posible.

Sus tácticas no eran muy innovadoras, pues ya habían sido utilizadas por las "madres zorras" desde el inicio de los tiempos; y eran artimañas archi-recontra-conocidas, pero que nunca fallaban a la hora de conseguir un novio.

Mientras sentada se limaba las uñas de las manos, iba trazando

mentalmente su estrategia.

Invitaría a una amiga - no demasiado amiga, para que no hiciera muchas preguntas -a una cena en su casa; quien a su vez, invitaría a uno de los bomberos del Escuadrón - quien sería el eslabón para atar la cadena que finalmente,- la conduciría a Santiago.

-¡Ahhh!.....-suspiró.

Tendría que asegurarse de alguna manera, que el presunto bombero invitado, se animara -a su vez-, a traer a Santiago a la cena.

-De esta manera, nadie 'levantaría sospechas'-pensaba.

Una de las clientas VIP de la peluquería, Beatriz Lavant, sería el nexo perfecto para la trama.

El mismo día de la Kermesse la había visto muy animada hablando con uno de los bomberos más jóvenes.

Ya pisando casi las tres décadas y solterita con apuro, seguramente agarraría viaje con la propuesta.

Sin masticar demasiado ese pensamiento, marcó su número y la llamó.

-Hola ¿Bea? Habla Raquel...-la estilista de la peluquería. - Se esmeró en poner voz de entusiasmo enfatizando su invitación.

-Ah sí, hola ¿qué tal? -

-¡Pues fenomenal! Te estoy llamando, porque resulta, que me han regalado unas botellas de vino fino de selección, y como yo no suelo tomar...se me ocurrió hacer una cena en mi casa, invitándote a ti...y a otras personas también... ¿te apuntas?

-¡Suenan muy interesantes! Y ¿quiénes son esas personas? ...si se puede saber...

-Bueno pues tenía pensado invitar a unos muchachos del escuadrón de bomberos...siempre son tan atentos y galantes...-¿Se te ocurre alguien?
-quiso darle la oportunidad a que lanzara el nombre de su candidato.

-Yo tengo el número de Ignacio Goyena,

-¡Sí! Claro! Ignacio!...pues ¿qué tal si lo llamas y lo invitas a él y también a su amigo Santiago....creo que los dos son muy amigos y lo más importante: solteros! -la interrumpió, y enseguida Raquel la enredó en su artilugio. Haciéndose la inocente y sin levantar sospechas, cuadraron

para cenar en su casa el día viernes por la noche.

¡Listo! – ¡Este pez mordió el anzuelito!...-

Raquel se encargaría esa misma noche, de dar de beber bastante alcohol a sus invitados y al cabo de unas horas, los invitaría a que pasaran la noche en su casa.

Allí, tendría preparada su “poción mágica” que colocaría debajo de la cama donde dormiría Santiago.

El mismo día viernes por la mañana, Beatriz pasó por la peluquería, para confirmar el convite y también, arreglarse y ponerse bella para la ocasión.

Se la notaba más que entusiasmada con la reunión.

Raquel había extendido la invitación también a otras personas para disfrazar sus verdaderas intenciones y que no pareciera tan evidente su interés en estos hombres.

Por fin cayó la noche y los invitados iban apareciendo alborozados.

Santiago, incluso trajo un frasco con ajíes en conserva, que según comentó entre los invitados, su madre los había preparado.

Detalle que claramente dejó entrever, que aún vivía con sus padres.

De pronto, el fantasma del clóset...afloró en su mente...-¿Será gay?...- tragó saliva mientras colocaba palillos en los ajíes, acomodándolos dentro de una bandeja de cristal.

La cena estaba resultando ser todo un éxito.

Los invitados – en su mayoría, casi desconocidos – habían congeniado estupendamente con la anfitriona y las botellas de Malbec de las Bodegas Achával Ferrer, iban descorchándose ininterrumpidamente.

Raquel había preparado dos camas en el cuarto de huéspedes.

Debajo de una de ellas, había colocado prolijamente el “conjuro para el amor eterno”.

Todo aducía que su plan sería infalible, y a pesar de haber tomado ella misma, unas cuantas copas de licor; mantenía sus ojitos bien abiertos y centrados en su candidato.

La reunión iba culminando y varios invitados se despedían achispados.

Entre ellos, Beatriz que quería marcharse, pero Raquel insistió en que pasara allí la noche.

Lo mismo hizo con Ignacio Goyena que había llegado junto a Santiago, y se había mostrado muy alegre y predispuesto; incluso había sido centro de la fiesta, contando sus clásicos y graciosos chistes.

Por fin, resolvieron quedarse a pasar la noche en su casa.

Expedítivamente, Raquel los instaló de manera ordenada, según su preparado designio.

Beatriz dormiría junto a ella en su cuarto y los galanes en el cuarto de huéspedes.

Fue muy específica al darles dirección en cual cama tendría que dormir cada uno.

Y como estaban prácticamente alcoholizados, no pusieron demasiada resistencia.

Cada quien,...-obedientemente- se recostó en la cama asignada.

Raquel se sentía complacida en como todo parecía ir dándose muy bien.

3.20 de la madrugada se desplomaba en su cama, en medio de Beatriz y su gato Ramsés.

El día sábado solía ser uno de los días más ocupados en la peluquería y debería comenzar desde temprano.

Abrió los ojos, dos minutos antes de que tocara la alarma.

No lo había notado, pero ni Beatriz, ni el gato estaban ya a su lado.

Se levantó con prisa. Revisó la sala, esquivando algunas botellas y copas vacías.

Observó a Ramsés hecho un ovillo sobre el sofá.

La puerta del cuarto de huéspedes, entreabierta.

Se acercó despacio, y entornó la mirada en su interior. Un brazo colgaba por debajo de las mantas de la cama donde se había recostado Santiago.

Svvvfff, suspiró –La cama lateral, estaba vacía.

Pensó que la muy lista de Beatriz se habría marchado con Ignacio y los habían dejado solitos...

Se acomodó la bata en la cintura y sonrió pícaramente, mientras apurada se dirigía hacia la ducha.

Se cambió, y perfumó como un durazno en flor.

No contaba con mucho tiempo, pero quería sorprender a Santiago, preparando un rico desayuno.

Se esmeró en preparar un fragante café con leche, omelette de champiñones y tostaditas con quesito crema.

Un manjar para recibir el día con energía, preparado muy especialmente para conquistar el paladar de su don Juan.

Ordenó la sala, escurrió las cortinas, recibiendo la luz del sol que apenas alumbraba de perfil.

Sentía el revoloteo de mil maripositas en el ombligo que le indicaba que hoy sería un “buen día”.

El aroma del amor, colmaba la sala de par en par, y Raquel, un tanto ansiosa, pensaba en la cara de sorpresa que pondría Santiago al ver el desayuno sobre la mesa.

Esos pensamientos le dibujaban una sonrisa en los labios y le daban cuerda como a una cajita musical.

Se acercó al cuarto nuevamente para despertarlo.

Con voz mansa y acaramelada lo llamó:

“Santiago...Buenos días...es hora de despertar”...

Pero contrario a levantarse; este, dio media vuelta y se escabulló debajo de las almohadas.

Por un instante, dudó si tocarlo o esperar.

No deseaba ser descortés.

Una vez más insistió: Santiiii....-y de reojo observó unos zapatos de taco

alto y muy fino, que se exhibían desparramados en la orilla de la cama.

Se desconcertó.

De pronto, y muy pausadamente, las pequeñas manitos de Beatriz asomaban por entre las mantas, estirándose.

-¡Bea!?...- ¿Qué haces aquí?! – tragó saliva, mirándola espantada.

-¡Buenos días!....cuánta luz!...-puso su mano entre las cejas, queriendo tapar su rostro y esbozando un bostezo acordonado.

-¿Y dónde están los muchachos?...- la miró tajante.

-¡Pues...no lo sé!...tu gato me ha echado de la cama y cuando miré, aquí no había nadie; entonces me recosté en esta cama. Parece que se marcharon a media noche y sin decir... ni pio!...quien diría! ¿No? - sugirió dudando.

Raquel no salía del asombro.

La alegría, que hasta hacia dos minutos atrás, la tenía danzando entre burbujas y mariposas de colores; se había convertido en un silencio hostil.

-Mira Bea, tengo que marcharme a la peluquería, he preparado el desayuno, pero tendré que salir ya mismo; pues se me hace tarde – no había podido probar bocado aun, pero sentía ganas de salir corriendo sin tener que darle lata a la soñolienta mujer.

-Se huele rico desde aquí... No te hubieras molestado! ¡Tú eres increíble Raquel! – acomodó como pudo, su cuerpo sobre los tacones y enfiló hacia el baño.

-Bueno, pues tú aprovéchalo, y por favor cierra bien la puerta cuando salgas. Yo iré marchando... ah...y fíjate de no dejar salir a Ramsés...-Tomó su cartera, las llaves y se marchó con tristeza.

Mientras caminaba calle arriba a paso redoblado, refunfuñaba - ¡Tanto empeño para nada! -

¿Funcionarían los pases mágicos? – Frunció sus labios en una mueca de descrédito.

Unos metros más adelante, al observar el cartel del semáforo del boulevard San Antonio, miró al cielo y con su mejor aliento enunció: "Pues mejor, lo pondré en manos de Dios"- Respiró hondo y airosamente, tomó envión para cruzar la calle junto al pelotón de gente que se desplazaba

vertiginosamente hacia sus lugares de empleo.

Quiso sostener ese pensamiento etéreo entre sus manos, pero, apenas dio la luz verde, y puso un pie sobre la acera; sintió un nauseabundo olor a su alrededor.

Al parecer, algunos aprovechaban el amontonamiento para hacer sus cochinas y en forma muy disimulada, pasar desapercibidos. Pues entre el apuro, el tumulto y los ruidos del tráfico matutino, sería difícil localizar al infractor de la hedionda flatulencia.

Raquel resopló indignada. Pero nadie frenaba su paso o se daba por aludido.

¿Habría sido el pelado maloliente, que caminaba arrastrando los pies, con sus manos en los bolsillos o la vieja coqueta de labios colorados que caminaba altiva como una gallina? – miró por ambos lados sin respuestas, y apuró su paso.

Todo le indicaba, que su día se iría fusionando entre pequeñas sorpresas y desencantos.

Ahora también, le tocaría usar su carisma y diplomacia al contarle a su socia sobre la cena de la noche anterior, y los motivos por los cuales ella no había sido invitada.

Según adujo, “había sido algo de último momento”- que se armó de manera espontánea, sin tiempo de extenderle la invitación. Quiso convencerla – para que no se sintiera peor – diciéndole, que aquel había sido un encuentro para solteras.

Nuria puso cara larga y evitó comentarios. Pues no era la primera vez que la dejaban al margen de los encuentros sociales.

Se atrincheró en su cubículo en silencio, mientras Raquel revisaba la agenda del día.

Deseaba concentrar su mente en el trabajo y dejar de pensar en Santiago y las suposiciones que devenían de lo que habría acontecido la noche anterior.

Abrigaba la ilusión de que en algún momento, se comunicara con ella.

Como era habitual en horas de la mañana; apareció Miss Loren para lavar y peinar su cabello.

Por lo general, aprovechaba para tomar un cortadito y revisar las noticias

en el periódico local, mientras Raquel le cepillaba la melena.

-¿Tres de azúcar? –

-Si por favor, gracias... tienes voz de cansada Raquelita...-

-Es que he comenzado el día desde muy temprano. – No quiso ahondar en detalles sobre su ajetreada madrugada.

Mucho menos, demostrar sus frustraciones emocionales que la tenían sumida en una gran incógnita.

De reojo clavaba su mirada en el reloj que colgaba de la pared, encima de los secadores, queriendo arañar los minutos con la mente.

Afortunadamente, el salón fue colmándose de nuevos clientes, que la obligaron a enfocarse en sus labores.

Ya cerrando el día, observó varias llamadas perdidas en su móvil, pero ninguna proveniente de Santiago.

Al llegar, encontró su casa recogida pulcramente. Al parecer Beatriz había colaborado.

-Ramsés....miauuu –miauuu.... ¿Dónde andas kiticat?...- Buscó por toda la casa sin éxito.

-Ramsséees.... ¡Ya lo intuía! – ¡Y eso que le dije expresamente que tuviese cuidado con el gato!.... –soltó un suspiro resignado y se derrumbó en el sofá.

Su cansancio era tan gigante, que a pesar de que le preocupaba su gatito; quitó sus zapatos y se acurrucó en una orilla cerrando los ojos por unos instantes.

Despertó a medianoche, muerta de hambre y con la sensación de haber dormido apenas unos minutos.

Lo primero que recordó, fue que, con el desconcierto de la mañana anterior, no había podido quitar el “trabajo” de debajo de la cama del cuarto de huéspedes.

-¡Espero que la escandalosa Beatriz, al recoger el reguero, no haya visto nada!- pensó con voz desnuda.

-¿Habría funcionado? – se preguntaba discreta.

Nunca antes había reparado, si en la receta mágica de su poción infalible, habría especificaciones de tiempo y duración. No quiso torturar sus pensamientos en vano. Apagó las luces y se recostó nuevamente, buscando conciliar el sueño.

-¿Dónde se habrá metido mi estufita peluda? – Extrañaba sentir el calor de su gatito sobre sus pies.

A la mañana siguiente, buscó por el jardín, entre las matas del fondo y en los alrededores de la casa. Lo llamó incansablemente, pero el gato no aparecía. Comenzaba a preocuparla.

Se acercó a preguntar a sus vecinos, pero nadie lo había visto.

Con el contratiempo, marchó apurada al trabajo.

Al llegar al local, divisó un bulto colgando del picaporte de la puerta.

-¡Haría falta que sea una `bomba`!-pensó sarcástica.

Despacito abrió el envoltorio con curiosidad.

Una bolsita de paño y en su interior: ¡el pequeño collar de Ramsés! – Por un instante, se alborozó de alegría. Pero entonces, ¿qué significa esto? Dio vuelta la bolsa en busca de alguna pista.

Al vaciarla, dejó caer una nota que decía, en letras muy chiquitas: “al parecer tu gato se enamoró de mí, llámame –Santiago”

Releyó la nota una vez más. No entendía lo que estaba sucediendo.

-¿Santiago ha encontrado a Ramsés? ¡Dios mío menos mal! Pronunció con voz ronca. No comprendía aun cómo era esto posible, pero se le oprimía el pecho de la emoción.

Tomó el teléfono y marcó su número inmediatamente.

-Hola...habla Raquel, eeh, – hizo una pausa- habla la estilista.

-¡Sé muy bien quien eres! Hola, ¿cómo estás?

Pues un tanto alborotada y sin comprender demasiado...¿es verdad que tienes a mi gatito?

-Sí, está de lo más cómodo sentado sobre mis piernas.

Hace apenas un rato que lo llevamos a tu casa, pero no te encontramos,

entonces decidimos pasar por la peluquería, pero tampoco estabas allí.

-¿Cómo fue que lo encontraron? ¿Dónde estaba? – Lo atropellaba a preguntas casi sin aliento.

-Una vecina llamó a la Unidad, diciendo que había un gato metido dentro de la alcantarilla de la esquina de su casa, y que estaba maullando como loco, pero que al parecer, no podía salir de allí. -Fuimos a rescatarlo y ni bien lo sacamos, me di cuenta de que era tuyo -por la manchita en el ojo. – Eso sí, tiene un poco de peste aun, tendrás que darle turno para un servicio completo en la peluquería. – .

-iMe lo puedo imaginar! – Sonrió contenta.

-Si quieres, te lo puedo acercar ahora o más tarde cuando tú me digas.

-Bueno pues, muchísimas gracias. Estoy feliz de que esté a salvo; ya me encargaré de acondicionarlo. Cuando te quede cómodo a ti, puedes acercarlo; sino yo puedo recogerlo. – Su voz ahora más melosa y sugerente.

-Mejor te lo alcanzo a tu casa por la noche cuando termine de trabajar, ¿qué crees?

-Me parece mejor, así no interrumpes tus actividades.

Cortó el teléfono y corrió a abrazar a Nuria que no entendía ni pepa de lo que le sucedía.

iFuncionó Nuria! Funcionó!...-daba saltitos de emoción.

-¿Qué cosa funcionó? i¿De qué me estás hablando Raquel?! La miraba austera.

-iNada! Después te explico... – iestoy feliz!

-iPues me alegro! Aunque no sé de qué se trata – le guiñó el ojo en complicidad.

Las horas se apuraban esbeltas y finalmente Raquel se reunió con su gato aquella noche.

Santiago aprovechó la visita para conversar con ella, durante varias horas y despejar todos los fantasmas de todos los closets.

Luego de aquella noche, ya no volvieron a separarse.

Yo no creo en las brujas...pero "¡que las hay...las hay!"

Zorra # 2

Una Zorra Desvergonzada Experta en el trueque de maridoS

Es increíble comprobar que con el tiempo, algunas personas cambian de maneras totalmente inesperadas.

Puede que sea a través de mostrar partes de ellas mismas, que tal vez ni siquiera sepan que existían en su interior.

Incluso poniendo en riesgo la sanidad de sus matrimonios y desafiando sus propios sentimientos.

Tal fue el caso, de una de mis amigas zorras, que con su carita angelical, y sus buenos modales, logró sorprendernos, y hacernos erguir las cejas en más de una oportunidad.

Valeria y Martín, se conocieron durante los años de facultad, cuando Vale cursaba la carrera de comercio exterior en la UIA.

Lo de ellos, fue una especie de amor a primera vista, que proclamaba impávido, un lapso de corta duración.

Sin embargo, y contra el veredicto de toda profecía anunciada; estos bisoños, lograron llegar al matrimonio y no sólo eso, sino que habían podido producir dos niños hermosos y saludables, que los hacían sentir dos padres muy orgullosos.

A poco tiempo de celebrar su noveno aniversario de casados, Valeria comenzó a frecuentar la casa de unos nuevos vecinos que se habían mudado al barrio, hacía relativamente poco tiempo.

Por las tardes especialmente, se la veía caminando, tres casas cuesta arriba hasta la residencia de los Andrade; Trini y Eduardo, una pareja de latinos, que eran unos años mayores que ellos y también tenían dos hijos varones, que ahora estaban cursando sus estudios en la universidad.

Hacía tiempo que Valeria bregaba por tener la compañía de una amiga cercana, y Trini era justo la clase de amiga que le permitía ser ella misma

y disfrutar compartiendo diferentes actividades sociales juntas.

Podían hablar de temas íntimos sin pudor y con confianza, ya que Trinidad había viajado por el mundo entero y tenía lo que se dice, una "mente abierta" y mucho por contar.

A Valeria le fascinaba escuchar sus relatos de experiencias pasadas y ambas mujeres se entretenían haciendo planes para compartir los fines de semana en torno al resto de la familia, con entusiasmo.

Se acercaba un fin de semana largo y Martín sugirió celebrarlo, haciendo una carne asada a la parrilla e invitando a sus amigos a pasar el día en su casa.

Aquel había sido un domingo radiante de sol y muy caluroso.

Por la mañana jugaban a la pelota con los muchachos y tomaban un par de cervezas, mientras las mujeres aprovechaban para tomar un buen bronceado en las reposeras.

Habían ya terminado de almorzar, cuando por fin se sentaron en el patio a conversar apaciblemente.

Eduardo era de espíritu alegre y por lo general contaba chistes y divertía con sus cuentos, pero aquel día, se lo veía un poco apagado; como que no estaba de ánimos o quizás, absorto en algún otro pensamiento.

De pronto, imprevistamente y con total impunidad, le hizo un comentario a Martín que lo dejó perplejo.

-Tu mujer Valeria, ¡está buenísima! Me encantaría poder tocar sus pechos y echármela encima...

Martín, que no esperaba semejante comentario procaz, sonrió sorprendido, esperando la segunda parte de su frase a terminar...

-¿Alguna vez se les ocurrió compartirse?

-¿A qué te refieres? – Martín lo miraba un tanto confundido.

-Me refiero a que si alguna vez, se les ocurrió hacer algo diferente y atrevido con alguna otra pareja...-acotó sin pena.

-Por ejemplo...dejarme pasar la noche a solas con tu esposa y tal vez tú con la mía...- siguió osadamente y sin modestia.

Como era su costumbre ser bromista, Martín no sabía si esta era una

propuesta real o parte de su repertorio humorístico.

-Mira Eduardo, Valeria y yo somos bastante abiertos, pero sinceramente, ambos nos sentimos muy conformes con la relación que tenemos...Nos entendemos muy bien y por el momento, creo que somos felices de esta manera; lo de compartir...es territorio virgen para nosotros...

-¡Seguro! Pero si es que realmente son abiertos y confían en lo que tienen juntos....eso deja un espacio para explorar cosas nuevas... ¿no es así?

-Honestamente, no sé qué decirte....creo que me has tomado por sorpresa con tu propuesta indiscreta....

Y ¿qué opina Trinidad al respecto? ...¿Lo has hablado ya con ella?

-¡Por supuesto! A ella le encantaría más que a nadie! Giró su rostro, mirando a las mujeres que se encontraban conversando entretenidas, del otro lado del patio, exhibiendo vivaces trajes de baño. Soltó una pícaro sonrisa y mirada encendida en lujuria.

Martín cruzó sus brazos al pecho y por unos instantes, lo miró fijamente a los ojos en silencio.

-¡Discúlpame si te he ofendido! No es mi ánimo presionarte con mi ocurrencia, y espero no haberte incomodado, y si lo hice,...te pido mil disculpas y olvidemos esta conversación...hagamos de cuenta que jamás existió!.... -Se acomodó la visera de la gorrita, queriendo ocultar ahora su mirada.

-No es que me ofenda, pero aunque yo estuviera de acuerdo, no podría asumir un compromiso de semejante tamaño, sin haberlo conversado con mi esposa previamente. Si bien Valeria es muy abierta y sociable, no tengo la menor idea de su reacción ante una situación de semejante envergadura.

-Es totalmente comprensible...Y tal vez sería oportuno que lo conversaras con ella primero. Luego me avisas si les interesa mi propuesta- Eduardo se levantó discretamente, dejándolo a solas con sus cavilaciones.

Durante el resto de la tarde, no volvieron a tocar el tema.

Pero Martín se había quedado de lo más espinado; pues si bien en su trabajo, algunos de sus compañeros hablaban de estos temas, jamás se le había ocurrido algo semejante.

Martín dudaba si contarle a Valeria esta conversación con su amigo. Temía que la actitud del vecino la intimidara y pusiera en riesgo la nueva

amistad.

Aunque él había notado que Eduardo la miraba de una manera especial; no había cruzado por su mente jamás, que este hombre, en apariencia muy maduro, se animaría a tramar una concupiscente aventura con ella.

Valeria era una mujer muy atractiva y sensual, que a más de un hombre le alteraba la dosis de testosterona, y él estaba acostumbrado a que su mujer generara un intoxicante efecto sensorial en sus amigos.

Era algo con lo cual Martín estaba familiarizado; pero de ahí, a sugerir un intercambio de parejas...ya la cosa cambiaba de color sustancialmente.

La propuesta de Eduardo, era un territorio aún sin explorar, que debería pensar con mucha cautela.

Aquella noche, mientras se preparaban para ir a la cama, e intentando que sonara como una ocurrencia sin importancia, Martín le contó a su esposa la charla que había tenido con su vecino aquella tarde.

Valeria, sorprendida abrió sus ojos almendrados y con inminente sorpresa, exclamó:

-¿Eso te dijo!?... ¿Se animó a decírtelo así en la cara?!...

-Sí, exactamente como te lo estoy contando...sin ninguna vergüenza y total desenvoltura....

-¿Y tú qué le respondiste?!

-Al principio, creía que estaría bromeando...ya sabes cómo es Eduardo, que nunca se toma las cosas muy en serio....Pero al darme cuenta de que no era una broma, le dije que tendría que hablarlo contigo....

-¿Y acaso a ti... te interesa su propuesta?...

-¡No seas ridícula mi amor!... yo siempre he estado conforme y muy feliz en que llevemos esta relación monogámica tú y yo, sin terceros o invitados. – Hizo una pausa y prosiguió...-Pero si es verdad, admito, que a veces siento un poco de nostalgia en recordar aquellos días de soltero, en los cuales me acostaba con quien me diera la gana, sin pudor y sin límites...

-Si es cierto... éramos mucho más lanzados y perversos en aquella época....Sonrió fascinada.

-Al parecer, no te molesta demasiado la idea de que nuestro vecino se te

eche encima... ¿verdad?

-¡En absoluto!...creo que hasta me seduce la idea de sentir que puedo despertar pasiones todavía! -Lo miraba curiosa con sonrisa pícaro y mejillas ruborizadas....

-Valoro que al menos tuvo los cojones de venir de frente y poner las cartas sobre la mesa y no andar con rodeos por detrás... Eso habla de cierta honestidad de su parte y respeto por nuestra relación... ¿no? ¿Qué crees tú?

Martín estaba pasmado con la reacción espontánea de su esposa, aunque no sabía en qué desembocaría.

Lejos de indignarse u ofenderse, Valeria se había mostrado calma y muy racional, y hasta parecía que morbosamente le atraía, el planteamiento de Eduardo.

Era una propuesta diferente que alteraría el comportamiento de ambos; definitivamente era un tema para pensarlo mucho.

Aquella noche, mi amiga zorra, no logró dormir.

En su cabeza daba vuelta la loca idea de hacer un intercambio con los nuevos vecinos.

Pensó que lo mejor sería que se acercara a Trinidad y tanteara un poco más sobre esa posibilidad.

Seguramente, entre mujeres sería más fácil desarrollar la idea.

Al día siguiente, Valeria invitó a Trinidad a almorzar comida japonesa en un Sushi Bar local y mientras comían, conversaban entusiasmadas. Hablaron sobre todos sus deseos y fantasías inexploradas y alguna que otra historia del pasado también, de las cuales se reían en complicidad.

Trini abiertamente, confesó a su amiga, que ella y su esposo, habían tenido experiencias con otras parejas en el pasado, cuando vivían en Europa y a Valeria le resultó curioso al mismo tiempo peligroso e intrigante, pero sentía algo en su interior que le decía que podía confiar en sus nuevos amigos.

Tal vez por la diferencia de edad que había entre ellos, Vale sentía que Martín no podría ponerse del todo celoso.

Al mismo tiempo que Trini no sería una amenaza latente para ella, ya que estaba segura de que ella no era la clase de mujer que a Martín le seducía. De esta manera, sería un terreno bastante seguro para los dos

poder abrirse a la experiencia.

Ambas hicieron un pacto de honor, de no contarles a sus maridos sobre aquella charla sicalíptica entre dos amigas.

A su regreso, Martín, sabiendo que habían estado reunidas durante varias horas, y con muchísima curiosidad, le preguntó si acaso el tema del intercambio de parejas, había resaltado durante la charla con Trinidad....

Pero fiel a su promesa, lo dejó intrigante y solo se animó a decir que aquella era una "conversación de mujeres"...

No sabía si su mujer le estaría dando algún tipo de consideración a la propuesta planteada, o se habría olvidado del asunto.

Lo cierto es que si bien Trinidad no era tan bonita como Valeria, tenía un cuerpo más bien atlético y estilizado y a pesar de pasar los cuarenta y largos, se mantenía en muy buen estado y su cabello largo y de corte salvaje la hacía verse apetecible a cualquier carnal.

Ahora Martín no hacía otra cosa más que fantasear con la idea de tener sexo con Trini.

Su cabeza hervía en pensamientos eróticos que hasta lo hacían tener erecciones y masturbarse en privado.

Parecía un adolescente en celo.

No quería que Valeria se diese cuenta de toda esta excitación que lo perturbaba, con miedo a herir sus sentimientos.

Al mismo tiempo que Vale parecía estar detrás de algo también, porque se la notaba en actitudes demasiado complacientes con su marido. Como si estuviera tramando algo más, pero aún no se lo decía.

Una noche, luego de haber disfrutado de un sexo fabuloso y apasionado, con la cabeza apoyada sobre el velloso pecho de Martín, se animó a tirar la primera bola...

-Trinidad me llamó esta tarde para invitarnos el próximo viernes a tomar unas copas en su casa....y acepté su invitación, -le lanzó como una punta de flecha, con voz de gatita solícita.

Y continuó -Ya te imaginarás adónde nos llevará esa invitación... ¿no?....

-iCreo que puedo imaginármelo!... De todos modos, tú no tienes que hacer nada que no desees; si algo no te cae bien, pues tomamos unos tragos y luego nos marchamos...-Martín quería asegurarse de que su mujer se

sintiera cómoda con la presunta decisión y apoyarla si eventualmente la experiencia resultase ser un fracaso.

-¿Y qué sucederá si "todo" me cae muy bien?...Le regaló una mirada socarrona mientras con su dedo índice le recorría las cejas.

-Pues déjame decirte que no tengo miedo a nada. Se perfectamente quién tú eres y confío en ti... - No veo nada malo en probar algo diferente juntos, y en el caso de que no sea para nosotros, pues damos la media vuelta...y nos marchamos sin pena ni gloria.- Entornó su cuerpo del otro lado y abrazó la almohada, queriendo abrazar sus fantasías más íntimas.

Martín la miraba sorprendido ya que no imaginaba que su mujer podría abrirse a una experiencia de este tipo.

Apagaron las luces y cada cual dio rienda suelta a sus más presuntuosos sueños.

Por fin llegó el día viernes y como habían programado con anticipación, dejaron a sus niños, en casa de los abuelos para poder tener más tiempo y relajarse en disfrutar de la aventura sin limitaciones.

Aquella noche, Valeria daba vueltas en el cambiador probándose diferentes prendas y con nerviosismo, no se decidía cual lucir.

Era evidente que la situación le generaba mucha curiosidad y expectativa, pero no se animaba a revelarlo todavía. Por el contrario, quería disimular y hacer de cuenta que si bien había accedido a la propuesta, ella no "era así"...

Martín en cambio, estaba tranquilo a pesar de que sentía cierta trepidación en el estómago ante lo inesperado.

Especialmente porque no estaba seguro de que su esposa se animase a llevar a cabo el plan propuesto.

La notaba animada pero muy racional y como sabía que Vale era más bien una mujer celosa, tenía serias dudas de que pudiesen concretar la propuesta.

Ella bajó las escaleras en lujurioso vestido negro de seda y zapatos de taco alto.

Su cabello recogido hacia el costado y sus labios carnosos, pintados de rojo brillante muy llamativos.

-¡Te ves más bella y sensual que nunca! La besó apasionadamente y recorrió su cuello con su nariz, olfateándola; íntimamente tratando de

reconfirmar su pasión por ella.

-¡Tú también te ves muy guapo!.... ¿primera cita? Sonrió sarcásticamente mientras daba una media vuelta enseñándole su silueta.

Ella lo tomó del brazo y juntos caminaron muy risueños.

Al llegar a la casa de los Andrade, se encontraron con un iluminado caminito de velas encendidas desde el pórtico del jardín hasta la entrada principal.

Se respiraba el aire embriagado de rosas, que decoraban dos inmensos jarrones de cristal a los lados de la puerta.

Desde el fondo de la sala, provenían melodías de un saxo acústico, que hasta parecía estar tocando en vivo...

Ansiosos tocaron el timbre, y enseguida, Eduardo se acercó a recibirlos.

-Me hace muy feliz que estén aquí... – les dio la bienvenida, cediéndoles el paso, con una amplia sonrisa en su rostro.

Vestido con camisola de lino y pantalones blancos, una onda informal pero muy elegante; Eduardo parecía hasta más joven aquella noche.

Se había arreglado el cabello y perfumado especialmente.

Valeria sintió la mirada de Martín quemándole sobre su espalda.

Pues al parecer, recién le caía la ficha de que sus fantasías se concretarían con certeza.

-Pasen por favor, Trini se está arreglando y no tarda en bajar...-Eduardo se esmeraba en atenderlos y hacerlos sentir muy cómodos. Se apresuró con dos copas de vino.

-Solo hemos venido por unos tragos...se adelantó Martín, - No significa que hayamos venido a nada más....prosiguió...con tonada sarcástica.

-¡Por supuesto! Todos entendemos perfectamente lo que eso significa,...solo que Trinidad y yo queremos tener la oportunidad de mostrarles a nuestros amigos, nuestro fabuloso y excitante estilo de vida...

-¿Te refieres más concretamente... a la experimentación sexual? – Martín retrucó sin pausa.

-¡No lo dudes! ¿Acaso ustedes no hacían cosas excitantes cuando eran jóvenes y solteros?...

-Claro que sí! Respondió ligeramente Valeria, regalándole una mirada lujuriosa a Eduardo que lo animó a tocar sus caderas con una mano... mientras ella se la sujetaba con sus dedos en signo de aprobación.

Episodio que resultó ser una luz verde para el excitado Eduardo, que como una fiera en celo, esperaba la oportunidad para zarparla.

Martín estaba perplejo.

Valeria estaba seduciendo a su vecino de la misma manera que lo había hecho antes con él cuando se conocieron.

Sabía que su figura era irresistible, y utilizaba todos sus encantos para su juego de seducción.

Martín se frotaba los ojos con su mano derecha, con incredulidad.

Apenas podía reconocer a su esposa en esa actitud desenfadada y le parecía como un miraje en el desierto, que aquello estuviera sucediendo campantemente delante de sus ojos.

Vale actuaba como si nada, con total despreocupación...prácticamente, ignorándolo por completo!

Un minuto después de aquel pensamiento, Eduardo se acercó a Valeria y la besó en la boca desenfrenadamente, al mismo tiempo que con las manos le recorría la espalda apretándola sugerentemente.

Ella en respuesta, se pegó a su cuerpo abrazándolo y los dos, entreveraron sus lenguas en un beso mordazmente atrevido.

Los ojos de Martín, temblaban de sorpresa en intermitentes chispazos de luz.

Se preguntaba, si acaso ¿se animarían a tener sexo allí mismo delante suyo?!

Por fin rompieron aquel interminable beso al escuchar los pasos fragosos de Trinidad, que majestuosamente, bajaba por las escaleras, vestida en un pavoroso y sensual enterizo color rojo.

-¡Disculpen la demora!...aunque, se los ve muy entretenidos!...-comentó echándole una mirada de fuego a Eduardo que no había quitado sus

manos de encima de las caderas de Valeria.

-¡No te preocupes Trini, que la fiesta comienza contigo!...-Se animó a pronunciar Martín, intentando salir del espasmo y poniendo una cuota de distención al ambiente tenso que se había generado entre ellos hacía unos minutos atrás, en medio de aquel beso avasallante a su mujer.

-¡Te ves preciosa esta noche!...Eduardo le guiñó el ojo a su esposa, y sin tiempo que perder dijo:

-Yo me llevaré a Valeria a dar un paseo. Estaremos juntos por el resto de la noche.... ¿Tú, amigo, estás bien con eso, verdad?!

Sus palabras habían sido lanzadas como una implacable flecha venenosa, al rostro de Martín, mientras con una mano sujetaba la de Valeria y con la otra, agitaba las llaves de su auto.

Martín tuvo que improvisar una sonrisa forzada en medio del aturdimiento.

- ¡De acuerdo! ¡Pásenla bien entonces!.. Aquí yo me quedo haciéndole compañía a Trinidad que luce espléndida esta noche!

-¡Trini no dejará que te aburras!...Te lo garantizo! - Esbozó Eduardo, con un pie en la puerta y sujetando la mano de Valeria fuertemente.

Ambos subieron a su Audi blanco de vidrios polarizados, y se marcharon rapaces en la oscuridad.

Martín estaba un poco mareado con el episodio, pero al mismo tiempo, le daba mucha curiosidad poder intimar con esta mujer que había caído en su regazo como un regalo de navidad.

Iría de a poco desatando el envoltorio hasta comprobar de qué se trataba...

A pesar del impacto que había causado la inusitada apertura social de su mujer, temía pasar por idiota e inmaduro si no fluía con el mismo libreto.

Respiró hondo, buscando distención y se acercó a Trinidad.

La tomó de la mano delicadamente y se acomodaron plácidos en el sofá de piel, al fondo de la sala.

Martín sintió inmediatamente, una corriente eléctrica que le atravesaba el cuerpo al sentir el calor de Trini aproximársele.

Ella estaba irreconociblemente radiante aquella noche.

Nunca antes se había percatado de sus brillantes ojos azules, que maquillados parecían dos luceros incandescentes y su piel blanca y aterciopelada, resaltaba a la luz de las velas.

Mientras conversaban tontas trivialidades produciendo acercamiento; ella con parsimonia, lentamente le desabrochó el cierre del pantalón, introdujo sus suaves manos y quitó el pene erecto de Martín que clamaba por atención.

Lo sujetó entre sus manos y con sus delicados labios, comenzó a lamerlo sutilmente.

Martín sintió su miembro más duro y firme, que de costumbre; hinchado de lascivia.

Las sombras de la noche lo envolvían cariñosas y lentamente caía a los pies de su lujurioso affaire fatale.

Respiró profundamente y por fin logró relajarse, entregándose totalmente a la travesía prometida.

Al parecer, esta mujer esbelta que derrochaba confianza en su caminar pausado y de voz risueña, lo hacía sentir jovial y entregado como un encendido potro salvaje.

No paró de lamerlo hasta provocarle el orgasmo, llenar su boca con la blancura de su líquido semental devorándolo completamente, y sin ninguna aversión. Experiencia que a Martín, lo tenía prácticamente en un limbo paradisíaco infinito.

Luego se quitaron la ropa y Martín la alzó en sus brazos, y la cargó hasta la habitación del primer piso.

Dudó por un instante, si hacerlo en la cama matrimonial o elegir otro lugar más discreto, pero al parecer Trinidad, no objetó su decisión y con total entrega se revolcaron entre las sábanas y dieron rienda suelta a las posiciones más exóticas durante casi toda la noche.

Trinidad no era ni mejor ni peor que Valeria en la cama. Sólo era diferente.

Tal vez la forma en la que todo se había sucedido tan rápidamente, les permitió hacerlo con más libertad que de costumbre; tal vez era el sabor crocante de lo prohibido, o el condimento perfecto para adobar la rutina.

Martín se sentía extasiado de placer y a pesar de que se mordía por saber que habrían hecho Valeria y Eduardo; la sensación era más bien de satisfacción.

Algunos rayos de sol se colaban por entremedio de las cortinas del cuarto y aun se los sentía dormir abrazados mansamente.

Trini abrió sus ojos y observó el reloj alarma que marcaba las 06:33 am en brillantes luces rojas.

No deseaba despertarlo, pero sabía que de un momento a otro, llegaría Eduardo, y prefirió dejar la cama arreglada y sin rastros de pecado.

Trinidad y Martín ya cambiados, estaban en la cocina preparando café, cuando Eduardo y Valeria regresaban muy risueños de su paseo. Todo se sucedía con total normalidad e impunidad.

Al ver a Trinidad, Valeria la abrazó fuertemente y ambas subieron a la habitación, dejando los dos hombres a solas en la sala y buscando un espacio para el cuchicheo femenino.

Una situación un tanto compleja, pero que tenía que suceder, para dar paso a disipar dudas o malos entendidos.

-iDefinitivamente eres un hombre afortunado Martín!...Valeria es hermosa y sabe cómo complacer a un hombre...comentó con una sonrisa siniestra dibujada en el rostro, mientras revolvía su tasa de café.

-Si te refieres a que sabe follar muy bien... ¡Yo ya eso lo sé perfectamente vecino!

-iClaro! Y seguro que tú también has pasado una buena noche en compañía de Trinidad.... ¿verdad?!...

-Debo admitir que ha sido una gran sorpresa para mí, descubrir a Trini...Ella me ha entregado una noche de placer maravillosa!- Martín no exageraba expresando su complacencia.

Interrumpieron la conversación al ver a las mujeres que se acercaban riendo muy contentas e intercambiándose miradas audaces.

Ambas abrazaron a sus respectivos maridos en señal de consenso.

Y sin demorar mucho la vuelta, se despidieron de sus amigos y caminaron calle abajo hasta su casa, risueños como dos jilgueros bajo la lluvia.

Martín estaba loco por preguntarle a su mujer cómo le había ido...mas no

quería acrisolar el momento.

-¿Lo pasaron bien? Le preguntó presuroso, ni bien cruzaron el jardín.

-Al menos, no me desilusionó. – respondió espontáneamente; luego prosiguió: Eduardo sabe tocar donde más nos gusta a las mujeres...Y tiene baterías para toda la noche!

-Al parecer ya tú no necesitas más de mí entonces...sugirió ácidamente y con campanas de asombro.

-¡No seas tontito!...y no te pongas celoso...Eduardo podrá ser bronco en la cama...pero no olvides que tú eres quien yo amo!

Se colgó de su cuello, imponiéndole todo su peso encima y mordiéndole la oreja izquierda con precocidad.

Gesto que lo hizo sentir un poco mejor y calmar sus alterados fantasmas interiores que de golpe afloraron en celo enredándole el alma.

Para el caso, no podía resentirse, ya que él también había pasado una noche de película con Trinidad y ambos habían acordado dicha saga arriesgada, en abnegada y total complicidad.

Mientras la sostenía sobre su espalda, Valeria murmurándole al oído le comentó que Eduardo había sugerido un nuevo encuentro, y preguntó, si acaso él estaba de acuerdo con ello.

Martín, un tanto comprometido, respondió que sí, que 'si aquello era algo que a ella le hacía feliz', él estaría de acuerdo y la apoyaría en su decisión, sin embargo no podía evitar sentirse como un pájaro sin luz.

El rotundo cambio de Vale, le daba la sensación ambigua de estar perdiéndolo todo; aun ganando su partida.

La semana siguiente, y tal como lo habían pactado, dejaron los niños en casa de los abuelos nuevamente y entusiasmados se acercaron a casa de los Andrade.

Ambos tenían en mente, el intercambio de parejas, como ya lo habían experimentado; pero cuando llegaron, se encontraron con una propuesta más briosa todavía.

Sin mucho preámbulo, Eduardo sugirió entonces, que se quedaran los cuatro en la casa y jugaran abiertamente...

-Mmm...no creo que ello sea posible!...Nunca he tenido sexo frente a otra gente....Tal vez me resulte incómodo...-Martín giraba la cabeza de lado a

lado y se columpiaba sobre sus zapatos, con las manos cruzadas sobre el pecho.

-¡Anímate Martín! ¡No seas aguafiestas! ¡Anímate! Te aseguro que no lo lamentarás! – Eduardo estaba determinado a hacerlo cambiar de opinión.

-¿No te suena tentadora la idea de estar los cuatro juntos, aquí adentro, disfrutando de buena música, unos tragos...podríamos hasta bailar o improvisar algún juego....siguió con su sonrisa seductora, intentando convencerlo.

Valeria aprobó la moción inmediatamente y se acercó a Trinidad en conformidad.

Por más discreto disimulo, se comportaba de manera extraña y hasta parecía que había un previo acuerdo entre ellos sobre esto, porque no se la veía sorprendida en lo más mínimo y a Martín no le quedó más remedio que aceptar el desafío y comulgar con sus demonios nuevamente.

Los invitaron a pasar hasta el patio trasero donde había una terraza cubierta, preparada especialmente para la ocasión.

Mullidas alfombras persas, almohadones de plumas de duvet y suaves mantas de tela orgánica enrolladas sobre los sillones.

El olor hipnótico y embriagante, de incienso oriental en el ambiente, y velones inmensos alrededor de la chimenea de la cual emanaba el ruido crepitante de un pequeño fuego que ardía sin pausa.

Una botella de champan Krug Grand Cuvee, reposando en la hielera rodeada de copas de fino cristal.

Al costado una enorme pantalla de plasma y una caja marcada con tres equis llena de películas.

Eduardo sugirió mirar una película para entrar en clima a la fiesta.

La luna sonreía entre las sombras de la noche y el fuego ardía vigoroso.

Habían pasado escasamente veinte minutos de cinta, cuando Eduardo, tomó la delantera y comenzó a desabrochar los botones del vestido de Valeria e intentar bajar sus pantis.

Deslizaba atrevidamente sus manos en medio de sus piernas, hasta que al fin logró quitarlas y tirarlas hacia atrás.

Valeria gemía con placer contenido, mientras contorneaba su cuerpo por

entre los cojines.

Trinidad había quitado la camisa de Martín y ofrecía darle un masaje por la espalda con un aromático aceite de lavanda caliente.

Martín adoraba que lo masajearan y en ese momento, sentía que estaba en las escalinatas de la gloria!...

En medio del desenfreno, y sin darse cuenta, los cuatro estaban desnudos sin ninguna muestra de pudor.

Cada movimiento parecía el acorde de un instrumento que se sumaba a la sinfonía erótica del placer.

Trini se puso de pie y apagó el DVD, encendió su iPod creando un clima más cálido con música suave de fondo.

'Sade', una mezcla de jazz oriental con ritmos muy sensuales y provocativos que elevaban la dinámica de la velada.

Con voz suave preguntó, mirando los ojos de Valeria, que parecían seguir el ritmo de la incesante y cautivante sonata:

-¿Cómo desean hacerlo? ¿Los cuatro a la misma vez o prefieren que una pareja lo haga, mientras la otra los observa?

Valeria y Martín no tenían experiencia en este desarrollo, por lo que argumentaron que tal vez, sería una carta interesante a descubrir...

-¡Tiremos la moneda! Dijo Eduardo, revolviendo con sus dedos y buscando un penny en el interior de una cajita que había apoyada sobre el DVD.

-¿Cara o seca Martín?

-¡Cara!

Hizo girar la moneda en el aire, obsequiándole una mirada ígnea a Valeria...

-¡Seca!...eso significa que Valeria y yo lo haremos primero...y ustedes disfrutarán del espectáculo en vivo y en directo...-Su rostro murmurando suspiros en el espacio y su mirada secuestrando fantasías mudas en el ocaso.

Martín tomó la mano de Trinidad y empujó su cuerpo encima de sus

piernas, preparándose para el show que su esposa iba a desplegar.

Sentía tremenda curiosidad verla en plena acción sensorial con otro hombre.

Camufló el temblor de su corazón, tapándose con un cojín y se acomodó en silencio compasivo.

Valeria se agachó de rodillas en la alfombra, y con una mano sujetaba el miembro de Eduardo, introduciendo sus carnosos labios y lamiéndolo de lado a lado sin parar, mientras con la otra mano, pellizcaba sus nalgas suavemente.

Eduardo estaba de lo más excitado y parecía que el rol protagónico de esta provocativa película, le caía como anillo al dedo; se le notaba en la cara de felicidad y en los gestos de sus manos, que movía con docilidad.

Valeria en cambio, se soltaba, más trataba de controlar sus impulsos modestamente, y con una cuota de juicio de su parte.

Martín y Trini, observaban sin aliento cada movimiento, a poco que se excitaban también sintiendo las olas de tempestad compartidas.

Trinidad sostenía el pene de Martín con una mano y con la otra, tocaba los pezones de sus pechos que ahora estaban rígidos y erguidos como dos torres.

Eduardo había logrado acabar dentro de la boca de Valeria y estaba devorando su pubis con tenacidad y sin importarle la presencia de los excitados espectadores.

Martín no pudo esperar que ambos terminasen, pues su excitación lo descontrolaba en furioso deseo y lo envolvía vertiginosamente.

Recostó a Trinidad sobre la alfombra y comenzó a introducirle su miembro erecto sin espera.

Sentía que Valeria, silenciosamente lo observaba transfigurada y le corría un instantáneo impulso animal que lo hacía sentirse más viril que de costumbre.

Aquello se había convertido en algo imparabile; los cuatro competían en gemidos y forcejeos en aquella faena erótica inesperada y bestial.

En las horas que se sucedieron, entre los cuatro, experimentaron todo tipo de escenarios, posturas y sensaciones desmesuradas; prodigio de un

master en Kama Sutra, nivel avanzado.

Hasta que ya no hubo más energía para continuar el espectáculo.

El elenco completo se desvanecía en la alborada.

Martín tomó la mano de Valeria y juntó deprisa sus prendas.

Eduardo, con voz grave y extenuada, les preguntó:

-¿Qué tal? ¿Y ahora qué opinan de nuestro estilo de vida?...

-Debo admitir que me asustó un poco al principio...pero al parecer, fue una experiencia que de a poco se está incorporando dentro mío...- respondió Martín, subiéndose el cierre del pantalón.

-Esperaba que dijeras algo por el estilo. Me alegro que así sea amigo! – Eduardo sonrió morbosamente.

-Con Trini conocemos otras parejas que están en esta misma onda...y si quieren, se las podemos presentar en algún momento...Dejo en sus manos esa decisión...

-¡Seguro! Nos va a encantar!... interrumpió Valeria tan animada que ya parecía una Pro de fiestas swingers.

Martín la observaba circunspecto.

Al cabo de un tiempo, Martín y Valeria agrandaron su círculo de amistades y conquistaron nuevos territorios nunca antes explorados.

Al parecer...la gente "cambia"...y mi amiga zorra logró bucear en el abismo infernal de sus pasiones sin vergüenza.

Zorra # 3

Una Zorra Actriz

Con Oscar Adulterado

Se acercó temblorosa, y con sus manos pálidas, apoyó dos rosas, sobre el ilustre ataúd de caoba macizo.

Una blanca y una rosada, unidas por un lazo de seda negro.

Dio un paso hacia atrás, equilibrando sus rodillas, evitando caer en la abisal fosa de tierra, que ceñía el immaculado féretro.

Elevó su mirada al cielo, deseando conectar su alma al infinito.

-¿En qué me he convertido? – Pensó.

Sentía el peso de una corona de espinas, llena de pensamientos rotos, sobre su cabeza.

Lentamente, la humedad de una llovizna gris, caía sobre su rostro transfigurado por la tristeza.

El cielo también lloraba aquel día.

Elsa se acercó a cubrirla bajo el ala de un oscuro paraguas.

Tomó su mano en silencio, presintiendo su estertor.

-¿Te encuentras bien?

-Creo que si – murmuró infausta, sujetándose al mango del paraguas.

Un menudo cortejo de gente desconocida, enmarcaba la tumba en sigiloso rito, dando el último adiós al difunto.

Cuando Daniela decidió cruzar el Atlántico en busca de un mejor porvenir; no tenía muy definido su futuro todavía.

Sabía que sería el comienzo de un largo camino a recorrer; y no sentía miedo al hacerlo.

Había sido criada en una zona rural, al sur del planisferio; donde poco se leía sobre lo que acontecía del otro lado del mapa; no obstante, un nombre daba vueltas por su cabecita desde muy pequeña: "Hollywood".

Cuando cumplió los trece años de edad, pidió a su mamá festejarlo, luciendo un vestido rojo muy similar, al cual alguna vez inmortalizara a Marilyn Monroe; pues adoraba a esa rubia despampanante, que se la veía con su sonrisa radiante y seductora, en las tapas de algunos viejos calendarios. Su imaginación volaba con las alas blancas de la ilusión, hacia aquel mundo de película.

Su madre nunca creyó, que Daniela hablaba en serio, cuando decía que al cumplir los dieciocho, se marcharía a Hollywood y llegaría a ser una

estrella de cine como "Marilyn".

Sin embargo, un día templado de sol, en vísperas de primavera, Daniela la sorprendió con una noticia abrumadora:

-Mamá...he estado pensando...y quiero que sepas que tomé una determinación...-con voz firme y desafiante, Daniela lanzó su misiva.

-¿A qué te refieres? – Doña Dolores abrió sus ojos mórbidos en sorpresa; pues lejos estaba ella, de imaginarse jamás, por donde derivaría aquella conversación.

-A que pronto... -tragó saliva, haciendo una pequeña pausa, - me marcharé muy lejos de aquí...- Se acercó para mirarla fijamente a los ojos, queriendo enfatizar su dictamen y para que no hubiese duda alguna, de que estaba hablando muy en serio.

Doña Dolores sabía bien que, una vez que esta muchacha ponía en marcha un plan, no había Dios, ni herejía, que la hiciera cambiar de opinión.

-Dani, mi niña bonita..., entiendo lo que dices, más no logro comprenderte... ¿adónde quieres ir? – se recostó sobre una de las vigas que sostenía las pesadas ramas de una planta de parra, reparando su rostro del sol, que acercándose la hora del medio día, ardía resplandeciente.

-¡A Hollywood mami! – Su semblante ahora iluminado con la fuerza de su pensamiento y sus pupilas colmadas de esperanza y deseo, en vísperas de un futuro mejor, aproximándosele como una mansa brisa sobre la piel.

Tocándose la oreja izquierda en signo nervioso, y buscando la manera de entusiasmar a su madre, prosiguió:

-¿Te imaginas mamá?! ¡Estar en medio de las estrellas de cine! ...Eso es lo que más deseo en el mundo! – sus ojitos se encendieron en vivaces destellos multicolores.

-Pero, a ver Dani... ¿cuál es el plan que tienes? Me imagino que no creerás, que tú llegarás allí, e inmediatamente, te contratarán para hacer películas!

Su madre estaba totalmente escéptica, siquiera a la visualización de aquel proyecto, que incluso hasta le parecía un tanto descabellado y muy poco factible.

-Pues usaré mis ahorros para mantenerme durante el primer tiempo, e intentaré también conseguir algún trabajo, mientras contacto las personas

adecuadas que abran esas puertas, para llegar a ser una gran actriz.

-Además, cuento con la ayuda de Elsitita, que seguramente conoce mucha gente que podría cederme una mano, y abrirme paso dentro del mundo cinematográfico...

-Jamás podría perdonarme, no haberlo al menos intentado. ¡Lo he soñado por años mamá! Estoy segura de que todo saldrá bien! Lo siento acá... -se señaló el corazón, y con su mano derecha, golpeó su pecho tres veces.

Doña Dolores, arqueó sus pobladas cejas, frunció los labios, y apenas dejando ver una sonrisa diminuta, suspiró...-Está bien Dani! Entonces....Sigue tu corazón...

Daniela no era ninguna improvisada.

Desde hacía años tenía en mente aquel croquis de su promisorio futuro, y por fin había llegado la hora de comenzar a desarrollarlo.

Mientras estudiaba, había podido ahorrar algún dinerito, trabajando los fines de semana como niñera, y había sacado cuentas, que llegado el caso de mudarse a los Estados Unidos, y si se mantenía de manera austera y juiciosa, dicho botín, le alcanzaría para sustentar sus gastos por un año aproximadamente, sin generar entradas adicionales.

Su pasaje lo pagaría en largas y cómodas cuotas y en EEUU contaba con la ayuda de una amiga, que hasta podría ofrecerle alojamiento temporal.

-¡Ay pero tan lejos Daniela! - Apoyó su mano sobre su boca, intentando tapar la emoción que ese pensamiento le generaba en su corazón, y moviendo la cabeza hacia los lados, quiso negarlo por completo; como si acaso, fuera suficiente para borrar la arquitectura de aquella inesperada maquinación.

-¡Prometo llamarlos por teléfono cada día y enviarles fotos de todos los lugares que visite mami! - Daniela deseaba alentarla para evitar desbordar su tristeza.

La abrazó fuertemente, en busca de su apoyo y aprobación, sintiendo la fuerza interior de la esperanza como un landó tirado por diez caballos salvajes.

Pero mamá Dolores, sentía su alma partirse en dos con la imprevista noticia.

-¡Hollywood está tan lejos de casa Dani!

Con fortaleza sostenida, contuvo el caudal de sus lágrimas, que querían rodar contorneando su perfil.

Pues tampoco haría un melodrama para desanimar a su hija preferida, que animadamente, no paraba de contarle sus futuros planes.

Daniela elevó sus ojos el cielo cubierto de palomas blancas, y sonrió feliz.

Había vencido su más temido obstáculo: la mirada juiciosa de mamá.

¡Por fin tenía permiso para volar!

Ahora podría dar rienda suelta al extravagante sueño de llegar a Hollywood.

Durante varias noches, dibujó escenas en su imaginación de cómo sería su vida en aquel enigmático lugar.

Eran escenas conocidas, ya que desde pequeña lo había diagramado en su interior, mientras miraba embelesada, infinidad de películas.

Sus favoritas, las de James Cameron: Titanic, Fantasmas del Abismo, Avatar entre tantas otras.

Le divertía visualizarse en medio de célebres personajes, luciendo diferentes atuendos y maquillajes; jugando a ser la protagonista principal de la obra.

Daniela se había preparado para encausar sus sueños de manera ordenada.

Durante los años de la escuela secundaria, había llevado una rigurosa dieta vegetariana que le permitía tener una estupenda silueta y también había tomado clases de danzas y teatro.

Se había leído libretos enteros de las obras dramaturgas más populares en idioma inglés, y si bien no había tenido aún la posibilidad de hablarlo con fluidez, al menos lo entendía perfectamente.

Al paso de los días, hasta Doña Dolores se había animado a soñar con aquel presuntuoso destino, donde fantaseaba viendo a su niña - ahora no tan niña - protagonizando una película junto a algún actor famoso.

-¿Cómo se llama ese actor tan buen mozo que se fue al Tíbet, Dani?..
¡Mira si te toca trabajar con él!...

-¡Brad Pitt mamá!

-Sí, sí,...él mismo;...imagínate Dani qué emoción!

De a poquito, la idea iba tomando fuerza y aceptación en la cabeza de esta madre, que con resignación, entregaba al azar, lo que más amaba en el mundo.

Al poco tiempo de aquella calurosa conversación bajo la sombra de la parra, Daniela logró viajar y por fin se instaló en casa de su amiga Elsa, en un barrio urbano de la ciudad de Los Ángeles, en California.

Elsa era su amiga de la infancia y compañera de la escuela primaria.

Desde hacía varios años, se había radicado en Estados Unidos y estaba estudiando en la facultad, la carrera de enfermería.

Por las noches, trabajaba de camarera en un restaurant de comida vietnamita, ubicado en el corazón del famoso China Town=Barrio Chino.

Prácticamente no se la veía en todo el día, ya que solía dormir hasta tarde, y se levantaba con el tiempo justo para cambiarse y salir con paso apurado para la Uni; apenas se cruzaban para intercambiar tertulias cortas como para mantenerse en contacto y vigilar los pasos de Daniela, por si acaso necesitaba ayuda.

Daniela se sentía un poco perdida los primeros días.

Pues el monstruo de la gran ciudad, con su mundanal ruido, y sus inseguras calles, amenazaba con tragársela a cada paso.

Elsa había sido muy clara con ella.

Sin mucho preámbulo, la instruyó sobre los peligros palpitantes en la zona; pues los robos y arrebatos callejeros abundaban en esa área, y se requería extra atención al caminar; especialmente siendo ella, una recién llegada.

Pero esta mujercita había sido criada en un pequeño pueblo, donde casi todas las personas se conocen, y no estaba acostumbrada a caminar vigilando su paso.

Era algo que Daniela entendía en su dimensión, pero le resultaba difícil ponerlo en la práctica.

Elsita le había contado un par de historias que deambulaban por su

edificio.

La vecina del 8 E, que había sido robada y apuñalada sin clemencia, cuando caminaba por la avenida Griffin, en uno de los callejones, hacía apenas un par de semanas atrás; fue la que más la había conmovido; pues su vecina apenas tenía diecinueve años de edad y mil sueños ahora encerrados dentro de un cajón, dos metros bajo tierra.

Daniela, perpleja, se cruzaba de brazos mientras escuchaba aquellas fúnebres y horrorosas historias urbanas.

Tal vez su amiga, con la mejor de sus intenciones, quería hacerla tomar consciencia de los riesgos de vivir en Lincoln Heights; especialmente porque ella no contaba con tiempo suficiente para acompañarla en sus diligencias.

Daniela confiaba en sus ángeles guardianes y por si acaso, llevaba un spray paralizante Mace en su cartera.

Nunca había tenido que utilizarlo, pero, al menos en las películas, daban resultado contra los ataques callejeros.

Ella era una chica valiente y no se acobardaba fácilmente; ya había logrado conseguir estar allí, y deseaba concretar sus sueños sin interferencias.

Su primera tarea, consistía en averiguar los teléfonos y direcciones de las agencias de contratación de actores.

Daniela había confeccionado su ficha de datos minuciosamente, pero claramente no contaba con experiencia fehaciente, como para ofrecer sus servicios como actriz.

¿Cómo podía ser esto posible? ¡Si había actuado en tantas películas dentro de su cabecita!....

Pero la realidad difiere sustancialmente de la ficción, y ahora esta joven tenía que abordar su presente, con hechos reales y tangibles que le permitieran ir de a poco materializando sus objetivos.

Se acercó a la biblioteca de la calle Workman, con la intención de conseguir una guía de profesionales del espectáculo.

Para su sorpresa, una de las mujeres de la recepción, le comentó que prácticamente, itodo Hollywood se dedicaba a ello! Y que tendría que ser más específica en su búsqueda para ubicar lo que buscaba.

Se entretuvo mirando los lomos de los libros del pabellón de cine, por un rato.

Pero no lograba concentrarse.

Las palabras de aquella señora morena, de gruesos labios, que la había atendido hacia unos minutos atrás, inundaban su mente con interrogantes.

-Y... ¿qué es lo que busco? Pensó.

Por más que le pesara hacer el cuadro sinóptico de su estrategia; sería menester ser específica.

-Específicamente...eemm..."quiero ser actriz"...

Resopló con fuerza y se marchó, sintiendo que allí no encontraría lo que buscaba.

Caminó por la avenida Pasadena y se sentó en un café. Tenía que recalculer sus métodos.

Mientras vaciaba dos sobrecitos de edulcorante en su taza de café, observó a un señor de lentes oscuros que sujetaba una enorme cámara fotográfica y dos mujeres muy elegantes que lo acompañaban. Una de ellas, le resultaba de rostro conocido, pero no se daba cuenta de quién era.

Disimuladamente, enfocó su atención mientras se sentaban dos mesas más adelante.

Hablaban en italiano, y se los veía muy alegres.

La mujer más alta, de pelo largo, le sonrió.

-Ciao – la saludó.

Daniela entendía muy bien el italiano, por haberlo escuchado de sus abuelos, cuando era pequeña.

-iBuon giorno! Respondió sonriente y con ánimos de relacionarse con los simpáticos desconocidos.

Unos instantes después, y varias sonrisas de por medio, la invitaron a compartir la mesa.

Pertenecían a una agencia de modelos italiana, y estaban haciendo una

campaña publicitaria para una empresa de fina lingerie femenina.

Le preguntaron si quería hacer una prueba con ellos, y combinaron un encuentro para el día siguiente.

Daniela estaba entusiasmadísima.

Sentía que esta debería ser una de esas puertas que se abrirían en su camino, para conducirla adonde ella deseaba llegar.

-¿A que no sabes lo que he conseguido Elsi?!

-¿Una carretilla cargada con lingotes de oro? – Elsa era una agnóstica infernal!

-Nop, ¡algo mejor!... ¡Un contrato de trabajo! –Su entusiasmo desbordaba la sala.

-¿De veras?! ¡Qué alegría! – la abrazó con vigor.

¡Cuéntame!

-Me contrataron... -no como actriz, sino como modelo- pero me pagarán muy bien. Incluso tendré que viajar con ellos a New York y a Miami.

-Espérate un segundo niña... cálmate por favor...a ver... a ver...

-¿Tú los conoces?

-No, no sé quiénes son en realidad...Dicen ser de una firma italiana...-se reclinó en el sofá de la sala, y abrazó un cojín, pensativa.

-Bueno, no te pongas mal, vamos a buscar información para asegurarnos de que sean honestos. Yo misma te puedo ayudar...- es que aquí Dani, hay que tener mucho cuidado... ¡son miles las mujeres que vienen a Hollywood con la intención de ser descubiertas por agencias; muchos se aprovechan de ello y venden ilusiones!...

-Entiendo – hizo una pausa y recogió su bolso buscando la tarjeta que le habían dado los publicistas.

- Se llama "Saci"...y al parecer tienen oficinas en Milán y aquí en EEUU también.

-Bueno, mañana si tú quieres te acompañaré a la cita...

-¿Harías eso por mí?!

-¡Ni lo dudes! Y le guiñó el ojo derecho en complicidad.

En efecto, Daniela tenía en sus manos su primer contrato de trabajo para la producción de una campaña publicitaria.

Aquellos días se sucedieron muy velozmente. Daniela era fotografiada en diferentes trajes y perfiles.

Prácticamente, ya se sentía toda iuna estrella!

Y como lo había prometido; al caer la noche, llamaba a su madre y le contaba con lujo de detalles, todo cuanto acontecía en su nuevo mundo.

Aquel mundo con el que había soñado por tanto tiempo.

Su madre se sentía orgullosa de los éxitos de su hija y a pesar de la distancia que las separaba, confiaba en su futuro y sabía que una vez que consiguiera fama, volvería junto a ella.

Elsita vigilaba de cerca sus pasos, aconsejándola.

Al terminar su contrato con esa firma, ya contaba al menos con un antecedente laboral para su ficha de datos, y creía que sería más fácil aggiornarse en el mundo de Hollywood.

Con la ayuda de Elsa, armó un nuevo y más elegante book, con sus fotos y datos personales.

Tomó algunas copias y las entregó personalmente en algunas agencias de actores del área metropolitana.

Los días transcurrían sin pausa y Daniela intentaba no desanimarse ante la indiferencia de quienes recibían su conspicuo historial y prometían falazmente llamarla.

Comenzaba a preocuparle su situación laboral, o mejor dicho: su inexistente situación laboral; ya que luego de la consecución del breve contrato de modelaje; no había podido sumar nada más a su febril carrera de actriz.

Por suerte, tenía a Elsita, quien no dejaba de animarla y era su hada madrina en este nuevo territorio.

-Hola Elsi, te estaba esperando.

-¿De veras? ¡Uy!... eso me suena a que algo te traes entre manos!

-¿Qué tal ha sido tu día?

-¡Un infierno! ¡Estoy agotada! – Cayó rendida en el sofá y le respondía bostezando, mientras intentaba unir sus manos detrás de la cabeza.

-Y a ti... ¿cómo te ha ido?

-Bueno, he estado pensando, que tal vez, sería buena idea conseguir un empleo...digamos en otro rubro...

-¿A qué rubro te refieres Dani?

-No sé... podría intentar hacer algo como lo que tú haces en el restaurant...

-¡Pero tú nunca has trabajado de camarera!...

-No...nunca...pero, ino creo que sea tan complicado! ¿O sí? isé que puedo aprender! Es que... necesito tener una ocupación...ya no soporto estar en medio de estas cuatro paredes, esperando a que suene el maldito teléfono.

-Te entiendo amiga...Pues no sé,...déjame pensar un poco; allí donde yo estoy, han quitado gente; estamos en temporada baja y no creo que puedan emplearte. Tal vez el "Moncho" sepa de algo. Lo llamaré esta misma noche para preguntarle.

-¡Gracias amiga! ¡Tú eres lo máximo! Y te tengo una buena noticia: en el horno te espera un pastel de camarones...delicioso - Sonrió.

-¡Ahora sí que caerán sapos del cielo! Tapó su rostro con sus manos, espiándola pícaramente, y se dispuso a cenar a su lado.

Esa noche, Elsita llamó a su amigo Moncho para preguntarle si acaso sabía de algún sitio donde estuvieran tomando gente, allí mismo, dentro del China Town.

Quedaron en que le avisaría, ni bien supiese de algún dato.

Al cabo de una semana de esa breve conversación, Elsita le pasó el número telefónico de Moncho; al parecer tenía buenas noticias para ella.

-Hola! Habla Daniela Greco, amiga de Elsa Torres.

-Hola, si me dijo que me llamarías esta tarde...respondió con voz apurada.

-Espero que no sea una molestia,...musitó.

-En absoluto...-Hizo una pausa, al parecer saliendo del bullicio. –Tú eres la actriz...y sabes bailar...¿verdad?

-Si...-tragó saliva y acomodó la voz. – Soy bailarina profesional...

-¿Qué edad tienes?

Pensó por un instante en sumarse un par de años, como para demostrar seguridad y madurez...-eh...veintiuno...acabo de cumplirlos...

-Mira, anota este número: 213-607-9107 y pide hablar con Madame Soleil... ella está esperando tu llamada. Dile que te envía El Marqués...

-¿El Marqués?...

-Si...tú dile eso...sin entrar en más detalles.

-Bueno, pues...muchísimas gracias Moncho!

-A la orden...

Madame Soleil.... Moncho...El Marqués... humm...repetía en su cabecita...-
¿Quién diablos será toda esta gente? Acomodó su libreta sobre la mesita del teléfono y cruzó sus piernas sobre la silla.

¿Sería un trabajo en algún circo?...pensaba curiosa.

Marcó los primeros tres dígitos, y colgó...respiró hondo y se levantó a buscar un vaso con agua.

El misterio de estos nombres, la desorientaba.

No le pregunté si la tal Madame...ihablaba español!... se inquietaba.

Volvió a marcar una vez más.

-Hello... ¿habla usted español?

-¿Quién habla? –respondió una voz ronca y sin edad.

-Es usted... ¿Madame Soleil?

-Sí, la misma...

-Pues, mucho gusto, mi nombre es Daniela Greco...llamo de parte del....Marqués...-titubeó...

-Ah, si... ¿tú eres la bailarina?

-Si soy yo- se relajó.

-Ven a verme esta noche a eso de las 11 pm al Club Nokia. Di en la entrada que Madame te espera y sube al primer piso.

-Perfecto, la veré allí entonces. – No le dio tiempo a despedirse; cuando escuchó el bip agudo del tubo cortado.

-Club Nokia... ¿adónde será? No me dio tiempo a preguntar la dirección...reflexionaba.

De todos modos, no se animaría a volver a llamar. Sería mejor buscar en la guía.

Llamó a la operadora y anotó la dirección en su libreta; 800 Olympic Boulevard.

Sentía una gran expectativa al no saber bien de qué se trataba aquel puesto.

Afortunadamente tenía suficiente tiempo para prepararse para la cita de esa noche con la tal Madame Soleil.

Evitando perderse a esas horas, tomó un taxi hasta el sitio acordado.

Al llegar, se encontró con un enorme estacionamiento atestado de autos y una fila de gente que daba vuelta la esquina.

-Doce...

-Eh?...

-Son doce dólares...repitió el chofer, advirtiéndole su distracción.

Extendió dos billetes y bajó con prisa.

¡Esto sí que no lo esperaba! ¿Qué será todo esto!? Apresuró el paso por los escalones.

Un hombre musculoso de lentes oscuros monitoreaba la entrada. ¿Acaso

tendría que hacer toda la cola para lograr entrar?

Eran casi las once y de ponerse en la fila, le llevaría horas atravesar la puerta principal.

Daniela se sintió perdida. No sabía ni qué, ni quiénes eran esas personas.

Nerviosa, encendió un cigarrillo. Dio tres pitadas y lo apagó.

Se acercó a una muchacha que se recostaba sobre una columna de hierro, para preguntarle sobre el lugar.

-¿Nokia Club?...eso queda del otro lado del Teatro... la entrada es por la calle Figueroa...Sigue la fila hasta el fondo y dobla en la primer calle a la izquierda, desde allí podrás ver la puerta de entrada.

-¡Muchas gracias! Daniela miró su reloj, eran ya pasadas las once.

Apurada siguió la guía de la joven desconocida y se perdió entre la gente.

Al doblar la esquina vio un letrero de neón que iluminaba NOKIA CLUB.

Acomodó su cabello y llegó a la entrada.

Allí se congregaban tres mujeres vestidas de negro; lucían como conejitas de playboy.

Una de ellas la miró de pies a cabeza y le dijo: ¡Será mejor que corras...antes de que sea demasiado tarde!...

Daniela sonrió, aunque no entendía el significado de estas palabras.

-Vengo a ver a Madame Soleil, tengo cita con ella a las once.

-Y... ¿cómo es tu nombre doncella?...

-Daniela Greco. – respondió secamente; pues dudaba de la simpatía de estas mujeres.

-Pasa por aquí. Allí al fondo, encontrarás un ascensor; tienes que bajar en el primer piso. – Con la mano señaló un oscuro pasaje en el interior.

-Gracias, - acomodó su cartera y avanzó hacia el fondo.

-“Primer piso”...iba repitiendo para no olvidarlo.

En el espejado ascensor, retocó sus labios con rouge y sacudió su melena.

Al descender vio dos puertas idénticas, hacia cada lado.

-¿Cuál de estas será? Pensó.

En la de la derecha había una cámara de seguridad.

-Hizo un atino y golpeó levemente dos veces.

Enfocó sus ojos sobre la camarita.

Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió automáticamente.

Al ingresar, se encontró con un lugar inmenso con ventanas cubiertas con gruesos cortinados hasta el suelo. Elegantes sofás de terciopelo color natural. Un decorado de cuadros de la época del renacimiento, y antiguos jarrones pintados, repletos de rosas rojas.

Daniela observaba todo con ojos curiosos.

Qué raro era ese lugar, pues no había nadie allí.

Se aproximó hacia el centro de la sala y se sentó en el mullido sofá.

Después de haber transitado por esos malolientes pasadizos, este lugar parecía un castillo real encantado.

Suspiró y cruzó sus piernas intentando relajarse.

Pero no duró mucho tiempo; apenas unos instantes, cuando un muchacho joven de finos bigotes, se aproximó a recibirla.

-Hola, ¿es usted la señorita Daniela? Buenas noches! Venga por aquí, sígame por favor, Madame la está esperando.

-Sí, claro.

Descorrió una de las cortinas del fondo y abrió la puerta con una tarjeta magnética.

Allí adentro, era otro mundo! Era un verdadero club, atestado de gente.

La música retumbaba en su interior en alto voltaje.

Daniela estaba boquiabierta de la sorpresa.

Las luces láser iluminaban la pista de baile en el centro y se movían haciendo diferentes formas geométricas; algunas como estrellas multicolores.

En su distracción, perdió al señor de bigotes que la escoltaba.

Giró su cabeza como un radar, tratando de ubicarlo.

Por fin, lo divisó más adelante, detrás de una neblina de humo blanco.

-Espéreme por favor...-tuvo que alzar la voz, pues el ruido era infernal.

Subieron por una escalera metálica caracol hacia un lugar privado en forma de ochava.

Finalmente, le presentó a la enigmática Madame Soleil.

-Mucho gusto, soy Daniela, se apresuró.

-Hola Daniela,...-la miró de pies a cabeza y comentó: eres blanquita y por cierto muy bella...al parecer...el Marqués tiene buen gusto...-sonrió.

-Muchas gracias Madame...

La mujer lucía un enorme sombrero, decorado con plumas de ganso y brillantes lentejuelas.

Tenía una melena lacia muy larga y un vestido ajustado al cuerpo color negro con mangas en copa; sus ojos negros penetrantes al estilo de Morticia Addams y sus labios muy finos en impecable rojo carmín.

-Siéntate, ¿quieres tomar algo? – sugirió.

-No gracias, estoy bien. – Daniela se sentía un poco intimidada.

Se reclinó hacia adelante: -¿Puedes ver a esa muchacha allí? – le señaló con el dedo hacia el centro de la pista de baile.

-Sí, la veo.

-Se llama Marixa, es nuestra bailarina de lujo...

Tú tendrás que reemplazarla, puesto que se va a vivir a Europa...lanzó una risa un tanto patológica.

-Andrés te conducirá al vestuario para que te cambies y ya mismo te unas

a ella para una prueba.

-¿Una prueba? ¿Esta misma noche?...

-Así es querida, ino hay tiempo que perder!...

Elevó su mano, indicándole al muchacho que la acompañara.

Daniela estaba muda. Pues no habían hablado de términos ni condiciones, ni nada...

-Venga por aquí por favor...-el joven le indicó el camino.

Bajaron las escaleras nuevamente, cruzaron por detrás de la barra, y se metieron dentro del vestuario.

Allí había cantidad de otras mujeres; algunas vistiéndose, otras maquillándose y otras solo sentadas conversando.

El anfitrión, abrió un armario y tomó un traje de dos piezas de seda en color turquesa.

-Creo que es tu talla, pruébatelo. – le sonrió entusiasmado.

-Me da la impresión de que es un poco pequeño...Daniela lo revisaba juiciosamente.

-Bueno, aquí tienes otros, si este no te queda, busca algo que sea de tu talla, pero estoy seguro que este te quedará bonito...Vendré a buscarte en aproximadamente, media hora; prepárate tranquila.

-Está bien, aquí lo espero entonces.

Andrés se marchó rápidamente.

El resto de mujeres, la ignoraban por completo.

Dani, abrió el armario nuevamente y examinó uno a uno, el resto de trajes colgados; al parecer eran todos muy parecidos.

Finalmente, se quedó con el de color turquesa.

Se lo probó y se acercó a mirarse en el espejo: le quedaba perfecto.

Había resultado tener muy buen ojo el muchacho.

No demoró en alistarse.

Su cabeza hervía en pensamientos intrigantes.

No sabía bien lo que tendría que bailar o hacer, pero ya no se animaba a dar marcha atrás.

Al cabo de un rato, Andrés apareció junto a la bailarina Marixa.

Era mucho más alta de lo que se imaginaba.

De tez muy blanca y enormes ojos verdes.

-¿Estas lista ya? - Pero mírate! ¡Qué bien te queda ese traje! ¡Sabía que te quedaría muy bien!...

-Gracias Andrés.

-Te presento a Marixa.

-Marixa, te presento a Daniela... ella será tu reemplazo...

La muchacha la tomó por los hombros muy delicadamente.

-Pues te deseo mucha suerte!

Parecía emocionada, pero Daniela no entendía el motivo.

-Solo tendrás que seguirme el paso, yo haré una pequeña introducción y luego tú me seguirás, no te preocupes por coordinar demasiado el ritmo. Si te equivocas, no pasa nada, solo no te quedes quieta.

Si alguien se acerca a ti y quiere tocarte, no hagas escándalo...deja que la gente de seguridad se encargue....

-¿Qué gente?

-Bueno, en la sala hay muchas personas que están entremezcladas en el público, pero que son de "la casa", hombres en su mayoría, pero algunas mujeres también; ellos están encargados de que nadie moleste a las bailarinas....ya tú sabes... - frunció los labios.

-Y ¿cuánto tiempo durará el show?

-Unas dos horas aproximadamente....luego haremos una pausa de media hora para descansar y cambiarnos de ropa y volveremos al escenario, por

otra hora más.

-Y...entonces....cuánto durará la prueba?

-¡Toda la noche! Sonrió...

Retocó sus labios con rouge y sujetó a Daniela del brazo. Y sin demoras, juntas salieron resueltas hacia la pista de baile.

Todo era muy vertiginoso aquella noche; pero a pesar de ello, Daniela, logró bailar estupendamente.

Hacia el final de la noche, Andrés la rescató, entregándole un sobre.

-Ya puedes ir cambiándote...toma, esto es para ti.- le entregó un sobre cerrado.

-Dice Madame que te espera mañana a las diez; lo has hecho muy bien!

Daniela estaba húmeda en transpiración y semi-deshidratada. No veía la hora de salir de allí y poder tomar aire fresco.

Rápidamente, juntó sus cosas y se marchó en un taxi. El puesto de bailarina era suyo.

Comenzaba a amanecer. Algunos tenues rayos de sol se colaban entre las ventanas del pequeño cuarto.

Quitó su ropa y se desplomó en la cama.

Lo único que deseaba, era poder descansar y acomodar sus pensamientos.

El trabajo en el club, fue muy intenso.

Daniela dormía prácticamente todo el día.

Al levantarse, solo le quedaba espacio para comer y prepararse para la nueva jornada.

A medida que pasaban los días, se sentía cada vez más débil. Apenas lograba alimentarse, ya que salteaba por lo menos tres comidas.

Ya no podía llamar a su madre por las noches, como era su costumbre, ya que por esas horas, estaba siempre apurada.

A Elsa apenas la veía. Se cruzaban como dos saetas, cuando Daniela aparecía entre el rocío de la mañana; con ojos pesados de traspasar y

sudor.

El brillo de sus ojos se había opacado con el humo de la noche y sus sueños tambaleaban sobre el frío escenario de metal.

Seis meses transcurrieron incesantes.

Daniela necesitaba conseguir una visa de trabajo para poder quedarse en Estados Unidos.

Habló con Madame Soleil al respecto de su situación, pero la respuesta era siempre la misma: argumentaba que ella no podía ofrecerle documentación.

En vez, le sugería que consiguiese un candidato para casarse y así poder reclamar ciudadanía.

Daniela se encontraba en una situación compleja porque si bien trabajaba, no tenía un contrato, tampoco beneficios de ninguna índole.

Una noche, una de las muchachas que atendían la barra, se acercó al camarín para hablar con ella.

-Esto me lo han dejado para ti Daniela...-le entregó una tarjeta.

-Oscar Miller, móvil 218-368-4555- leyó en voz alta...

-¿De quién es? – Preguntó sorprendida.

-Llámallo y te enterarás – No le dio tiempo a preguntar nada más. Regresó a la barra con prisa.

Daniela guardó la tarjeta en su bolso, sin mucho interés. Luego preguntaría de qué se trataba.

No era la primera vez que alguien le dejase su tarjeta personal; ya que eran muchos los clientes que frecuentaban el Club y más de uno, presumía su atención.

La noche siguiente, recibió un ramo de rosas en su camarín.

El ramo no tenía dedicatoria; llevaba solo un lazo de seda blanco, con dos letras bordadas en dorado: O.M

Pero Daniela no sospechaba aun su significado.

Cada miércoles recibía el mismo ramo de rosas: seis de color blanco y siete de color rosa, unidas en un fragante ramo. Sin embargo, nadie se

hacía cargo de su envío, ni tampoco, Daniela cuestionaba su procedencia.

Por fin, una noche, la muchacha de la barra, insistió nuevamente, acercándole, otra tarjeta igual a la anterior.

Pero a diferencia de la otra, esta tenía dibujada con tinta azul, una estrellita fugaz, en la parte superior.

Aquel enigmático detalle, le generó una modesta curiosidad. Se animó a tomar el teléfono y llamar al sibilino número.

-Hola, habla Daniela Greco – Hizo una pausa esperando oír la voz del otro lado.

-¡Qué sorpresa! Me alegra mucho tu llamada –respondió con entusiasmo.

-No creo conocerlo, al menos no hemos sido presentados –articuló diplomáticamente, intentando que le diera alguna pista sobre quien realmente era este individuo.

-Bueno, tú no me conoces, pero yo sí a ti...-su voz era suave y pausada.

-Te he visto cada noche en el Club...

Daniela tragó saliva; e instantáneamente, sintió un leve arrepentimiento – ¡No debería haber llamado! Se decía angustiada, mordiéndose los labios.

-Me gustaría invitarte a almorzar...sin compromiso, claro...

-Es que suelo dormir hasta tarde; regularmente salteo el almuerzo.
–respondió evasiva.

-Tú puedes poner la hora que te sea más conveniente, y yo, con gusto me acomodaré a tus horarios-

-No creo que sea posible... -estuvo a punto de negar por completo la incitadora sugerencia, sin embargo, algo en su interior le decía que debería aceptarla. – Está bien...Podría ser el viernes próximo a eso de las 3 pm...

-Perfecto, solo dime tu dirección, y pasaré a recogerte si me lo permites...

-¿Y cómo lo conoceré?

- No te preocupes por ello, yo te ubicaré a ti.

Cortó la comunicación y se quedó observando las letras de su

nombre...O.M...

“Oscar Miller! Es el de las rosas! Ufff! Dios mío! Y ahora ¿cómo salgo de esta?! Pensaba resoplando aire y apantallándose con la tarjeta.

Estuvo a punto de cancelar la cita.

Sin embargo, le daba curiosidad conocer al presunto “admirador secreto” que cada semana, le enviaba rosas.

Para el caso, sería solo un inofensivo almuerzo – pensaba.

Aquella había sido una semana intensa y habiendo llegado el día viernes, Daniela se sentía agotada.

Por poco había olvidado la cita acordada con su flamante admirador.

Sin ánimos de seducción, se vistió de manera sencilla y desenfadada.

Una blusa blanca, con cuello de broderie, junto a sus jeans gastados.

Recogió su melena en una trenza y calzó sus lentes oscuros.

Eran apenas pasadas las tres de la tarde y caminaba despacio hacia la puerta del edificio.

Como era habitual a esas horas, se cruzaría con Clara, su vecina del 4 G que regresaba de la escuela acompañando a sus tres niñas; y con quien solía intercambiar conversaciones fugaces.

-¡Ojalá no me la cruce hoy! – Pensaba. No tenía intención de explayar detalles sobre su cita.

Por suerte, al cruzar el pórtico principal, pudo divisar un auto negro que esperaba erguido en el frente.

-Debe ser él... apresuró su paso con curiosidad.

Al acercarse, un muchacho alto vestido con un elegante traje azul, se aproximó a saludarla.

Daniela sonriente le extendió su mano, mientras él, la escoltaba hacia el asiento.

Se abrochó el cinturón de seguridad y suspiró en complicidad, mientras el joven ponía en marcha el vehículo.

Jamás lo había visto antes, y su voz aguda, ahora le resultaba diferente.

-Imagino que tendrás apetito... -sugirió sonriente.

-¡Muero de hambre! – respondió cándidamente.

-Sin conocer tus preferencias, me animé a hacer reservas en un sitio que se llama Lucques, sobre el pasaje Melrose. Exhiben una amplia variedad de platos de alta cocina francesa. – Espero que sea de tu agrado...

-Suenan bien – sonrió, acomodando sus lentes.

Por lo general, este tipo de citas a ciegas suelen ser un fracaso.

Daniela se había preparado para lo peor. No obstante, parecía ir llevándola demasiado bien. Pues el muchacho era muy agradable y educado.

Pensaba mencionar su agradecimiento por las rosas; tanto como para ir rompiendo el hielo del encuentro.

-Permíteme darte las gracias por las flores...-sugirió tímidamente.

-Me alegro que hayan sido de tu agrado – volvió a sonreírle.

Al llegar al restaurant, nuevamente, él se acercó a abrir su puerta, con cortesía. Daniela recibía sus atenciones con intrigante fascinación.

Diligentemente, una muchacha muy simpática, les dio ubicación en una de las mesas con vistas a la terraza.

-Ya les traigo su botella de Champagne, Míster Williams – expeditiva se marchó con el pedido.

Daniela creyó que había escuchado mal...que la muchacha, en su apuro, se había confundido de nombre.

Al cabo de unos instantes, la joven apareció con dos copas en la hielera con una botella de Laurent Perrier.

Les extendió las cartillas del menú.

-Me avisa cuando esté listo Míster Williams...-se marchó nuevamente.

Al oír esto, Daniela acotó -¡Creo que te ha confundido con otra persona!..

-¡Es posible! – sonrió sin sumar más detalles.

Daniela se iba sintiendo muy a gusto con este nuevo extraño, y disfrutaba de aquel almuerzo con optimismo.

Habían hablado de trivialidades varias, sin entrar en intimidades o exponer sus biografías.

El encuentro se sucedía de manera armoniosa y pacífica; al menos eso parecía.

Cuando estaban terminando la sobremesa, el muchacho, con leve tono de solemnidad, le hizo una pregunta muy singular...

-Dime una cosa Daniela... ¿Te gusta lo que haces en el Club? ¿Te sientes a gusto allí?

No sabía por qué lado seguiría el curso de esta impronta pregunta...pero atinó a decir la verdad.

-No me disgusta bailar, pero honestamente, no siento que ese sea el trabajo ideal para mí.

-Y ¿cuál sería el trabajo ideal para ti?

-Yo creo que me gustaría actuar...- tuvo que acomodarse sobre la silla, pues le daba un poco de vergüenza hablar sobre sus ideales.

-¿Eres actriz?- la miró con sorpresa.

-Bueno...¡quisiera serlo! Al menos, ese era mi sueño al venir a esta ciudad. – Su mirada se iluminó por unos instantes.

-Creo que puedo ayudarte – la miró fijamente a los ojos, hizo una pausa mientras recargaba su copa.

Daniela comenzaba a desconfiar.

Pues como dicen en inglés: tal vez era demasiado bueno para ser cierto.

Recordó las palabras de Elsa, cuando le advertía sobre los peligros del ambiente.

-¿De qué manera me puedes ayudar? – se reclinó en la silla, objetando cierta distancia.

- Te lo diré muy pronto. Me gustaría que nos encontremos nuevamente

mañana si es posible, o cuando tú puedas...

La dejaría con una intriga mayor todavía.

Aquella tarde se despidieron animados y quedaron en verse al día siguiente.

Daniela se había quedado suspendida en una nube sustancial; pues todo le resultaba muy extraño.

Pensaba en su situación migratoria; pronto tendría que tomar una decisión, ya que su visa estaba a punto de caducar y necesitaba documentación para avalar su estadía como residente.

-¿Y si de verdad este hombre me quiere ayudar?... -deseaba darle impulso a un pensamiento positivo que la ayudara a permanecer tranquila.

No veía la hora de contarle a Elsa sobre su admirador secreto! Pero no hubo tiempo; pues al otro día, volverían a encontrarse nuevamente.

Esta vez la cita era en el Café Dolce, a pocas cuadras de su apartamento.

No había podido dormir aquella mañana; pensando en el enigmático Oscar Miller.

Esta vez, su galán se presentó vestido de manera más informal; jeans y playera color lila.

Insospechadamente, comenzaba a resultarle bastante atractivo.

Sin embargo, su rostro no era el mismo del día anterior.

Se lo notaba serio y al mismo tiempo preocupado.

-¿Qué tal? ¿Cómo estás?

-Bien gracias, y tú?

-¿Qué gustas tomar?

-Café expreso, gracias.

Había algo en su mirada que evitaba conectarse a la suya. Daniela percibía que algo no encajaba.

Apoyó el mentón sobre sus manos, a la espera de lo que parecía ser una

prematura confesión.

-Tú aun no me conoces...pero quisiera que no guardes una mala imagen de mi persona – Su tono ahora era pausado y articulado.

Lo miró sin comprender a que se refería.

-Te parecerá algo extraño lo que te voy a decir, pero ante todo, quiero que sepas que me hace muy feliz ayudar a las personas...

Daniela acomodó sus caderas sobre la mullida silla, y lo miró fijamente a los ojos, intentando descifrar aquel rompecabezas de palabras enredadas.

Durante los próximos veinte minutos, su flamante admirador, iría destapando uno a uno, los velos de misterio que cubrían su identidad; explicando la razón de su visita, y dejándola boquiabierta, sin saber qué responder.

Demoró unos instantes en gesticular su presencia.

Lo que acababa de escuchar parecía justamente un sketch de telenovela, en la cual ella actuaba el papel protagónico.

Para poder comprender aquella espectacular escena, comenzaré diciendo que el muchacho, no era el presunto Oscar Miller; su nombre era Richard Williams y que si bien la intención de ayudar a Daniela, estaba latente, quien realmente necesitaba ayuda era "él".

Pero, ¿de qué clase de ayuda estamos hablando? Pues, del tipo "extraordinaria" por catalogarla de algún modo. Daniela se sentía un tanto mareada por la sucesión de datos que este señor le propiciaba en su relato.

Resumiendo el enjambre; Richard Williams llevaba ya mucho tiempo en una relación monogámica con el presunto Oscar Miller.

Era una relación mantenida en la discreción del más velado secreto, ya que nadie sabía que el señor Miller era gay. Desafortunadamente, Oscar Miller había contraído una enfermedad, de esas incurables, que lo tenían postrado en su cama desde hacía meses. Richard, fue contándole con lujo de detalles, cuanto se amaban y lo triste que se sentía por todo lo que estaban viviendo.

En la desesperación de los acontecimientos, habían planeado estratégicamente una medida un tanto extrema para salvaguardar sus intereses.

Luego de contarle los pormenores de su relación con Miller, Richard solicitó a Daniela su ayuda para llevar a cabo su emergente plan. Miller había estado casado anteriormente con una mujer, con quien tenían dos hijos.

De suceder lo peor, todos sus bienes quedarían en sucesión a los herederos directos de aquel matrimonio y Richard no podría obtener ni un céntimo de su acaudalada fortuna. Su estrategia consistía en que Daniela, contrajera matrimonio con Miller - lo antes posible - y a su defecto, firmara unos documentos en los cuales devolvía el ochenta por ciento de tales bienes a Williams.

El pago por este intercambio, sería el equivalente al veinte por ciento del total del legado; que según él lo calificaba: era un patrimonio bastante interesante, y el cual permitiría a Daniela..."alcanzar todos sus sueños"...

En todo momento, Richard enfatizó, que siendo ella "actriz", le sería fácil convencer a los familiares y amigos de Miller, sin que despertaran intrigas sobre el hipotético complot.

Tercera ronda de café y mi amiga zorra no emitía voz alguna. Se había quedado atrapada en una nube de proyecciones huérfanas. Necesitaba tiempo para pensar con más calma, su respuesta.

En sus rezos había pedido que "apareciera esa persona especial en su vida, para ayudarla a conseguir sus papeles de residencia"... era evidente, que sus rezos habían sido escuchados y respondidos con diligencia; aun así, le resultaba increíble que se manifestaran en un formato tan particular. Lo pensaría más de una vez, y daría su respuesta en los sucesivos días.

Una mujer de cabellos rojizos y lentes oscuros, se acercó al féretro, y con sus manos, arrojó el primer puñado de tierra sobre el ataúd. Coordinadamente, y en medio de lamentos, la siguieron otras personas. Daniela y su amiga, se mezclaron en la opaca multitud.

En su semblante, ocultaba el brillo de una soberbia actuación y en sus bolsillos, pesaba el afán de un trofeo heredado.

Una Zorra Tramposa -

Derrochó besos indiscretos

Bianca es una muchacha audaz y divertida, de ojitos vibrantes, que ama la vida y cree que en "algún lugar del planeta", se encuentra aquel príncipe azul que la colmará de atenciones y la escoltará al palacio encantado...

Sospecha que para encontrarlo, tal vez, deba cruzar los siete mares y cabalgar las cuatro direcciones planetarias; pero eso a ella no la intimida! Su espíritu de lucha es, sin duda, su mejor dote y su perseverancia, el pasaporte a su secular destino.

El primer pensamiento que cruzó su mente cuando aceptó el trabajo como azafata, en una aerolínea internacional, fue el de aquel verosímil encuentro soñado desde muy joven, y que ahora presentía tenerlo al alcance de sus manos.

Con flamante traje azul y rojo, gorrita y pañuelo atado al cuello, con broche dorado, bordado con las iniciales BCD: Bianca Coelho Días; mi amiga zorra, empujaba las ruedas de su maleta, por el ancho pasillo del aeropuerto de Río de Janeiro.

Su vuelo partía en apenas unos minutos rumbo a la Ciudad de Natal, Rio Grande do Norte, y la tripulación se congregaba bulliciosa en una fila asignada; todos en impecables trajes combinados, listos para abordar el vuelo AD 4598.

Al acercarse presurosa a la fila, instantáneamente, chocó su mirada risueña, con el Capitán de abordaje, que con sus enormes y cautivantes ojos azules, la observaba de pies a cabeza, embelesado.

Bianca sintió una punzada en su pecho, y el cosquilleo sutil de maripositas que revoloteaban en su ombligo alborotadas; pues siempre había soñado con el príncipe...rubio, alto y de ojos azules.

Tal como se lo mostraba en la célebre obra

"La Cenicienta" de Disney, y nos habían hecho creer desde muy pequeñas, que vendría a nuestras vidas para entregarnos, de una vez y toda junta: "la tan ansiada felicidad eterna".

Sus miradas delataban contagiosamente la atracción ígnea y mordaz entre ellos, que se traducían en risitas nerviosas y movimientos

descoordinados y torpes.

Si bien, no quería poner en evidencia la alegría, que parecía brotar por cada uno de los poros de su piel; Bianca sentía que esta, era una oportunidad para abrir su corazón y por fin, transformar su vida.

Pues como es habitual, con cada vuelo, la tripulación suele hacer escala de descanso de uno a cinco días – dependiendo de la necesidad de la compañía aérea – en este caso, tendrían dos días de descanso en un hotel- spa cinco estrellas, frente al mar, con todas las comodidades soñadas alguna vez, que ahora se materializaban con indulgencia, de la mano de un flamante candidato a príncipe azul.

Bianca disfrutó como nunca de aquel vuelo, que le había resultado más corto que de costumbre. Sabía que a su arribo, una vez en el hotel, contarían con el tiempo y el ambiente ideal para conocerse mejor.

Claro que ella, no era la única mosca revoloteando en la salsa; ya que eran seis mujeres que tenían sus ojos puestos en el galán y apuesto Capitán, quien con su carisma y sonrisa seductora, parecía un rey persa, jugando alrededor de un harem encantado, y exhibiendo su poder con dignidad y fervor.

Sin tiempo que perder, luego de una jornada de trabajo, se acomodaron en los majestuosos cuartos con vistas al ancho mar.

Bianca, junto a otras mujeres, cambiaron sus uniformes y rápidamente bajaron a disfrutar de lo que quedaba del día.

El calor del sol los abrazaba en aquella playa dorada, colmada de risas y miradas ardientes que subrayaban incesantes, el deseo de conquistar el corazón del seductor y codiciado Capitán.

Con ilusión desbordada, y, a pesar de la reñida fémica competencia, que la rodeaba, Bianca presentía ser una de sus favoritas; pues, le entregaba su mirada jubilosa, y mientras hipnotizados veían la puesta de sol desde la piscina, él disimuladamente al oído, le extendía su invitación para acercarse juntos al spa y disfrutar de un masaje tonificante, ahora en forma más privada y sin la molesta compañía del resto de mujeres, que parecían custodiarlo como agentes de la CIA.

Entre suspiros, ella lo seguía exaltada, pero aun reservando su intimidad celosamente guardada, por temor al juicio procaz de una cultura conservadora y banal, que sentenciaba sin clemencia, el proceder ligero del intercambio erótico en los ambientes de trabajo.

Pero por más recato que demostrara públicamente, Bianca ardía en el fuego de sus pasiones y sabía que tenía que aprovechar el tiempo de

manera inteligente, para conocer más a fondo a este hombre, que de manera sorpresiva y contundente, le había hecho olvidar casi por completo, el resto de sucesos que englobaban su afanosa vida.

Hablaron durante horas y la atracción era totalmente correspondida.

Sus ojos azules, brillaban entusiasmados de deseo y Bianca cabalgaba en su nube mágica de ilusión, hacia el paraíso de la felicidad con luz verde.

Luego de un largo día de diversión, sol y mar, se despidieron contentos y con la sensación de que las horas se habían sucedido muy rápidamente; cada quien marchó a su cuarto; pero tan solo unos instantes después, el teléfono sonó, y una vez más, siguieron conversando y compartiendo desvelos.

Pues la química entre ellos era fabulosa y todo parecía marchar con dinamismo.

-Haló Bianca!, es Bruno.

-Sí, hola ¿qué tal? – Bianca enrollaba en su dedo índice, un mechón de su cabello; sintoma que ponía al descubierto su atracción por la voz que sonaba como melodía de serenata, del otro lado de la línea.

-Quería darte las gracias nuevamente...hacía tiempo que no me divertía tanto con alguien así...las horas se me pasaron tan rápido...

-Sí, lo mismo para mí.

-Y dime una cosa... ¿te has cambiado ya?

-No, bah, si...digo...

-Estaba justo desvistiéndome cuando sonó el teléfono...

-¡Qué pena no estar ahí... Para verte!

Bianca tragó saliva, sintiendo una contracción en su ombligo; pues sabía que esa llamada tenía la intención de una propuesta singular...Pensó que sería mejor desviar la conversación y evitar el comprometido desenlace.

-Sí, en efecto, ha sido un día largo y me iba a recostar un rato, respondió con voz apagada, prefiriendo desalentarlo.

-¡Pero si aún es muy temprano! ¡Tenemos toda la noche por delante!...

- Sin duda, claro.

-¿Tú no estás cansado?

-¿Yo? Tal vez un poco, pero me encantaría seguir conversando contigo...

Estaba clarísimo para Bianca que el Capitán estaba dispuesto a pasar la noche con ella.

Ella se sentía feliz en la sintonía, pero al mismo tiempo, tenía mucho miedo de "meter la pata"...y luego tener que arrepentirse.

Deseaba que la relación fuese algo especial y duradera y sentía en ese momento, una mezcla de sentimientos desbordados y confusos.

Clavo su mirada en el techo, intentando encontrar una guía, alguna pista sobrenatural, que avalara aquel sentimiento apasionado que desbordaba en su interior.

Tomó aire, infló sus pulmones y por fin se animó:

-Mucho me gustaría seguir compartiendo la velada, pero de verdad, estoy un tanto cansada y quisiera reposar. ¿Nos encontramos mañana a tomar algo en la cafetería tal vez? Y de esa manera, diplomáticamente, concluyó el mitin.

Pero un instante después de cortar la comunicación, se arrepintió; pues sentía un volcán activo por dentro. Le encantaba el Capitán, pero tal vez, sería mejor reservar sus impulsos hasta más adelante.

Deseaba hacer las cosas bien y sin prisa.

Tomó una ducha ligera y se acostó feliz aquella noche; pues al día siguiente, los esperaba una nueva jornada de trabajo y también tenían que descansar.

Por la mañana, se encontraron en la cafetería del hotel.

Al verlo, su corazón palpitaba trémulo, secuestrando toda su fantasía.

El Capitán le extendió su tarjeta personal con el número de su móvil y le dijo que tal vez podrían contactarse para un futuro encuentro de una manera más informal.

En la realidad, él no le manifestó en forma práctica y directa su interés por ella; más allá de la relación laboral, sin embargo, esta muchachita romántica e idealista, en un abrir y cerrar de ojos, construyó un montaje cinematográfico audaz, de su saga romántica, de manera novelesca

dentro de su cabecita.

Dicho en otras palabras, o mejor en dos palabras, mi amiga zorra: ise enamoró!

Ahora no hacía otra cosa, más que ipensar en él!

Bianca solía llamarlo, dejando mensajes sugerentes en su casilla de voz; incluso le grababa algunas melodías románticas, que ella sentía, podrían tener el mismo efecto elocuente en él; pero Bruno jamás le respondía.

Ella le enviaba regalos y atenciones, con la ilusión de hablar con él y poder volver a encontrarlo nuevamente.

No podía comprender qué sería lo que habría sucedido, que Bruno no la buscaba.

Muchas eran las preguntas que su alma se hacía en el vacío de aquel intolerable silencio.

Hasta que por fin, una noche de insistentes y esperanzadas llamadas, él le respondió.

Al ver esos mágicos diez dígitos brillantes en su teléfono, saltó de emoción.

-Hola Bianca, te habla Bruno...

-¡Qué alegría que me llames!, te he dejado varios mensajes...

-Si lo sé, pero ya sabes como es mi trabajo, y mis horarios... muy complejos para responderte...

De todos modos, no tendrías que haberte molestado en tus atenciones... tú eres...

-¡No ha sido ninguna molestia! Lo interrumpió nerviosa, mientras se acomodaba en una silla para no perder ni un solo dato de la conversación.

-Bianca, tú...eres una mujer hermosa, inteligente y ivaes mucho!... yo no quisiera hacerte ningún daño... y la verdad es que...-hizo una pausa y suspiró.

-Yo soy un hombre comprometido....

Bianca se cambió el teléfono de oído; sentía que un puñal enamorado le

atravesaba el pecho.

-¿Eres casado? Musitó con un dolor ambiguo y parejo.

-No, pero tampoco estoy solo.

-Entiendo...- cerró sus ojitos entre sombras húmedas de emoción.

-Por favor no lo tomes a mal, espero que sepas comprenderme...

-¡Si claro! Te entiendo perfectamente...

-No te preocupes, pues nos veremos tal vez en algún momento...si es que el "destino" nos vuelve a cruzar...

Esas palabras atraieron el corazón de Bianca como un imán encendido.

Ella estaba decidida a rencontrar a este hombre y confesarle su amor por él.

Pues estaba convencida de que él era "su príncipe azul" y que las estrellas alumbrarían su reencuentro.

Conservaba la ilusión de volver a verlo y poder decírselo mirando sus ojos grandes y tiernos.

Pero, el tiempo iba pasando y desafortunadamente, nunca le tocaba la misma tripulación de vuelo, por lo que se le hacía casi imposible volver a dar con él.

Bianca lloraba de frustración, buceando en las profundidades de su soledad, ante la imposibilidad de conquistar a su príncipe azul.

Se lamentaba no haber pasado aquella noche en el lujurioso resort, junto a Bruno.

Ella creía que de haber sido así, ellos hubiesen consolidado la relación.

Un día se le ocurrió una idea, que podría ayudarla a conseguir sus objetivos.

Una especie de "trampita inofensiva".

Bianca tenía un amigo que trabajaba en la misma empresa, y era quien se encargaba de armar los horarios e itinerarios de plan de vuelos para los tripulantes.

Fue así que, utilizando una excusa ocasional, sedujo a su amigo, para que anotara su nombre en el mismo plan de vuelo que el enigmático y codiciado Capitán.

De esa manera, compartirían el mismo destino y ella tendría la oportunidad de estar alojada - con otra tripulación - pero en el mismo hotel, para tratar con él "temas familiares complejos" y otras yerbas...

Si bien su amigo, estaba un poco escéptico a desarrollar esta compleja y comprometida labor, ella logró convencerlo argumentando diferentes razones por las cuales tenía que cruzarse con Bruno Rey.

Ahora sabía que se encontraría con su príncipe, y que esta vez, como una zorra salvaje, no dejaría pasar la oportunidad para comérselo!

En vísperas del esperado encuentro, puso en su maleta una fina lingerie femenina muy alegre y se sentía muy entusiasmada e ilusionada.

Suspiraba apasionadamente recordando a su príncipe... el tono grave de su voz...el aroma excelso de su piel,...cerraba los ojos e imaginaba su rostro en nutrido recorrido vivaz, y con lujo de detalles proseguía: el gesto de sus manos peinando su pelo rubio lacio hacia un costado, incluso, como se le marcaban los hoyuelitos en el rostro, cuando sonreía!...

A medida que pasaban las horas, su corazón latía con más fuerza en vísperas de aquel ansiado encuentro.

Ni bien llegó al hotel, revisó el libro de los tripulantes y confirmó que en efecto, el Capitán Bruno Rey, se encontraba alojado en el piso 14, habitación 1401.

Se acercó entonces a la conserjería para chequear su habitación.

Al parecer, el hotel estaba completo aquel día. Expeditivamente le extendieron las llaves de una suite en el piso 13, entonces ella hizo un reclamo un tanto particular:... les dijo que ella era una persona muy supersticiosa y que no podía quedarse en ese cuarto!...que nunca se quedaba en ningún piso número 13 - y que prefería que se la cambiaran por otra habitación en el piso 14....-sin gatos negros por favor!

Al conserje le pareció muy gracioso su pedido y la ubicó en el piso 14, habitación 1402... ¡perfecto! -justo pegadita a la del hombre de sus sueños...pensó -

Ahora sí, su plan funcionaría sin demoras.

Se acomodó rápidamente en la magnífica habitación con panorámica excelsa del Puerto, en la Ciudad de Manaos.

Y luego de una ducha caliente y reparadora, Bianca perfumó su cuerpo y estrenó la ropa sexy que tenía preparada para sorprender a Bruno.

No quería desperdiciar ni un minuto más sin su compañía. Tomó coraje y con determinación samurái, tocó la puerta del cuarto del Capitán.

Pero nadie respondió.

Entonces, se acercó a la conserjería para averiguar si Bruno había salido; pero al revisar, vio que faltaban las llaves de aquella habitación.

Por lo que pensó que tal vez, estaría dormido y por eso no la atendía. Igual decidió insistir.

Tocó la puerta con fuerza nuevamente, pero nadie se acercó a recibirla.

Al cabo de unos minutos, vio a una camarera que se acercaba para entregar una camisa a la habitación del Capitán.

Apurada, y de forma improvisada, la interceptó, y con su dulce carisma, logró convencerla en que la dejase entrar al cuarto, para que ella misma sea quien se la entregase...

Bianca pensaba que él estaría recostado en la cama durmiendo; pero al abrir la puerta, comprobó que el cuarto estaba vacío.

Se acercó a la ventana y de reojo observó su figura en el espejo.

Bianca se había maquillado y su cabello lucía brillante para aquel momento tan especial.

Miró el reloj alarma sobre la mesita de luz y se le ocurrió la brillante idea de esperarlo y así darle una linda sorpresa cuando llegara.

No pasó mucho tiempo, de aquel vesánico pensamiento, cuando de pronto, escuchó como alguien estaba dando vuelta la llave en la cerradura de la puerta.

Su corazón latía ahora a millón y su alma a punto de salirse por su boca, de los nervios!

Se sentó en el sofá, cruzada de piernas y expectante.

Desabrochó los primeros botones de su blusa y se acomodó el cabello

hacia un costado.

Respiró hondo, se cruzó de brazos, y al cabo de unos segundos, volvió a levantarse impaciente.

-Es mejor que lo espere sobre la cama. – pensó apurada.

Quitó sus zapatos, terminó de desabrochar por completo y quitarse la blusa, ahora mostrando el sugerente y colorido brassiere.

Tendida en la cama con su atuendo sensual, Bianca puso su mejor sonrisa para recibirlo, pero el Capitán en cambio, confundido en una mezcla de espasmo y sorpresa hostil, no supo ni qué decir al encontrarla allí de esa manera; pues él no estaba solo... ¡otra mujer venía acompañándolo!

Una situación totalmente inesperada, confusa e incómoda.

La mujer que lo acompañaba pensó que este era un arreglo armado por el Capitán, para tener un menage a trois o alguna perversión semejante.

El susto que provocó toda esta confusión, derivó en un escenario catatónico e inusual, donde los protagonistas, ruborizados de vergüenza, daban vueltas por la habitación y miraban hacia el techo buscando las palabras para argumentar el sorprendente episodio.

La mujer acompañante, los miraba hipnótica y escandalizada, mientras el Capitán, se preguntaba ¿cómo diablos había hecho Bianca para estar allí?!

Bianca, sintiéndose avergonzada de su hazaña fallida, pidió disculpas explicando que tenía un asunto muy importante que tratar con él y que aprovechando la visita de la camarera, se animó a pasar a esperarlo...

Pero ¿y la ropa sugerente?... ¡No había modo de explicarlo en palabras sensatas!

Ante el paladino incidente, y con mucha vergüenza, se marchó apurada hacia el lobby, pensando cómo haría para disculparse. Al mismo tiempo sintiendo mucha frustración y celos de la otra mujer.

Al fin de cuentas, había hecho tantos sacrificios planificando aquel momento, para encontrarse con la implacable película, en la cual, "otra zorra" quería comer su comida!

Con su voz temblorosa y su respiración agitada, solicitó al conserje que le consiguieran - en carácter urgente-, un ramo de flores, que ella misma llevaría al cuarto del Capitán con la intención de disculparse por lo

acontecido.

Pero en la realidad, ella lo que deseaba era poder interrumpir el affaire de los tortolitos.

Pero en ese mismo momento, vio que apurados y con caras largas, ambos bajaban del ascensor.

A ella se la veía de lo más molesta con él...-al parecer no le creyó ni una sola palabra de lo acontecido en la suite - y sin más, el Capitán paró un taxi y la despidió en la puerta.

La mujer subió apurada, cerró la puerta con bronca y se marchó exaltada.

Todo el episodio se produjo muy rápidamente. En menos de diez minutos, una escena se sucedía a la otra en una gran confusión de personajes y libretos fallidos, ininterrumpidamente.

Al entrar en el lobby nuevamente, Bruno se encontró con Bianca, que estaba nerviosa y asustada, sin saber realmente de qué manera proceder, ya que temía que siendo el Capitán una persona de autoridad en su trabajo, podría hasta acusarla de invasión a la privacidad, y etcétera.

De sólo pensarlo, le erizaba la piel, y no encontraba las palabras para justificar su actitud en la habitación.

- Por favor, ¡acepta estas flores Bruno! Le extendió el perfumado bouquet y sonrió tímidamente buscando su aprobación.

-Muchas gracias, tú eres un encanto de mujer! Y de verdad que me sorprendes a cada momento! – le devolvió la sonrisa, mostrando sus dientes brillantes en doble fila.

La tomó de la cintura y le pidió que conversaran, de manera más privada, en su cuarto.

Subieron al ascensor contagiados de intriga y silencio.

Aquel parecía un viaje interminable. Bruno acercó su rostro al de Bianca, cerró los ojos, y suspiró como si por fin hubiese conseguido un instante de paz.

Bianca, inmóvil y expectante, sentía su cuerpo vibrar en un "la" sostenido, que la hacían alcanzar los mismísimos ángeles del cielo.

Una vez en la suite, se acomodaron de manera de aliviar todas las

tensiones de una jornada estresante.

Sentados los dos al borde de la cama, y ahora tentados por una mezcla inocente de risas, deseos febriles, besos indiscretos y confusión alborotada, dieron rienda suelta a sus soñadas pasiones aquella noche.

Tal como lo había planeado, Bianca se sintió victoriosa en su conquista.

Y a pesar de los intrincados infortunios, que habían amenazado su tramposo plan, convirtiéndolo en un pandemónium singular; con un poco de suerte, logró sus objetivos.

Y el Capitán llegó a confesar, que a pesar del susto y de sus métodos heterodoxos, la sorpresiva saga le había resultado un tanto divertida.

Lamentablemente, el hechizo sobre el palacio real encantado, duró apenas lo que dura una película.

El ilustre príncipe azul de su cuento imaginario, se esfumó entre las nubes sin dejar rastro, y mi amiga zorra, con su espíritu intrépido y curioso, retomó nuevas conquistas.

Zorra # 5

Una Zorra Herida

Aulló 9 lunas en el desgarró de la traición

Sujetándose el pecho, como quien sostiene un pájaro herido entre sus manos, caminaba nerviosa, por la empedrada de la calle Rojas.

Sin rumbo cierto y con el alma hecha pedazos, giró en la esquina del semáforo y a lo lejos, divisó la cruz del santuario de la Iglesia de Nuestra Señora de la Santísima Trinidad, que relucía con los últimos rayos de sol.

Con lágrimas oscuras teñidas de rímel negro, resbalando húmedas por sus mejillas, Gabriela Cabrera Rivas, quitó sus zapatos, apresuró su paso y precipitadamente, comenzó a correr hacia aquel refugio sagrado,

donde podría por fin, consolar su amarga desdicha.

Hacía ya un par de meses que no frecuentaba la misa de los domingos, contrariamente a su proverbial costumbre; pues la vergüenza que la atormentaba, le impedía acercarse al encuentro con quienes la conocían demasiado y que forzosamente, al observar su mirada desencajada y su impronta palidez, advertirían su tribulación interior, comprometiendo su silencio por temor a la burla pública.

Con suerte, a estas horas, nadie se cruzaría en su camino, salvo algunos niños de rostros sudorosos, que cautivados por el fútbol, corrían tras una pelota, por la calle lateral.

Con sigilosa timidez, entró a la iglesia por la puerta del patio trasero; evitando cruzar su mirada con otros feligreses.

Sus pisadas titubeantes, se acercaban ingravidas en busca de un perdón para su alma buena, que clamaba el recogimiento de la confesión.

Se reclinó sobre la húmeda pared de piedra caliza centenaria; calzó sus zapatos nuevamente, y con una mano, comenzó a buscar en su cartera, unas pinzas para sujetar su cabello sudado y ahora levemente desordenado.

Tomó un kleenex, y se limpió el rostro, queriendo disimular su congoja.

Acomodó prolijamente su cabello y colocó un caramelo de fresa en su boca, disfrazando su amargura.

De a poco iba recuperando su alma herida, mientras se acercaba hacia el púlpito.

Sus pasos hacían eco en la esplendorosa capilla dorada y las santas esculturas parecían observarla tímidamente de reojo.

Respiró hondo, profundo y tragó saliva aliviando su compostura.

El olor a mirra encendida junto con la mirada mansa y resplandeciente de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús sobre el tapiz del fondo, de a poco iban calmando su pesar, colmándola de una ceñida e inesperada tranquilidad.

Se acercó a la fuente de agua bendita, y mojando sus dedos modestamente, dibujó la señal de la cruz sobre su frente.

Por el final del corredor, observaba la silueta abultada del Padre Rafael que asomaba con paso lento, en compañía de otro señor, hacia el sombrío

confesionario.

Tal vez lograría hoy, confesarse y arrancar de una buena vez, la yerba mala que había crecido en el terreno fértil de su corazón y ahora la martirizaba sin pausa.

No había podido desahogarse con nadie todavía, y todo este tiempo se había masticado sola, el entrevero emocional que la tenía confusa y desesperada.

Caminó lentamente hacia las primeras filas de butacas y en ceremonioso silencio, se sentó a esperar que el confesionario quedase libre.

¿Acaso podría pronunciar su nombre esta vez?

-¡Zorra! ¡Pues eso es lo que es! ¡Una impune y siniestra Zorra! – Lo pensó más de una vez, pero aquel no era un lugar propicio para gritarlo a viva voz...

Sus pensamientos intoxicados con el veneno de la felonía, parecían conglomerarse en una sola célula.

Su mejor amiga había sido rebautizada en la inmortal ceremonia del escándalo y era tan grande el dolor que le provocaba el mero pensamiento de aquel nombre, que se abstraía muda en prematuras conclusiones.

De pronto el sonido de las campanas de las seis, retumbó en sus oídos y unos minutos después, la puerta del confesionario se abrió.

Había postergado demasiado tiempo esta cita con su verdad.

Pues en el fondo, se negaba a aceptar lo sucedido.

Y con el correr de los días, albergaba la esperanza de que aquella historia maléfica que la sumiera en esta pena tan profunda, fuera tan solo vestigios de un mal sueño nocturno, que la atormentaban por las noches; pero en cuanto saliese el sol de la mañana, abriría sus cándidos ojitos y todos aquellos morbosos fantasmas que la oprimían, desaparecerían para siempre.

Por desgracia, dicho pensamiento, era una mera ilusión abstracta, que su corazón abrazaba reciamente, negando la traición de los seres que más amaba.

Al verla parada allí, el Padre Rafael con su inconfundible sonrisa, se acercó a saludarla.

-Hola Gabriela, ¡qué gusto verte por aquí! Fue justamente el domingo pasado que pregunté a tus padres por ti. Hace tiempo que no te vemos.

-Si Padre, me lo ha comentado mi mamá y fue así que me animé a pasar a saludarlo.

-Ah, qué bien...pues estabas de paso o es que ¿quieres abrir el Sacramento de la Confesión? Su voz pacífica y serena, le dio el impulso que necesitaba para abordar la menuda tarea de abrir su corazón a la examinación interior fiscalizadora.

-Recuerda que Dios Todopoderoso, en unión con el Espíritu Santo, te espera para perdonar todos tus pecados con Misericordia y Gracia Divina.
-enunció el cura, con voz solemne, animándola.

Alzó su mirada, y con subliminal fe en su rostro, acomodó su cuerpo sosteniendo sus manos en su corazón y con voz suave y clara, comenzó a relatarle a este curita bonachón, aquella cruel historia que la había sumido en la desesperación y que necesitaba desahogar con inminente urgencia.

-He venido a confesarme Padre, aunque la verdad es que no sé por dónde comenzar! Suspiró buscando las palabras precisas para relatar su dilema.

-Una muchacha tan buena como tú, no creo que tenga tantos pecados para observar...-animó el Padre Rafael, sumando una cuota de sarcasmo y dando pie a su confesión.

-En realidad, no he sido yo la pecadora, ni mucho menos, sino más bien la víctima de un pecado, al cual me niego a aceptar...

-Toda esta historia me ha tenido afligida a tal punto que no logro mantener mi propio equilibrio. Estas últimas noches, no he podido dormir y necesito su consejo.

-Entiendo, y para eso está la gran misericordia del Señor. Para liberarte de todo tormento... Cuéntame ¿qué es lo que te ha sucedido niña?

-La historia la puedo resumir en tan sólo un puñado de palabras Padre, pero el sentimiento que me provoca, es algo indescriptible, que apenas logro comprender.

-¡Tú eres una mujer muy fuerte Gabriela! Y tienes al Señor Jesús como guía, deberías confiar más en esos recursos divinos y no hacerte tanto daño. -

-Si lo sé Padre, y créame que todo este tiempo he confiado en que todo saldría bien; que los problemas se resolverían convenientemente; pero lo

que me desarma es ya no saber en quién confiar...

Apoyó su cartera sobre el escaño; desabrochó los puños de su blusa, arremangándose, y juntó sus manos, tomando coraje para ofrecer su relato.

Y de a poco, fue pronunciando esas palabras que habían estado amarradas y anudadas en su garganta, sumiéndola en un silencio febril ensordecedor.

Desde pequeña, Gabriela había soñado con ser docente cuando fuera grande.

Sentía gran admiración por su maestra de tercer grado; la señorita Juárez, o como tiernamente la llamaban sus alumnos: la Señora Lourdes; quien a pesar de trabajar en doble turno, en el Colegio del Socorro, siempre parecía tener una sonrisa especial para cada niño que se le acercaba.

La Señora Lourdes era una maestra ejemplar que les hacía sentir ganas de aprender y no perderse ningún día de clases y quien sin proponérselo, había marcado un rumbo en la vida de esta joven mujer.

Así fue, como unos años más tarde, Gaby encaminó su carrera como docente en el Jardín Maternal de la calle Segovia.

Gabriela era una muchacha emprendedora y determinada que había sido educada en el seno de una familia católica muy conservadora.

Sus padres, Laura y Miguel Rivas, le habían inculcado desde muy pequeña, los valores más sustanciales del buen comportamiento ciudadano y Gaby creció rodeada de seres dotados de mucho cariño y bondad, pero por sobre todo, con un sentido ético medular y mucha fe y devoción al Señor.

Había trabajado arduamente aquel invierno del 2004 con la ilusión de pasar vacaciones en la casa de la playa junto a sus mejores amigas, Sandra y Leonor.

Las tres se habían recibido en la Universidad San Carlos, aquel mismo año y Sandra había comenzado a trabajar como maestra suplente en el Jardín Maternal.

Cuando Gabriela se enteró que Sandra trabajaría en la misma institución, se puso muy contenta, ya que ambas eran amigas inseparables.

Sandra era la hija mayor de la familia Gómez. De piel morena, cuerpo estilizado muy atlético y ojos grandes y penetrantes. Solía salir a correr por las mañanas y tenía pasión por la fotografía.

Siempre llevaba colgada en su mochila su Canon EOS digital y disparaba fotos al azar en cualquier lugar que se encontrase.

Tenía cientos de fotos de Gaby a quien en cierta manera intentaba emular, ya que esta le resultaba atrayente por su personalidad espontánea y vivaz, a pesar de que Gabriela era lo opuesto a ella.

De cuerpo curvilíneo, piel muy blanca, ojos almendrados y melena lacia, quien al igual que la señorita Juárez, siempre tenía una sonrisa en su rostro y gozaba de popularidad en donde fuese, pero a diferencia de Sandra, no sentía ninguna pasión por el deporte; su hobby era cocinar.

Le encantaba preparar dulces y solía sorprender a sus compañeros de trabajo, con apetitosos y decorados platos, armados con recetas que ella misma inventaba.

Por fin cumplía su añorado sueño de ser maestra y su futuro resplandecía incandescente en vísperas del progreso y bienestar.

Había trabajado duramente para obtener un puesto docente y de tiempo completo en el Jardín Maternal y la idea de pasar vacaciones con sus dos mejores amigas en la playa, la reconfortaba.

La casa de la playa, quedaba en Izabal, Playa Blanca; el noble remanso de un pequeño paraíso que los Rivas, con mucho sacrificio habían podido mantener para que sus hijos y nietos lo disfrutaran en los calurosos veranos.

Aquellos fueron quince días inolvidables.

Especialmente porque entre las tres, estrecharon esos lazos de amistad más fuertemente y ahora se sentían casi como hermanas.

Mayormente Sandra que era única hija, y no tenía papá; se había acoplado a la vida y a la familia de Gabriela con tenacidad.

Incluso hasta vestían de la misma forma.

Solían ir de compras, juntas a las tiendas y por lo general Gaby terminaba

comprándole alguna prenda a su amiga.

¡Así era ella! ¡Generosa por demás!

Si compraba algo para ella, sentía que debía compartirlo con su mejor amiga.

Pues así le habían inculcado sus padres y ella se sentía feliz de compartirlo todo....

Bueno.... hasta que un día le cayó la ficha de que algunas cosas no deberían ser compartidas...

Al regreso de aquellas soñadas vacaciones en el mar, Leonor había conseguido boletos para ir al Auto -Show que se exhibía en los salones del Parque de la Industria.

Si bien Gaby no era fanática de los autos, le resultaba divertido el encuentro con las amigas.

Fue así, sin pensarlo ni proponérselo siquiera, que caminando por uno de los pabellones, se encontró con la mirada curiosa de un simpático muchacho, quien al verla no dudó en presentarse y asegurarse de que esta mujer de sonrisa contagiosa y buenos modales, conservara su número telefónico y le diera la oportunidad de una cita ulterior.

-¡Está muy feo ese Gustavo! – comentó Sandra enseguida, en tono peyorativo; pues ¡no había hombre que le cayese en gracia! y mucho menos que cortejase a su mejor amiga.

-Fíjate que me ha caído demasiado bien...hay algo en ese muchacho que me llegó de una manera muy singular...- retrucó Gabriela, sintiendo que aquel fortuito encuentro traería algo más profundo que un mero encuentro ocasional, a su destino.

Y en efecto, así lo fue. Puesto que Gustavo y Gabriela, ya no volvieron a separarse nunca más.

Diez meses después, sellaron su amor junto a sus familiares y amigos en el majestuoso altar de la Catedral Metropolitana.

Sandra y Leonor junto con sus hermanas, fueron las madrinas de la boda y si bien esa unión fue muy rápida, Gabriela sentía su corazón rebosante de felicidad y esperanza; pues al parecer, Gustavo prometía ser el hombre ideal para construir una familia, tal cual ella se la habría imaginado.

Gustavo era un muchacho conservador, de pocas palabras y muy pocos

amigos.

Algo que a Gaby no le molestaba, ya que ella tenía amigos por doquier, que sin mayores problemas, lo incorporarían a su círculo más íntimo y lo harían partícipe de todos los encuentros populares.

Sus amigas, quienes al principio estaban un poco escépticas y celosas de la velocidad de esta prematura relación que parecía salida de la galera; con el tiempo, la aceptaron y solían frecuentarlos asiduamente.

Tal el caso de estrecha vinculación, que Sandra pasaba hasta sus vacaciones con el flamante matrimonio Cabrera.

Sin duda Sandra era una mujer muy atractiva, que tenía pretendientes a diestra y siniestra, no obstante, no se le conocía novio alguno.

Por lo general, se quejaba de que a fulano le faltaba tal o cual, o mengano no le caía en gracia...y así el desfiladero de pretendientes se ahogaba con el licor de la primera cita.

Pero esto a Sandra parecía no molestarle.

Ella tenía su asiento asegurado en la mesa de los Cabrera y gozaba de las insistentes invitaciones que le hacían sus amigos.

Su lugar, era un VIP immaculado.

Donde iban Gaby y su marido, allí estaba Sandra también.

Y por supuesto, los gastos de todas esas salidas corrían por cuenta de la casa Cabrera... Pues ¡pobrecita! ¿Cómo no invitarla?

Gabriela confiaba fervientemente en su gentil esposo y más aún en su incondicional amiga, y no sentía celos en compartir encuentros con ella.

Fue precisamente, un ocho de Diciembre, luego de los festejos de la Quema del Diablo, y con tres semanas de retraso, que Gaby tuvo la primicia de su embarazo.

Noticia que fue recibida por todos con mucha alegría.

Especialmente por sus papás y hermanas, quienes no paraban de hacer planes futuros junto a ese ser que moraba en el vientre de su niña pródiga.

Don Rivas hizo una gran fiesta celebrando el notición y fue esa misma noche, con el correr de divertidos bailes y serenatas, que su mejor amiga Sandra la llamó en privado y le confesó entre sollozos, que ella también

estaba en cinta.

Sólo que en su caso, su embarazo, no obedecía al dulce milagro del amor, sino que al parecer, había sido un accidente en una de esas noches embriagadas de humo y boliche y el cual no deseaba ni siquiera recordar.

Gabriela no supo reaccionar a semejante confesión.

¿Puede tu mejor amiga intentar parecerse en todo a ti...incluso hasta copiarte el embarazo?!

Dicho episodio le resultaba épico en sincronía y no entendía cómo su amiga no le había hecho mención sobre ningún romance siquiera cercano, o episodio desconcertante que la consternara.

Pues ellas compartían los secretos más íntimos y no sabía que Sandra saliera de boliche con otras personas...

Pero bueno, no era su cometido entrar en juicios de cómo, dónde o por qué sucedieron los acontecimientos...la cuestión era que las dos amigas, ahora estaban embarazadas.

Gabriela intentó poner su mejor cuota de humor, consolando a su amiga y asegurándole que ella la protegería y la ayudaría incondicionalmente.

-¡Ya no te aflijas querida amiga!, de alguna manera las cosas se encaminarán para ti, ten fe. – la animó. No soportaba ver a Sandra de esa manera.

-Pero dime una cosa,... ¿has hablado con ese chico? ¿Lo has vuelto a ver? – indagó curiosa.

-¡No Gaby! ¡No deseo saber nada de él! ¡Prefiero que jamás se entere de todo esto! – respondió nerviosa.

-¿Estás segura de esta decisión? Sabes que cuentas con todo nuestro apoyo para lo que necesites, incluso tal vez Gustavo podría hablarle... intentar un diálogo con él...-sugirió Gabriela, tratando de clarificar a Sandra en semejante y dramático desenlace.

-No es necesario, ya lo he pensado bastante y será mejor dejar las cosas como están. Tendré a mi bebé solita y lucharé por él. No seré ni la primera ni la última en criar hijos sola. Mi madre es prueba fiel de que se puede...

Gaby no pudo más que sentir una profunda y sincera admiración por la fortaleza de su amiga y en ese momento la abrazó con fuerzas y prometió

cuidarla y acompañarla durante todo aquel difícil proceso.

-¡No estarás sola amiga! Ya sabes que somos tu familia...- La consoló insistentemente.

Fue así que ambas amigas se lucían con sus respectivas barrigas por el vecindario y juntas compartían los preparativos de los ajuares, incluso hasta las citas médicas, en las cuales Gustavo servía de escolta oficial de estas dos mujeres en la dulce espera.

Finalmente, una estrellada noche, a mediados del mes de Julio, le tocó el turno a Gabriela, a dar a luz un niño precioso y sanito.

¡No había en la tierra mujer más dichosa que ella!

Le parecía increíble que ese ser tan pequeñito con ojitos brillantes y curiosos, y piel suave como algodón, haya sido la semillita de amor que germinara en su vientre.

Y tan solo unos días después, le tocó a su amiga Sandra correr al hospital y dar a luz a una delicada y pequeña niña.

Por suerte, Gaby y Gustavo estaban allí mismo en la salita para acompañarla, tal cual como se lo habían prometido.

Gabriela se sentía feliz de poder cumplir a rajatabla con su promesa, pero notaba que Gustavo estaba más ansioso y nervioso que de costumbre.

Incluso las enfermeras tuvieron que darle atención, porque casi se desmaya en el ínterin del parto.

-¿Qué te sucede Gus? ¿Te sientes bien? – le preguntó preocupada.

-Pues no sé, algo me ha caído mal y pues me siento un poco flojo...- justificó Gustavo, tratando de no alarmar a su esposa.

-Si quieres, puedes ir a la casa. Yo me quedaré aquí haciéndole compañía a Sandra para asegurarme de que todo esté bien...

-No, prefiero quedarme...no vaya a suceder algún imprevisto.

En ese preciso momento, una de las enfermeras de neonatología, llamó con voz aguda y estridente, al Sr. Cabrera, acercándole una carpeta con documentos.

-Sr. Cabrera, aquí tiene los documentos de su hija, me dice cuál será el

nombre por favor....

Gustavo, más pálido que de costumbre y petrificado como una momia, no supo qué responderle.

Gaby que permanecía a su lado, rápidamente respondió: -Disculpe señorita, pero aquí hay un error, pues el Sr. Cabrera no es el padre de la niña. Desafortunadamente, el padre de la niña no se encuentra presente, por lo que tendrá que anotarla a nombre de su mamá...la Señora Gómez... Nosotros somos amigos de Sandra nada más.

-Gustavo cruzó sus brazos sobre su pecho y comenzó a columpiarse en puntas de pie como buscando el equilibrio para no caerse al piso en ese momento.

Miraba al techo fijamente, como si de allí pudiese surgir algún tipo de "iluminación" que clarificase esta compleja situación.

-Lamento que así sea Señora Cabrera, pero la Señora Gómez fue quien pidió que el Señor Cabrera firmara estos documentos....en todo caso, tendrá que hablarlo con ella...- Y sin tiempo que perder, entregó la carpeta al despabilado padre y se marchó por el pasillo.

Gaby no se daba cuenta aún de lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Pensaba en ese momento, que seguramente la enfermera apurada y distraída, se habría confundido de nombres.

Jamás pasó por su mente, que dicho episodio no era producto de ninguna confusión salvo la de su propia vida.

-¡Estas enfermeras! ...- comentó haciendo una mueca con los labios y tomando la carpeta entre sus manos, dio media vuelta, mirando de lado hacia el pasillo por donde estaban los ascensores, pensando en acercarse a la administración para hacer el reclamo de este confuso episodio; cuando por fin, Gustavo despertó de su estado casi cataléptico y con respiración acelerada, y sin mirarla a los ojos, le pidió la carpeta.

-Pues, déjame ver esos documentos,...tal vez sea otra cosa - Y se los quitó decididamente.

Gustavo sentía que tendría que jugarse en hacer una maniobra repentina y audaz para evitar caer preso del escándalo.

Pero ya su esposa lo miraba con ojos desorbitados en suspenso y acto seguido, se formaba el insospechado pandemónium anunciado, para lo cual tenía que apresurarse en albergar, al menos, un par de respuestas

oportunas.

-¡Ay Gustavo, por favor dime que esto es toda una confusión!... - ¿cómo es posible que...?- y tuvo que tragar saliva para acomodar la voz. -¡Por favor dime que tú...no eres...el padre de esa niña!...-

-¡Cálmate Gabriela! Puedo explicarte todo, mi amor,....pero ahora no es momento para eso – se atajó sin escrúpulos y nervioso caminó hacia el mostrador de entrada en la maternidad, dejándola sola y sin agua, en medio de un desierto lleno de dudas e interrogantes.

De pronto todos los ruidos se silenciaron en los oídos de Gaby en aquel momento y lo único que alcanzaba a escuchar en forma repetida, eran las palabras pronunciadas por su esposo: "puedo explicártelo todo".

Si bien no decían mucho, su significado sugería contundentemente, la trama de un malintencionado y prohibido affaire.

Se quedó perpleja, con su mirada en espanto y sin saber de qué manera proceder, atinó desesperada a salir corriendo de allí.

Su alma perdida ahora en desconsuelo, y su corazón quebrado en mil pedazos, latía a paso redoblado y vorazmente desilusionado.

Los dolores post-partum en su cuerpo, eran meras caricias, comparado con el dolor que sentía en su pecho, producto de la pena que la asfixiaba sin piedad.

Quiso gritar de aversión, romperlo todo tal vez, acribillar a quienes la humillaron sin clemencia; más no pudo hacer ni lo uno, ni lo otro.

Fue tan fuerte e inesperado aquel golpe de inmerecida y diabólica traición, que no dio tiempo a reaccionar.

Acababa de traer al mundo a Tomasito. Este inocente niño necesitaba a su mamá sana y fuerte y especialmente muy coherente.

Algo que la intimidaba, ya que se sentía al borde del precipicio de la cordura.

No podía quebrarse. No había espacio para sus llantos y lamentaciones; tampoco para reproches, pues al final de cuentas, también ella era su propio verdugo al culparse de haber confiado tanto.

Ahora en su mundo, ya no existían las amigas buenas ni los esposos fieles y nobles.

El vacío letal del desconsuelo, se había apoderado de todo su ser, dejando su aura incolora e inerte.

Tuvo que tragar sus lágrimas una a una y contener las penas entre sus manos.

¡Traición!

No sólo el amor de su vida, la había traicionado, sino aquella que fuese su mejor amiga, en quien lo había confiado todo.

Los días subsiguientes fueron amalgamándose entre el dolor, los celos, la inmoralidad y la humillación.

Lo que más deseaba, era tener una varita mágica con la cual borrar todo lo sucedido con un solo pase encantado. Pero eso no sería posible; pues sus dotes de maga, habían sido desactivadas, convirtiéndola ahora en un pájaro de alas quebradas, prisionero dentro de la jaula de su incierto presente.

Decidió perdonar y esperar a clarificar mejor sus sentimientos y pensamientos.

Su dignidad estaba siendo monitoreada a cada paso, pero resistió con fortaleza impoluta.

Mientras tanto, tenía que abordar la difícil tarea de ser esposa de un marido infiel y compañera de trabajo de su peor enemiga.

“La zorra”, que además de haberle robado todo cuanto poseía, ahora asesorada por su letrado, e infundida bajo la ley del código de familia, - también se indemnizaba con el 30 por ciento de su salario como subsidio de manutención para su hija.

Sin duda, Gabriela tenía que ser una mujer fuerte!

A pesar de los agravios, supo afrontar las vicisitudes y darle a Tomasito todo su amor y ternura.

Pero al margen de intentar sanar aquellas heridas que habían sido marcadas a fuego sobre su piel, cada paso que daba tenía que lidiar con el vívido fantasma del pecado.

Habían pasado casi tres años y Sandra cautelosamente había presionado a Gustavo, no sólo para que le diera el subsidio de alimentos por la niña, sino que ahora insistía en que tendría que pasar más tiempo con su hija.

Gaby trató en todo momento de ser justa y neutral, pero ¡ya no podía más!.... ¡No había más para dar!

¿Qué le diría a Tomasito sobre esta niña?

Por más que lo intentase, verle la cara a esta niña sería como estar viendo en vivo y en directo la inmoral traición de sus padres.

Independientemente de toda lógica coherente aplicada, hubo que ceder espacios para poder avanzar hacia algún sitio y emerger del statu quo de la ira, recalculando nuevas rutas de convivencia.

Pero aquella tarde veraniega, en vísperas de la siesta, Gustavo le comunicó, que traería a su hija a vivir con ellos y fue así que Gaby no pudo más.

¿Qué hacer? ¿Cómo no sentir dolor, celos, angustia e impotencia?

¿Hasta dónde debemos ceder espacios en nuestra alma?

Apretó sus ojos fuertemente sobre la palma de su mano y salió corriendo desconsoladamente en busca de algún consejo que la ayudase a aceptar lo sucedido.

El Padre Rafael quedó perplejo al escuchar su historia. Sintió una enorme pena por los infelices que se habían empeñado mutuamente, en hacerse tanto daño.

Dio su bendición a su noble feligresa y rezó en lo secreto, para que el Todopoderoso traiga remanso y consuelo a sus heridos corazones.

-Tan solo Dios y el Tiempo podrán consolarlos...Pensó puerilmente.

Conociendo el corazón y la fortaleza de espíritu de Gaby; podría pensar que esto fuera posible.

Tal vez en el desgarramiento del sentimiento, reivindique su lugar y pueda aullar a la luna en paz.

Zorra # 6

Una zorra atrevida -

Ofreció el néctar venenoso de una noche larga

Tocó el timbre de la puerta y se recostó sobre la baranda del patio, mientras encendía un cigarrillo.

-¡Apareciste! ¡Qué milagro! Estuve a punto de llamar a la policía! – Lo recibió con alegría.

-¿Y por qué no lo hiciste? – Lo miró con ojos, desafiantes y sensuales, soltando una bocanada de humo hacia arriba.

-Porque confío en ti, -.sabía que volverías.-

Prefirió no responderle; palpó con una mano su bolsillo derecho; lo miró suspicaz y le arrojó las llaves del Jaguar F-Type estacionado con dos ruedas sobre la grama.

-Ahí tienes a tu máquina...sana y salva; con un poco menos de gasolina y algunas millas más recorridas... - sonrió guardando cierta distancia.

-Me alegro de que la hayas disfrutado.

-¿Quieres pasar un rato?

-No. Ya está amaneciendo y en un par de horas tendré que estar en el trabajo.

-¿Necesitas que te acerque?

-No es necesario. Gracias de todos modos. – Levantó una mano haciendo señas al taxi que lo esperaba desde hacía unos minutos, del otro lado de la calle - Ahí me están esperando.

-Espero tu llamada entonces – Asomó la cabeza verificando el interior del vehículo.

-Claro. No lo dudes.

-¡Cuídate!

- Adiós.

Tiró la colilla del cigarrillo, la pisó con un pie, y subió al coche, apurado.

Se recostó en el asiento y suspiró profundamente; hizo una pausa, cruzó

sus brazos acomodándose, e indicó al chofer su destino.

Las luces de la cuadra iban apagándose lentamente a medida que el sol asomaba tenue y violáceo detrás de los muros silenciosos de la ciudad.

Un bostezo apretado vibró en su rostro mientras abría un paquete de rocklets amarillos y pagaba la cuenta de su viaje.

Aquella había sido una noche larga y enredada; que por fortuna parecía culminar pacíficamente.

A pesar del sueño que pesaba sobre su cuerpo; su cabeza giraba non-stop en pensamientos enardecidos que ya no tendría tiempo de analizar.

Tomó una ducha larga, intentando despabilarse para recuperar sus fuerzas y sostener el nuevo día.

Independientemente del cúmulo de desvelos experimentados, Alex era muy responsable con sus tareas y prefería llegar temprano a su oficina.

Cortadito en mano, encendió su laptop revisando los compromisos en su calendario.

Lunes 27 de junio.

Reuniones con su equipo de ventas, que comenzarían en los próximos cuarenta y cinco minutos y se extenderían a lo largo de la jornada.

Deseaba apurar los momentos para poder bucear en el silencio de sus fantasías, pero en la alcancía del tiempo, cada instante tiene un valor singular. Pareciera como si el destino nos atara con cadenas de plata; a veces imposible de romper.

Sobre el margen izquierdo de su agenda virtual, se leía la frase del día:

“El corazón alegre constituye buen remedio y hace que el rostro sea hermoso, pero el espíritu triste seca los huesos” – Proverbios 17:22 –La Biblia.

Hizo una mueca con sus labios, frunciendo el ceño.

Al parecer, su querubín custodio quería camuflar un mensaje inspirador para su alma atribulada.

El teléfono comenzó a sonar y su día fue armándose entre reuniones de marketing y paredes de cal.

La luz del mediodía quemaba sobre el azul del cielo, y Alex apenas podía sostener alzados sus párpados que pesaban soñolientos.

De pronto, una de las recepcionistas del piso, le acercó un enorme ramo de rosas rojas.

¡Eran divinas!

El primer pensamiento que cruzó su mente fue: ¿Alguien se murió?... - Miró a la chica con cara de curioso espanto.

-Es para ti Alex...

-No puede ser... a ver...- abrió la tarjeta de prisa y con intriga.

En su interior, encontró un boleto VIP greet & meet para ver a "Madonna en concierto" ese próximo fin de semana.

Su rostro se iluminó al instante, colmado de emoción, y comenzó a tararear con desenfado "Like a Virgin", hasta que se dio cuenta de que la muchacha miraba el espectáculo con un poco de aprensión y sin entender nada.

Alex tomó el despampanante ramo y lo acomodó sobre su escritorio.

Quien extendía la invitación era justamente alguien que le resultaba muy interesante; y Madonna era mucho más grande que su orgullo; por lo que aceptó la cita sin demoras.

Como olas mansas, la semana se sucedió tranquila; y por fin llegó el día sábado.

El concierto comenzaba a las siete en punto.

Tenían una ubicación privilegiada para disfrutar de la gran Diva del Pop, la cautivante Madonna.

¡El show fue increíble! Y más increíble fue verla interpretando 'Like a Virgin', montada sobre un caballo mecánico.

Mientras lo cabalgaba, Alex alimentaba su cabeza de imágenes eróticas y sensuales; pues ese tema le despertaba todas sus fantasías más prohibidas y alocadas.

Pensó que aquel había sido uno de los momentos de la noche más excitantes...sin embargo, la noche apenas comenzaba a revelarse.

Con su hechizante manto de estrellas, la enigmática noche, siempre le provocaba un efecto encantador. Podía sentir en la piel, aquel efecto magnético de seducción, poder y magia: el cóctel perfecto para dar rienda suelta a las aventuras más perversas.

Incluso estuvo a punto de tatuarse en el brazo, la famosa canción de Lady Gaga: "Marry the Night", ya que sentía una conexión tan fuerte con las sombras de la noche y especialmente con el encanto y fervor que le producía la mirada de la luna.

La noche suele abrirnos un espacio de libertad para conquistar nuestros sueños más salvajes y audaces; y aquella, estaba justamente invitándonos a soñar y jugar con osadía.

Casualmente, uno de los Djs, del show, resultó ser amigo de David y les extendió una invitación a una fiesta privada que se llevaría a cabo esa misma noche en la espectacular Mansión Vizcaya, frente a la Bahía de Key Biscayne en Coconut Grove.

La Mansión es una villa con estilo neoclásico mediterráneo, adaptada al bello clima tropical, que data del 1800. Con exuberantes jardines sembrados de orquídeas; esculturas de coral decorando inmensas fuentes de agua; balcones aterrizados enmarcados en esplendorosas arcadas, escaleras marmoladas en espiral y muebles de gran estilo napoleónico; este es uno de los lugares más majestuosos de la ciudad.

Entrar allí es como ingresar a un mundo alternativo, con aroma a lujuria y opulencia magnánima.

Esta no era una fiesta común y corriente; pues al parecer era lo que se llama, un "dark masquerade ball", - una especie de baile de gala, en el cual los invitados reservan su identidad en el anonimato de sus máscaras.

Como parte del arreglo de la celebración, se les pedía a todos los contertulios, que antes de ingresar a la verbena, se colocasen una máscara decorativa tapando sus rostros; y asimismo se les advertía: que dicho atuendo, no podría ser removido durante el tiempo que durara el evento.

De esta manera, -muy diplomáticamente- se podían mezclar entre los participantes, artistas y celebridades famosas del espectáculo, políticos influyentes y gente muy acaudalada, sin la necesidad de revelarse como tales.

David estaba muy involucrado con personalidades del campo de la política. Fue justamente en uno de los discursos de campaña de John

Kerry que se habían conocido el año anterior.

El reloj marcaba las 11:22 de la noche y la luna los custodiaba refulgente y atrevida.

Estacionaron el auto con entusiasmo al ver que el garaje estaba atestado de autos exóticos y extravagantes.

-¿Cómo me veo?...-Destapó el espejo del parasol izquierdo, y giró la cabeza de lado a lado, verificando su cabello.

-¡Te ves muy bien! – le concedió una mirada seductora.

-Tendré que ponerte un candado atado a mí, para que nadie te robe...- acotó sonriente.

Una colosal alfombra color púrpura, enmarcaba imponentemente, la escalera de mármol de la entrada.

En la recepción, los recibió un mayordomo con impecable esmoquin negro y una máscara blanca en el rostro.

-Bienvenidos a Casa Vizcaya.

David comenzó a buscar entre sus bolsillos la invitación a la Gala.

Estuvo a punto de regresar al coche, pensando que se le habían quedado allí, cuando por fin, las palpó dentro del bolsillo interior del traje.

-Señores Alex y David, acompañenme por favor.

El mayordomo los condujo solemnemente hacia una sala lateral.

Allí fueron recibidos por otro mayordomo que vestía exactamente igual, pero a diferencia del anterior, este llevaba una liga color azul, colocada en su brazo izquierdo.

-Como ya tienen conocimiento, durante el evento, deberán tapar sus rostros con alguna máscara. Si lo desean, aquí hay algunas que podrían utilizar – señaló con su mano, una gran mesa colmada de diferentes máscaras - todas muy coloridas.

-Muchas gracias – David elevó sus cejas y le cedió el paso para acercarse a la mesa; colocando un billete de cien dólares, dentro de una vasija de cristal que decía: 'tips'.

Con solemnidad, el mayordomo se retiró, dejándolos solos en la inmensa

sala espejada.

Había cientos de máscaras de todo tipo. Todas eran bellas y brillantes.

Alex se probó una con el borde plateado como una media luna, adornada con dos plumas negras.

David se probó unas cuantas y por fin se decidió por una muy colorida, que enmarcaba las alas de una mariposa, y cubría su rostro plenamente.

Abrieron la puerta y el mayordomo los estaba esperando para conducirlos a los salones de la fiesta.

Atravesaron un jardín que tenía los pisos como un tablero de ajedrez y en el centro, una inmensa fuente de agua, custodiada por dos querubines.

Se detuvieron unos instantes, para elevar deseos a la fuente y lanzar unas monedas en su vertiente. Pues todo el ambiente, era muy mágico e invitaba a reivindicar los sueños llamando a la Diosa Fortuna.

Al cruzar el patio, se encontraron con una orquesta de músicos y un coro interpretando cánticos al estilo de los monjes benedictinos. Estaban todos vestidos con túnicas blancas y cada quien tenía su máscara en el rostro.

El lugar estaba iluminado con antorchas de fuego que emitían una luz muy tenue, escondiendo aún más, los rostros de los invitados.

Hacia el fondo se veía un largo pasillo, que desembocaba en la marina donde recibían algunos invitados que se acercan a la gala en sus exuberantes yates.

En los costados laterales del salón, había mesas que exhibían todo tipo de bebidas.

Alex se acercó a una mesa donde se veían, magníficas hieleras de plata, con champagne y otras bebidas. Sirvió dos copas heladas y burbujeantes, y regresó para convidar a David.

Una mujer que llevaba una máscara color fucsia, intentó quedarse con una de ellas, por el camino. Pero Alex, se escabulló entre la gente.

Echó una mirada a su alrededor, queriendo localizar a David. Sin embargo, no lograba verlo.

-Seguramente, habrá tenido que ir al baño – pensó; mientras observaba a los músicos, y de reojo, revisaba los coloridos atuendos de los

concurrentes.

Al cabo de un rato, se había tomado ambas copas, pero aún no se veía ni rastro de su acompañante.

Comenzaba a preocuparle. Era muy raro que David lo dejara allí sin decirle nada.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón, buscando su celular, cuando recordó que los habían dejado dentro del coche antes de entrar a la mansión.

Decidió, caminar entre los invitados a ver si daba con él.

En el enorme salón había bastante gente. Muchos en pareja, conversando, algunos atentos a los músicos, otros, simplemente haciendo ronda, buscando sociabilizar.

Le llamaba la atención que en el lugar no se veían ni sillas, ni butacas, ni sillones. Un detalle un tanto extraño, dado el estilo y la opulencia de la gala. Los únicos que estaban sentados en forma circular, eran los músicos y el coro.

La mayoría de los concurrentes, estaban apoyados contra las columnas de mármol que sostenían el salón.

Dio un par de vueltas, pero aun no veía a David.

Se recostó sobre una de las columnas a observar desde allí.

Inesperadamente, sintió el calor de una mano que rozaba la suya sutilmente. Alzó la mirada sorprendido. Su máscara era dorada y exhibía un pico de ibis un tanto particular. Enfocó su mirada más profundamente, y chocó por fin con unos ojos: enormes, color del bosque y muy luminosos.

-Hola, ¿qué tal?... ¿estás buscando a alguien?- su voz le resultaba familiar pero no podía identificarla.

-Hola...estaba tratando de reunirme con una persona pero no lo veo por ningún sitio.

-Tal vez fue escoltado a la "basílica". ¿Es la primera vez que vienes?

-Sí,... ¿se nota?- sonrió debajo de su antifaz de luna.

-¡Para nada! – su voz ahora cómplice y pausada.

-¿Y cuál es la basílica?...no me dijeron que venía a rezar...

-La basílica es el corazón de la Casa. Es el salón principal; donde está la verdadera fiesta. Allí solo puedes entrar con una "escolta", pues es un lugar especial.

-Ah, entiendo...o sea que esta reunión aquí es una especie de preámbulo para entrar en clima, ¿verdad?

-Así mismo. No obstante, algunos invitados prefieren solo participar de este lado.

-Interesante.

-A este lado lo llaman "el cielo" y al otro...ya te podrás imaginar ¿no?...

-Déjame adivinar: "¿el infierno" tal vez?

-¡Usted ha acertado! ...y ahora juega por un millón de dólares....-
Quiso imitar un conductor de esos programas para ganar dinero fácil, acertando bolillas. Evidentemente, tenía buen humor.

-Y dime, ¿hay mucha gente en 'el infierno'?

- ¿Qué crees?

- ¡Que debe estar atestado! Ambos rieron en complicidad.

Alex presentía que el enmascarado era un tanto intrépido. Un 'fuera de serie'. Se le notaba por sus alegres movimientos, aun en el anonimato de su exótica mascarilla. Sus brillantes ojos verdes, lo delataban.

-¿Una copa de champagne? Lo invitó cortés.

-Si, por favor.-

- Entonces, ven acompáñame – Le extendió su brazo protocolario y juntos se acercaron a las mesas.

Alex notó, que en los puños de su camisa, vestía gemelos que al parecer, tenían las iniciales de su nombre. Le dio curiosidad poder descifrarlas. No se habían presentado aún.

Dudó en preguntar cómo se llamaba. Pues justamente, la premisa de la fiesta era la 'incógnita' de los integrantes. Ahora en su mente bailaban dos

letras: I.M.

El enérgico enmascarado, le extendió una copa helada de champagne y al unísono las chocaron en un brindis.

-¿Y tú, estás solo? -Alex comenzaba a desenmascarar a su compañero.

-Yo nunca estoy solo. A solas puede ser....pero, solo no. -Intentó despistarle con su respuesta enredada.

-Entonces tu acompañante...seguro está en el infierno ¿verdad?

-Probablemente. Hizo una pausa y volvieron a mirarse intrigantes -¿Te gustaría ir?

-Depende...-respondió sagaz.

-¿Por ejemplo?

-De las garantías que tenga de "no quemarme"...

-Déjame ver si consigo una "escolta" para ti. - Giro la cabeza en busca de un escolta. - Espérame aquí, que vuelvo enseguida.- Y como un cometa errante, se esfumó detrás de las columnas.

Mi amiga zorra estaba súper intrigada y la noche secuestraba, sin pausa, todas sus fantasías.

Al cabo de diez minutos, se aproximó un mayordomo que llevaba una liga color roja en su brazo y una especie de batón en su mano.

-Cuando Usted lo desee, lo guiaré hasta la basílica.- le dijo solemnemente.

Alex miró hacia ambos lados, tratando de divisar al anfitrión de los gemelos. Pero no lo veía.

-Estoy listo - le respondió con voz firme, estirándose la chaqueta.

-Acompáñeme entonces. -tomó la delantera.

El misterio era una sensación exquisita que colmaba toda su esencia indómita en aquel momento. El sentimiento perfecto para atrapar el alma de esta zorra atigrada que esperaba ansiosa el desarrollo de noche.

Cruzaron el jardín a través de la fuente de agua nuevamente, hacia el

interior de la villa.

Una puerta de madera maciza con dos antorchas encendidas a los lados, custodiada por dos estatuas de leones, los recibía taciturna.

El mayordomo tocó a la puerta con ímpetu, y esta se abrió lentamente.

Al ingresar, la música era totalmente distinta a la de aquel lugar que llamaran: "el cielo".

Una especie de techno-trance estridente que invitaba a mover el cuerpo con frenesí.

Aquello era parecido a una discoteca, solo que con mucho más estilo y oxígeno. Destellantes luces láser que iluminaban los altísimos vitrales, con cortinados de tul color negro; y cantidad de sofás y sillones esparcidos a lo largo de todo el salón.

Al ingresar, su escolta desapareció. Alex se animó a penetrar hacia el mismo centro de la pista.

No lo había notado antes, en medio de la oscuridad y con el estruendo del sonido; pero también había podido divisar algunas personas, que al parecer iban desnudas o muy ligeras de ropa. No todos, algunos estaban vestidos con sus trajes. Al menos eso parecía...

Tragó saliva y se acomodó la máscara en el rostro un poco perturbado ante la expectación de lo desconocido.

-¿Será que David está aquí? Se preguntaba. También le intrigaba saber, qué habría sido del desconocido que lo había invitado.

Entre el tumulto, sería difícil dar con él nuevamente. -Pensaba.

Iba comprendiendo por qué le decían "el infierno"; evidentemente allí estaban todos los pecadores.

Se acomodó en una esquina, en uno de los sillones, mientras observaba más detenidamente cuanto ocurría a su alrededor, pletórico de entusiasmo.

Una rubia muy esbelta que llevaba una máscara de perlas y plumas en el pelo, se acercó con una copa en la mano.

-Hola, ¿me puedo sentar aquí?

-Si claro – se acomodó en la orilla.

-Muy bonita tu máscara – intentó ser gentil.

-Gracias. –se arregló el tocado de plumas en el cabello.

Iba a hacerle una pregunta, cuando otra mujer, de melena larga y oscura, con el torso desnudo y tacos muy altos, los interrumpió.

-Nos están esperando arriba... ¿estás lista? – le preguntó en tono ansioso.

-Sí, regálame unos minutos que ya te alcanzo – le respondió sin prisa.

-Vengo por ti al rato – la besó en el cuello y se marchó entre la gente, con su antifaz y caminar de pantera.

La rubia giró su rostro y clavó sus brillantes ojos azules en los de Alex.

-¿Te gustaría subir al “espacio”? – Le preguntó seductoramente.

-¿Espacio? ¿Te refieres a un lugar específico o a la estratosfera? - Pues no sé dónde queda, pero el nombre me resulta excitante –

-¿Nunca has estado allí?

-No, es la primera vez que vengo a este sitio; que al parecer tiene muchos misterios.

-Estoy segura de que te agrada – rozó con su dedo índice, el contorno de su mano derecha, y subió con él, hasta tocar la punta de su nariz. Acercó sus labios y exhaló sobre los suyos suavemente.

Alex sintió una corriente eléctrica que lo eclipsaba en medio de las luces.

-¡Llévame al espacio por favor! – se entregaría sin espera a este viaje cautivador.

La mujer-pantera apareció nuevamente y los condujo a través de unas escaleras angostas, en la parte trasera de la barra de bebidas.

Atravesaron un hall lleno de espejos hasta el techo.

Alex moría de intriga, al mismo tiempo que no podía dejar de pensar en el desconocido de los ojos verdes.

Muchas veces había soñado con una fiesta como aquella; donde la lujuria se mezcla con la audacia y la pasión y todas juntas convocan a sus

demonios en una sola danza desenfrenada.

Ingresaron a una sala muy amplia que tenía los ventanales abiertos como balcones y en el centro un altar iluminado con velas encendidas, enmarcado por sillones y sofás, colocados en diferentes posiciones.

Lo primero que observó fue, un grupo de gente recostada en un sofá, que estaba pegado a una de las ventanas.

Se los veía desnudos, besándose y acariciándose con furia.

Hombres y mujeres que perdían su identidad bajo las brillantes máscaras y se embriagaban feroces y primitivos.

Algunos grupos más pequeños y otras personas, que observaban de manera más pasiva; parados alrededor.

La rubia, apretó su mano y atrevidamente, le preguntó:

-¿Te gusta este? –señaló al excitado clan.

Alex tragó saliva en fascinado mutismo, sintiendo el calor de lo prohibido seduciendo su piel.

Avanzaron más al fondo del cuarto.

Había varios conjuntos de personas, al parecer todos disfrutando de la magia sexual de la noche.

Si bien, entendía de qué se trataba; no estaba muy seguro de tener alguna predilección específica. Entre las penumbras y las máscaras se perdían las apariencias y los cuerpos subyugaban amorfos.

La mujer-pantera comenzó a desvestirlo lentamente; mientras la rubia, muy suavemente, le lamia los dedos de la mano; poco a poco, logrando alzar su erección.

Alex cerró sus ojos por unos instantes, suspiró difuso y se dejó llevar. Una brisa traviesa la acariciaba con el tul de las cortinas; y en medio de su delirio desencadenado, recordó la mirada pícara del desconocido. Abrió sus ojos nuevamente.

A través de un haz de luz que entraba por el balcón, vio acercarse una silueta que grácilmente se dirigía hacia ellos.

Al mirarla más detenidamente, comprobó que se trataba del mismísimo

enmascarado de los ojos verdes.

Se miraron penetrantemente por unos instantes, queriendo decir aquellas palabras no pronunciadas.

-Pensé que no te animarías a subir- Se aproximó a su cuerpo, que ahora estaba totalmente desnudo y precoz.

-Y yo pensé que me habías abandonado-respondió hechizado.

Las mujeres los abrazaron en medio de una ronda desenfadada, donde el néctar venenoso de sus labios se mezclaba en un coctel magnético; haciéndolos gemir apasionadamente y sin control.

La música envolvía sus cuerpos salvajemente en movimientos anárquicos.

La noche se iba cansando de jugar a las escondidas y sus sombras los destapaban entre suspiros de nubes.

Los pájaros cómplices de la faena, les avisaban, en pequeños susurros, que el amanecer se acercaba, y mi amiga zorra, resucitaba extasiada, envuelta en risas y con su mirada llena de osadía.

I'm gonna marry the night.

Zorra # 7

Una Zorra Intrépida Jugó juegos peligrosos, tejió redes y atrapó ilusiones

¿Serías capaz de jugar indiscretamente y transgredir tus principios y valores morales, para conseguir el amor de tu vida?

Tatiana se sentía desesperada por conquistar el amor y la atención de Alberto.

Cada tarde, al caer el sol, con denodado entusiasmo; solía ponerse aquel vestido negro que marcaba sugerentemente el contorno de sus caderas aportándole un look de femme fatale, que más de una mujer podría llegar a envidiar.

Maquillaba delicadamente sus ojos negros penetrantes, y rociaba su cuerpo sensual con intimidantes perfumes, abrazando así, la ilusión de un

encuentro cabal con su enamorado.

Como un sistemático ritual nocturno, se sentaba en el mullido sillón de piel marfil, a esperarlo estoicamente.

Él nunca le decía la hora exacta en la cual pasaría por su casa; pero ella sabía que no sería antes de las siete; puesto que a esa hora, Alberto se reunía, religiosamente con sus amigos en el Carpe Diem Club.

Cita ineludible, que jamás postergaba por ninguna mujer, por más enredado que estuviese; pues había crecido en un barrio donde la amistad era un valor cotizado y sus compañeros eran como de su familia.

Algo que a Tatiana no le resultaba ventajoso, y siempre desconfiaba en que, con la famosa excusa de las reuniones del CDC...se infiltrara alguna que otra zorrita en su camino.

Pero no le quedaba más remedio, que aceptar el fardo, ya que fue en ese mismo lugar, donde se habían conocido un año antes, para las fiestas de la Candelaria, y en donde a la luz de una radiante luna llena, sus labios sellaron el encuentro de aquel amor, como solían llamar nuestras abuelas: "a primera vista".

Aquella noche indeleble, en medio del jolgorio de la animada fiesta y con algunas copas encima, se habían tomado una foto juntos. La misma que ahora tenía frente a sus ojos, reposando en un portarretratos de plata sobre la mesita del recibidor, y la hacía recordar cuánto lo amaba.

Las horas pasaban ausentes de bullicio y Tati iba apilando vacíos al pendiente de aquella puerta que jamás se abrió para recibirlo.

Con los ojos hinchados de impotencia, juraba que esta sería la última noche que lo esperaría.

Se había tragado el llanto para no morir enferma de pena y de rabia, pues nerviosa apretaba las muñecas de sus manos, presionando el flujo sanguíneo que bombeaba su casi inerte corazón, mientras de reojo veía el rítmico movimiento de las agujas en su reloj pulsera, que parecían ir más de prisa que de costumbre.

Alberto había logrado cautivarla con sus buenos modales y su agradable voz, que retumbaba melodiosa en los oídos de esta muchacha soñadora, que no hacía otra cosa, más que pensar en él.

Sin embargo, solía desaparecerse como por arte de magia.

Incluso a veces hasta varios días, en los cuales se ausentaba de su vida,

sin ningún tipo de aviso ni premonición.

Tal vez no era por falta de cariño, que suspendiera el encuentro con Tatiana, pero lo cierto, es que siempre, había alguna prioridad que sofocaba su atención; ya sea que en el Club lo demandaran sus amigos para asistir a alguna fiesta, o los compromisos familiares y/o laborales, pero el muchacho no se comprometía demasiado y Tatiana aguantaba pacientemente, siempre justificando sus desplantes y abierta a la redención de todos sus pecados.

Juan Antonio Macías y Luis Machado eran sus mejores amigos y quienes lo seducían para que se quedara en el club acompañándolos hasta muy tarde; incluso los días en los cuales tenía comprometida la cita con Tatiana.

Al principio, Alberto la llamaba y le inventaba alguna que otra eventualidad, excusando sus demoras, pero al notar la frustración que causaba en ella con esos llamados evasivos, dejó de avisarle.

Y prefería que ella lo esperase, por si acaso...él pasaba.

Tatiana tenía una fabulosa puntería en enamorarse de muchachos que la hicieran sufrir de alguna manera.

Ya anteriormente había tenido una larga y tortuosa relación con un chico complicado que la maltrataba psicológicamente y con quien se había especializado en contemporizar plantones.

Lo terrible de estos ininterrumpidos sucesos, era, que mientras esperaba, ella no podía entretenerse en ninguna otra cosa y solo se sentaba a esperar la llegada de su galán, concentrando toda su energía y atención a un solo confín: verlo llegar para estar a su lado.

Magali, quien era su compañera de piso y fiel tesorera de sus secretos, desde la cocina intentaba distraerla sutilmente, sospechando que una vez más, esta sería otra noche de desengaños.

-Oye Tatiana, ¿quieres tomar café? ...Acabo de prepararlo...

- Huele rico pero, Alberto no tardará en llegar, y no quisiera tener que interrumpirlo.

-Pues ino pasa nada amiga! Si llega, dejas el café a un lado y te marchas con él. Anda, ¡aprovecha!

-Gracias Maga, pero prefiero esperar.

La obsesión de esta escorpiana enamorada, en poner toda su atención devotamente en este muchacho, como quien jugara un pleno en el casino; le impedía distraerse en ninguna otra actividad por más fútil que esta fuese.

Por fin se levantó, abrió la puerta de entrada y con su mirada ansiosa, recorrió el perfil de la esquina, con la ilusión de ver a Alberto acercarse.

Respiró casi sin aliento, sintiendo una punzada helada en su corazón.

La calle iluminaba algunos autos en circulación, y un gato pardo saltando desde el tejado vecino que corría con prisa.

En ese momento, sonaba su celular vibrando sobre el sofá.

Entró a zancadas para cogerlo.

- Hola,...Dígame...- contestó apurada y sin tiempo de observar el número.

-Hola Tatiana, es Luis. Disculpa que te llame; pero estamos esperando a Alberto y pues no ha llegado todavía y tampoco contesta su celular. ¿Se encuentra contigo? – se lo notaba un poco ansioso en la voz.

-No, también yo lo estoy esperando hace rato ya. – comenzaba a preocuparle ahora más que antes.

-Pues si llega, dile que me avise si pasará esta noche por el CDC.

-Quédate tranquilo que así lo haré.

-Buenas noches y gracias Tatiana.

-Adiós.

No le dio oportunidad de hacer más preguntas sobre la reunión de esa noche y el motivo por el cual se atrevía a buscarlo en su casa.

Tampoco, tenía idea de que Luis tuviese su número telefónico.

Le resultaba extraño aquel llamado, pues si bien ella conocía a sus amigos, no confiaba mucho en ellos; estaba segura de que sólo lo llamarían en caso de que fuera una emergencia, pero Luis no había mencionado nada al respecto.

Comenzaba a sospechar que habría gato encerrado en la imprevista

llamada.

Bajó de sus tacones, y se quitó el arete derecho apoyándolo junto a su celular sobre el sillón.

-Magali ¿Estás allí? Se dirigía hacia la cocina, en puntitas de pies, para no correr sus medias de fina lycra.

-Te acepto el café. - y con ojos mustios agregó - No creo que venga ya. - Hizo una mueca pensativa mordiéndose el labio inferior, como queriendo decir algo en silencio, y acercó una taza a la cafetera.

-¿Quieres que salgamos juntas esta noche?...ya tú estás arreglada, y yo me alisto en cinco minutos. Podríamos...

Tatiana la interrumpió.

-No tengo ánimos de salir ya. Te agradezco la intención amiga. - Tal vez otro día.

-Mira Tati, no quisiera inmiscuirme en lo que no me corresponde; pero tú sabes cuánto te estimo; no me gusta verte triste y sinceramente me parece, que este muchacho no está cuidando bien de ti. Tú eres una mujer bella y educada y le estás teniendo la vela como si fuera el último santo de la procesión!

-¡Es que no sé qué hacer con él Magali!...

-Cuando estamos juntos, me hace sentir que soy la reina de su mundo.
-suspiró.

-Muchas son las veces que en mi mente planeo en hablar seriamente con él y hacerle saber sobre todas mis frustraciones. Puedo imaginarme hablándole de mis sentimientos, pero al verlo, su mirada hace que me olvide de todos esos pensamientos y vuelvo a creer en su palabra, y me quedo en silencio, diciéndome a mí misma que esta será la última vez.

-Lo curioso es que su amigo Luis Machado, -¿te acuerdas de él? el del convertible negro que nos acercó al casamiento de Andrea-...lo ha llamado aquí esta noche; al parecer, Alberto está desaparecido. ¿Le habrá sucedido algo? Me ha dejado con la intriga.

-¡Deberías darle un ultimátum amiga! - Magali era más osada en ese sentido y no guardaba admiración alguna por el susodicho.

-¿A qué te refieres?

-A que tal vez, Alberto necesite una ayudita para tomar la relación más en serio - sugirió sugestivamente con ojos quietos y arqueando sus cejas.

-Pues, no sé de qué manera hacerlo. Temo siquiera tocar el tema; ya sabes cómo son los hombres...tienen pánico al compromiso!

-¿Y qué tal si le dices que estás embarazada? – eso sería una especie de mentirita piadosa. - sonrió perversamente moviendo la cabeza como una campana.

-¡Estás loca! ¿Cómo voy a engañarlo de esa manera?... Además, se dará cuenta enseguida que mi tripa no crece y ¿qué haré luego? “las mentiras tienen patas cortas” siempre decía mi mamá. No durará mucho el engaño. –Uff! De sólo pensarlo me da hasta náuseas.

-¡Fantástico! Eso es justo lo que necesitas! ¡Náuseas que disfracen tu supuesto embarazo! – su voz personificaba al mismísimo Lucifer tentándola.

-No creo tener el coraje de hacer semejante cosa Magali - Tatiana quiso desechar por completo aquella absurda y maquiavélica idea.

Por unos instantes, ambas guardaron silencio en cavilaciones macabras que omitían comentar.

Pero, ¡no! Alberto no es tan sonso como para creerse el cuento así nomás.

En todo caso, habría que tener una estrategia muy delineada para llevar a cabo ese perverso plan, y también pensar en las consecuencias que ello implicaría.

Fundamentalmente tendría que engañar no sólo a Alberto, sino a sus familiares y amigos también.

-Imagínate Magali, que si alguien se enterase la verdad, nuestro plan correría riesgo de ser descubierto, y yo quedaría señalada por siempre, como una impía mentirosa y perversa zorra.

Luego de una larga pausa en circunspección, se levantó de la mesa, recogió su melena larga en una cola, enredándola dentro de un sujetador, y con voz pausada e intrigante resolvió:

-Es realmente una locura tu propuesta. - Pero lo pensaré bien esta noche; tal vez tengas razón en que este chico necesita un empujón para definir nuestra relación.

Tatiana parecía ahora convencida de que la alocada idea del supuesto embarazo podría, quizás, funcionar para llamar la atención de Alberto y conquistarlo definitivamente.

-¡Piénsalo! Ya verás que el plan, no es tan difícil. Eso sí, tendrás que mantenerte firme en la convicción de la historia, de lo contrario todo se irá al garete!

-Que descanses Maga; tú eres la mismísima hija del Diablo! - Tomó una botella de agua fría de la heladera y se marchó a su cuarto con sus bizarros pensamientos.

Del susodicho: ni un texto corto diciendo buenas noches.

Aquella noche Tatiana logró dormir profundamente; al otro día, despertó cargada de energías renovadas.

Su primer pensamiento la conectó con su cuerpo y la idea de un embarazo que tal vez podría llegar a ser el camino de su conquista.

Apoyó sus pies descalzos en el suelo y despaciosa se acercó a mirarse en el largo espejo que colgaba en el pasillo de entrada.

Colocó la cintura de su pijama por debajo de su ombligo y de costado se puso a observar cómo se vería.

Infló el pecho hacia adelante y sopló con fuerza, cargando su barriga de aire.

Dio vuelta para ambos lados y sonrió bufanamente al verse embarazada; supuestamente claro.

Sus mejillas sonrojadas hervían con la mera idea de aquel pensamiento sagaz.

Abrazó su cuerpo con ambas manos y posó sus ojos en el suelo.

-¡Alberto, no me perdonaría nunca una mentira de semejante proporción!
- Como única solución sería decirle que estoy embarazada y luego tratar de embarazarme de verdad! Pero, y ¿si se enfada conmigo y ya no quiere tener más relaciones? ¿Cómo conseguiré embarazarme? Ay no!...esto me suena a tarea peligrosa y muy difícil.

Tatiana sopesaba con pena, los pros y contras del supuesto plan de embauque.

Se sentía perdidamente enamorada de Alberto y no le molestaba la idea

de llegar a tener un hijo con él.

Pero ¿en este preciso momento? Y ¿sin su consentimiento? Eran preguntas que la hacían reflexionar en que esta confabulación no tendría el vigor necesario como para ser lo suficientemente exitosa.

De pronto su celular vibraba dentro de su bolsillo.

Era un mensaje de texto, que decía:

-¡Buenos días princesa! ¿Quieres que almorcemos juntos hoy? Beto.

Lo releyó dos veces más, para asegurarse de su contenido.

Alberto no era de proponer salidas. Este mensaje cargado de optimismo le resultaba un tanto sospechoso.

Automáticamente, cruzó por su pensamiento, que algo estaría sucediéndole que lo hacía estar más cariñoso que de costumbre.

¿O sería esta, justamente la oportunidad que el destino le estaba tendiendo a su paso, para ejecutar sin demoras, su péfido plan?

-Me encanta la idea. ¿Pasarás a recogerme? – Contestó apurada.

-Paso por ti al medio día. Estate lista. Beto.-

Como era su costumbre, por las mañanas, Tatiana bajaba su correo electrónico y a veces se metía en Facebook a mirar los mensajes de sus amigas.

Lupita era amiga de Tatiana y su hermano Andrés había colocado una foto en su muro, donde se lo veía de fiesta junto a otras personas; entre el grupo, sonriente y en primera plana, relucía la sonrisa de su querido Alberto abrazado a una muchacha de pelo rubio ondulado. Se lo veía de lo más alegre y entretenido.

Tatiana tembló por un instante y mientras intentaba agrandar la foto, se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¡Por eso era que su amigo Luis lo estaba buscando! Son todos unos "infieles cabrones"!

De los nervios, su computadora se congeló y la página no bajaba.

-Con razón ahora quiere redimirse el muy listo!...tiene cola de paja! – Tuvo que resetear la computadora y en esos larguísimos minutos, llegó a la conclusión de que tendría que tomar algún tipo de medidas si quería

que esa relación progresara.

Atormentada por los celos, ahora el plan de fingir un embarazo estaba totalmente justificado, según su código moral, y no esperaría un segundo más para realizarlo.

Tendría que contar con la ayuda y discreción de su amiga, para que resulte algo creíble.

Se acercó a la sala, donde Magalí estaba estudiando para los finales de su máster de economía.

-Maga, he pensado que lo haré.

-¿Que harás qué cosa?

-Bueno pues, lo que conversamos anoche...Y estirándose la camiseta, le mostraba su "supuesta barriga", ¿Cómo lo ves?

-Todo se trata de "actitud" Tati...ahora mismo, yo me como entero ese sapo!

-¿Cuento con tu ayuda entonces?

-¡Ni lo dudes amiga! ¿Cuándo se lo harás saber?

-En un rato. Alberto pasará a recogerme para que almorcemos juntos. Aprovecharé la ocasión. ¡Me muero por ver su cara de asombro! El muy listo, estuvo de fiesta en el Club anoche, mientras yo, como una babosa lo esperaba ilusionada.

-Te lo dije Tati...Tú eres demasiado boba.

- ¡Ya veremos eso! -Iré a prepararme.

Se probó varios vestidos, pero ninguno parecía resaltar nada más que sus sensuales curvas.

Sería mejor conservar un perfil bajo; poco maquillaje y tal vez unos jeans y camisola suelta.

No paraba de mirarse de lado a lado en el espejo. Tal vez para auto-convencerse la falaz historia y visualizar su posible desenlace.

Había revisado las fotos del Facebook y sentía, que a pesar de lo arriesgada y ambiciosa de esta confabulación; serviría para atrapar toda la

atención de Alberto.

Tuvo que tragarse las ganas de confrontar con él sobre el plantón de la noche anterior y no decir absolutamente nada, ni mencionar la foto que lo evidenciaba de fiesta y del brazo de otra mujer.

Para una escorpiana celosa y ahora herida, esto no era una tarea fácil de maniobrar; no obstante eso, lo intentaría y se enfocaría mejor en hacerse pasar por una gatita inofensiva y sin uñas para arañar.

Alberto se había recortado el cabello y lucía una camisa a cuadros y sus pantalones gastados, -misma ropa que había evidenciado en la foto de la noche anterior junto a la rubia sin nombre.

Tatiana mordía su lengua para no soltar el repertorio hostil aprisionado en su garganta.

Sabía que si comenzaba, iba sin duda, a derivar en una discusión y su maquinación correría peligro de inanición antes de tiempo.

-Hola! Se te ve diferente; ¿te has cortado el cabello?

-Sí, estaba imposible ya - No quiso entrar en detalles. -¿Adónde quieres que almorcemos? -

-Pues, eh...-respiró profundo, buscando coraje para proseguir.

-La verdad es que he estado muy descompuesta estos días, no tengo mucho apetito.

-¿En serio? ¿Te sucede algo? Te noto rara, y hasta un poco pálida también. ¿Te encuentras bien Tatiana?

-Sí, pero...- se cruzó de brazos para darse impulso - Es que he tenido que ir al médico.

-Aja... ¿y? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué tienes?

Tatiana evitaba mirarlo a los ojos y enfocaba su mirada sobre sus manos.

-Vamos saliendo y te cuento por el camino.

-Claro, pero es que me dejas intrigado.

Subieron al auto y mientras se acomodaba, Tati quería pensar muy bien, a modo de escoger las palabras precisas omitiendo equivocación. Pero al

parecer los acontecimientos se apresurarían de forma inesperada.

-Quieres que vayamos a Casa Campo, me han dicho que la comida es excelente allí.

-Si, como prefieras.

-Bueno cuéntame ¿qué sucedió? ¿Qué te ha dicho el médico? - Alberto odiaba que lo dejaran en suspenso.

-Me mandó hacer unos estudios y, pues,... es que me da miedo decírtelo.

-¿Miedo? ¿A qué? ¿Qué es lo que tienes?

-Nada, mejor dicho, sí tengo.

Es que, - hizo una pausa asertiva-Estoy embarazada. - y así, y sin preámbulos, lanzó la flecha mortal.

Alberto quiso no darse cuenta y enfocó su mirada al tráfico de la calle. Pensó en silencio unos instantes; pues le caía como un balde helado sobre la cabeza.

-¿Eso te ha dicho el médico? ¿iY como puede ser!?

-Bueno Beto, ¡imagínatelo! No es tan complejo comprender, ¿verdad?

-No, claro, pero, ¿tú estás segura? Quiero decir que si ya tienes el resultado de los estudios o ¿es lo que tú crees?

-Eh,...si si...ya tengo el resultado y pues es así.

-¡Joder! ¡Justo ahora! - Pero es que...

Tatiana aprovechó para dramatizar la escena y darle un toque de veracidad a la situación.

-Es que tú ¿no me quieres?! Bueno, pues no te preocupes por mí. - Tendré a mi hijo sola entonces. - Acomodó su mejor cara de circunstancia empedernida, tapando su rostro con ambas manos.

-¡No te pongas así Tati! -Tampoco me digas eso. - Es que no entiendo cómo sucedió porque nosotros siempre nos cuidamos y,...y...¡joder, justo ahora!..

Quería encontrar excusas para negar lo que era innegable ya, pero no las

encontraba.

-Y ¿qué haremos entonces? Ay Dios mío Tatiana, ¡esto, no me lo creo! – Se agarraba la cabeza con una mano.

-Mejor llévame de vuelta a la casa ya. Creo que no podré probar bocado aunque quisiera.

-No te pongas así Tatiana, por favor, vamos a pensar con más calma todo esto. Te lo suplico. – Cambió el tono de su voz, ahora más calmado.

-Pero ¿qué es lo que quieres pensar?

-Bueno no se.... Es que me ha tomado muy de sorpresa, la verdad es que no se ni qué decirte.

-Bueno, llévame de regreso a casa entonces, y mejor hablemos luego con más calma.

-Está bien.

Y en medio de un tráfico bochinchero infernal, cada uno se hundió en sus más profundos pensamientos en silencio.

Tatiana comenzó a relajarse, pues ya estaba hecho. Ya había ejecutado la primer parte de su plan y ahora solo tendría que esperar a que Alberto reaccionara y comenzaran a hacer preparativos de boda.

Por unos instantes, sintió una paz enorme en su interior. Una seguridad que la envolvía como entre copos de algodón. – Suspiró con fuerza y entornó los ojos.

Pero, desafortunadamente, no duró mucho aquel invisible sentimiento.

Alberto manejaba neurótico por la carretera.

A los bocinazos quería adelantar su paso por entre camiones que esperaban que cortase el semáforo.

De golpe le había dado un mal humor más fuerte que de costumbre.

Su cara ahora desencajada y violenta y no hacía otra cosa más que hablar pestes de quien se le cruzara por el camino.

Tatiana despertó de su mental novela encantada, con uno de aquellos bocinazos que irrumpían en su oído estridentemente.

-Beto, ¡tranquilízate! Maneja con cuidado por favor.

-Vale, sí, tienes razón. Disculpa.

Pero ahora Alberto estaba "poseído" por una fuerza desconocida: la de la responsabilidad.

Por fin llegaron a su casa. Tatiana bajó apurada.

-Te llamo luego - esbozó cerrando la puerta con fuerza.

-Sí, hablemos más tarde.

Adiós.

Tati entró con prisa, cerró la puerta y cruzó sus piernas sobre el sofá.

¡Uff! ¡qué nervios había pasado!

Pero ya estaba ahora jugando en primera fila. Por mucho que le pese a Alberto - y fuese cual fuese la relación con la rubia de rulos - ahora tendría que quedar en suspenso, pues ella lo haría padre y todo cambiaría entre ellos para siempre.

-¡Necesito un trago! Pensó, se puso de pie para buscar una copa y en eso, entraba por la puerta Magalí, que como era su costumbre, ni bien cruzaba el pórtico, se sentaba en el suelo a quitarse sus botas y descansar unos instantes del calor de la calle.

-Hola Maga! ¡Qué bueno que estés aquí! Tengo novedades para contarte.

-Por lo que veo, son buenas; pues se te nota en esa cara de picarona. Y acepto ese trago, señaló la botella de licor con el dedo.

-¡El tráfico es un infierno en el día de hoy!..

-Pues ve acostumbrándote a él porque allí viviremos tú y yo, ¡demonia! - y soltó una sonrisa cómplice.

-¿Se lo has dicho ya?

-Pues sí y creo que todo ha salido muy bien. Me da la sensación de que se creyó absolutamente todo el cuento.

-¿Y? ¿Qué dijo? - Me muero por verle la cara al infeliz.

-Estoy temblando todavía Magali; pues ¡he pasado unos nervios! ¡Pero se lo merece el muy listo! -¿Sabes que tenía puesto la misma ropa que lucía

en la foto? Apuesto a que pasó la noche con la...zorra esa!- Tomó un trago de licor para sopesar la imagen que la atormentaba.

-Pero y ¿qué dijo? ¿Le dijiste que estabas esperando?

-Sí, ise lo dije! – Tu no creías que sería tan valiente, ¿verdad?

-¿Y? Ay Tati cuenta porfa! -ino me dejes con la intriga!

-Todo sucedió muy rápido y pues, no sé, él dijo que hablaremos más tarde.

Baccardi de por medio, Tatiana se iba de poco convenciendo de que su plan sería todo un éxito. No obstante ello, miraba de reojo su teléfono cada cinco minutos, revisando que Alberto le enviara algún signo de consenso.

Pero al parecer, este chico había quedado en estado comatoso, pues no decía ni pio.

Al día siguiente, a primera hora del día, recibió un mensaje de texto, donde le preguntaba cómo se sentía, y le ponía una carita feliz.

¡Bingo! Esta era una excelente señal que le daba ventaja a su estrategia.

Durante las primeras horas de la noche, Alberto se acercó a su casa para conversar. Al parecer se había mostrado un tanto cariñoso en la mañana; pero ahora se presentaba con mirada fría y desencantada.

Tatiana dramatizó su mejor escena y sostuvo cabalmente su historia. Aun así, Alberto comenzó a persuadirla de llevar a cabo el embarazo y tener ese niño; pues, alegaba, no ser este un buen momento para ser padres, etcétera.

Mi amiga zorra, no tuvo que fingir demasiado su desilusión, puesto que en realidad tenía el corazón medio partido ya, ante el desfile de excusas frívolas que su enamorado enumeraba en su larga lista.

Hubo mucha tensión entre ellos aquella noche, tanto así, que a poco Tati estuvo a punto de desenmascarlo, con el asunto de la rubia del club. Pero conservó la calma como un sabio maestro zen.

-¿Es que no me crees?

-No es eso Tatiana, no tomes las cosas así, pero si me gustaría que me compartieras el resultado de los análisis. No es que no te crea, solo para

verlo con mis propios ojos, pues aún me cuesta creerlo.

Tatiana ahora estaba acorralada, y su mente se aceleraba buscando una salida a su primer obstáculo.

-Pues sí, es más...si tú quieres, vamos juntos a la clínica y pues me hago otro estudio. - puso carita de ternero caminando al degüello, mientras ganaba tiempo de pensar en otras alternativas más viables.

-Bueno, pues, sí, eso me parece correcto. - Pasaré a recogerte mañana para ir juntos a la clínica entonces. - Al parecer, Alberto era desconfiado y necesitaba corroborar la información.

-Está bien, te espero mañana a primera hora.

Tati sentía que se estaba metiendo cada vez más dentro de un hoyo infernal.

Desesperada buscó refugio junto a su amiga Magalí, quien por suerte tenía las luces encendidas aquella noche y se le ocurrió una idea que podría salvar su aciago plan.

- Se me ocurre que tal vez, podrías pedirle a María Antonia que te preste un frasquito de su orina.- Lleva ya como 4 meses de embarazo. Total, colocas el frasquito en la cartera y luego lo pasas al frasco que te den en la clínica, y ya está. Al analizarlo, saldrá que estas embarazada.

-¡Ay Maga qué idea tienes! Tú sí que eres una una zorra!

-¿Se te ocurre alguna idea mejor?

-Pues no, creo que esa será la única solución posible por el momento. Hablaré con María Antonia. Pero,... ¡ay qué pena me da! Va a pensar lo peor de mí.

-No chica, María Antonia es de confianza. Llámala ahora mismo y verás.

Y comenzó a marcar su número, acalorada y resoplando aire.

Puso voz de caperucita roja en problemas y compartió todo el asunto con María Antonia, quien al principio no entendía muy bien el pedido de Tatiana. Pues tuvo que pensarlo un poco, pero, luego de considerar sus motivos, por fin aceptó ayudarla.

María Antonia no sentía simpatía alguna por Alberto, pues tenía fama de ser un frívolo cascarrabias muy egocéntrico.

Rápidamente marcharon a su casa en busca del frasquito con la orina.

Tatiana ahora tenía en su cartera, la evidencia de un embarazo real y comprobable.

Con tanta adrenalina, estas mujeres audaces, no habían podido pegar un solo ojo en toda la noche, pensando en cómo seguir su fábula sin que se dieran cuenta.

Alberto pasó a recogerla por la mañana y se acercaron a la clínica sin ahondar en conversaciones comprometedoras y evitando conclusiones.

Tati se sentía ahora muy confidente en que su plan sería victorioso.

Y así fue, tal cual lo habían maquinado. Estando dentro del baño, pudo hacer el intercambio de la orina de los frascos y entregarlo decididamente en el laboratorio.

Le pidió entonces a Alberto que fuera él mismo a recoger los resultados del test por la tarde.

Alberto se mostraba un tanto distante para con ella, como si de pronto su amor por Tatiana, se hubiese congelado.

No la abrazaba, y caminaba unos pasos por delante, casi evitando el roce de sus cuerpos.

No se atrevía a proponer ningún tipo de solución con respecto a ese presunto hijo que venía en camino, y mucho menos, planteaba la idea de una boda de apuro.

Tatiana esperaba en silencio, sabía que tarde o temprano, tendría que abordar el tema y estaba confiada en que por fin, el pediría su mano.

Esa tarde recibió un mensaje de texto que decía: tengo los resultados: al parecer seremos padres. Y sumaba tres caritas felices.

Ahora el chico iba tomando consciencia del asunto.

No tardaría en hacerle la propuesta de matrimonio. Al menos eso era lo que creía mi zorrita amiga ilusionada.

Pero lamentablemente no fue eso lo que sucedió.

Al parecer, este muchacho, no tenía profundas intenciones para con ella.

Con lo cual, en esa misma semana, le pidió que reconsideraran la

posibilidad de tener ese bebé, argumentando que él prefería no tenerlo.

Tatiana lloró desconsoladamente, acumulando desvelos entre sus noches.

A pesar de haberse fabricado una historia confabulada, se sentía casi embarazada, ahora de promesas vanas de un amor flemático, que se desintegraba en la alborada.

A pesar del apoyo de su amiga cómplice, se dio tiempo de bucear en sus silencios aquellos días largos de suspenso.

Por fin, mi amiga zorra, resolvió marcharse lejos.

Desaparecerse de su destino por un rato y espantar sus penas al vacío.

Tomó licencia en el trabajo, armó su maleta y se marchó a casa de una tía en la montaña.

Necesitaba correr con los duendes de los vientos y recuperar su fe en el amor.

Su corazón marcado con viejas cicatrices corría riesgo de extinción.

Le dijo a Alberto que se marcharía y que con la ayuda de su tía, se encargaría esos días de poner fin a su embarazo.

El muy cobarde, no hacía frente al sentimiento, y se escabullía en sus banales excusas.

Murmurando pactos pueriles, se despidió con sombras en la mirada.

Tatiana rescató la última gota de su dignidad de mujer; se marchó lejos y se cobijó con los colores del viento entre los cerros.

Su tía la arrulló en su nido protector, y al cabo de unos días de recorrer el vía crucis de su alma afligida, por fin, Tatiana despertó.

Ya no volvería a tramar ficciones.

No se inventaría universos imposibles. Deseaba ser real y especialmente ser feliz. A su regreso puso fin a esa agonizante relación con Alberto. Se merecía ser amada y respetada y estaba dispuesta a conseguirlo sin esperar limosnas de un amor insulso. Por fin se liberó del abismo de sus desilusiones y recuperó su ser y su honor con alegría.

Zorra # 8

Una Zorra valiente

Cruzó el océano con su escobita mágica

Según la definición de un diccionario popular, que dice: Bruja: "mujer sabia de extraordinarios poderes".

Por lo general, imaginamos a una bruja: vestida de negro, con granos porosos, mirada perversa, sin dientes y risa diabólica.

Debo aclarar que, lejos de parecerse al bucólico arquetipo de bruja, mi querida amiga zorra Fátima, tuvo que recurrir a sus súper-poderes femeninos y a su escobita mágica para poder volar muy lejos y confrontar aquel desenlace embrujado de su enmarañado destino.

A lo largo de su matrimonio de trece años, Fátima había sido víctima de innumerables maltratos psicológicos, infidelidades, impedimentos económicos y demás etcéteras, que muy lejos de parecerse a lo que alguna vez, había soñado para su vida, más bien, restaban a la armonía de su hogar y a su felicidad.

Luego de atravesar tormentas varias en su matrimonio, había llegado el momento de replantearse aquel derrotero y estaba dispuesta a separarse de su esposo, si fuera necesario.

Cuando, por fin pudo juntar el valor de comunicar dicha resolución a su marido, este, en un acto de dramatización teatral, se tiró al piso a rogarle y suplicarle, que por todo el "amor que se tenían" y por sus hijas, no lo hiciera; amenazándola además...que 'él no lo permitiría'.

Pero Fátima, había pensado demasiado en su vida y especialmente en la vida de sus hijas, y sabía que lo que tenía en aquel momento, no era sano ya para nadie más. Debería ser valiente y asumir los riesgos de la separación contra viento y marea, pues estaba clarísimo que Leonardo había cruzado las puertas del Hades y tenía por aliado al innombrable, ya que solo de esa forma podía desplegar tanta malicia junta.

Por suerte, Fátima contaba con la bendición de una buena familia, que ante la tempestad de un divorcio, supo dar la bienvenida y cobijó tanto a ella, como a sus pequeñas, con mucho amor y contención.

El señor por supuesto, se quedó cómodamente en el mismo sitio; en la vieja casona de la calle Del Prado; lo único que deseaba Fátima, era que no la molestase y que lógicamente, se comportara correctamente para

que ella y sus tres hijas pudieran encaminar sus vidas nuevamente.

Ante el panorama de tensión y desacuerdos, prefirió marcharse lejos de allí y refugiarse en casa de sus padres.

Luego de muchas emociones y desenlaces, esa misma semana de octubre, Fátima inscribió a las niñas en la nueva escuela, muy cerquita de la casa de sus abuelos.

Las niñas estaban entusiasmadas, a pesar de no comprender a fondo lo que sucedía en aquel momento.

Fátima había sido muy recatada en cuanto a los problemas que tenía con Leonardo y para las chicas, a pesar de vivenciar los desacuerdos cotidianos, la separación fue un tanto inesperada.

Con el correr de los días, y ya instaladas en el nuevo vecindario, una tarde, aprovecharon para dar un paseo por el parque y allí, pudo conversar con ellas más a fondo, sobre este nuevo rumbo que se marcaba en sus vidas velozmente.

Resaltó neutralmente, las cualidades paternas de su ex y les prometió que entre ellos, Dios mediante, seguirían manteniendo una buena relación.

En todo momento, intentó justificar a Leonardo para que no tuviesen una mala imagen de su papá.

Pero a pesar de las palabras amorosas de su mamá, para las niñas era difícil comprender los motivos del rompimiento de sus padres.

Había pasado un poco más de una semana desde que Fátima, había hablado con Leonardo, poniéndolo al tanto de los acontecimientos con las niñas, cuando sorpresivamente, se presentó en la casa de sus padres.

Por suerte, estaban todos en la casa y Fátima se sentía segura, rodeada de sus seres queridos pero, al cabo de unos minutos, él insistió en que hablaran de manera más privada; sugiriendo que caminaran hasta la plaza que quedaba detrás de la iglesia de la urbanización donde estaban viviendo.

Sentados en uno de los bancos de la arbolada plazoleta, Leonardo volvió a implorarle que regresara junto a él; que él no podía vivir sin ellas, enfatizando lo mucho que las extrañaba.

Pero Fátima estaba totalmente resuelta a comenzar una nueva vida para ella y las niñas y ya no creía en las palabras que tantas veces habían sido violadas, mucho menos en las lágrimas de cocodrilo que jugaba como última carta a su ardid, y que ella sentía, eran meros artífices de su

enfermiza manipulación.

Cuando por fin, él se dio cuenta de que ella estaba firmemente determinada en seguir adelante con la separación, llorando le imploró que al menos, le dejara pasar el fin de semana con su hija mayor, que apenas contaba con diez años de edad, prometiendo que ese próximo lunes él la traería de regreso para que asistiera a clases.

Fátima no estaba del todo convencida con aquel pedido, no obstante, no podía desconfiar de él con respecto a lo que tuviera que ver con sus hijas, pues hasta entonces había sido un padre muy cariñoso y a quien ellas adoraban.

Como ella había prometido a las niñas que seguirían viendo a su papá, no le quedó más remedio que acceder a la solicitud de Leonardo; a pesar de su desconfianza.

Fátima entonces aceptó, y juntos fueron a buscar las niñas al colegio.

Todos regresaron a la casa y diligentemente, Fátima preparó una maletita con una muda de ropa para la niña, para ese fin de semana.

Salió a la puerta para acompañarlos hasta el auto y se despidió de su hija con un abrazo muy fuerte.

Cuando el auto estaba arrancando, Mariela, miró muy tiernamente a su mami; sus ojitos brillaban de emoción, como si aquella despedida fuera a quedar atrapada en la anchura del firmamento.

Sin sospecharlo, aquella fue la última mirada que vería de su hijita, por varios largos meses; casi un año.

Una mirada que al recordarla, le hiela la sangre de terneza y sentimiento.

Por supuesto, que se dio cuenta de la canallada que ese hombre le había hecho, cuando ya era muy tarde para enmendar el error; el cual le iba a costar ríos de lágrimas, angustias, miedos y un sinfín de peripecias. Si alguien se lo hubiese vaticinado en algún momento, ella se hubiera echado a reír de incredulidad.

Su madre, quien siempre había estado presente en los momentos más felices y en los más duros de su vida, le dijo: - "Otra vez te engañó".

Y desde ese momento en adelante, Fátima supo, que debería apelar a toda su fuerza y su magia para encontrar a su hija. Ya nunca más volver a permitir que se abusen de su nobleza, en nombre del amor.

Pues aquello había sido un robo astuto pero malintencionado y le desesperaba no saber el paradero de su niña amada.

Pero no había tiempo que perder ya que cada minuto, lejos de Mariela, parecía una eternidad.

Tuvo que tomar la decisión de dejar temporalmente sus otras dos hijitas, al cuidado de sus padres, y trasladarse a Caracas, a la casa de Elizabeth, una de sus hermanas, quien hacía muy poco tiempo, se había separado de su esposo después de veinte años de casados.

Episodio que en su caso era muy doloroso, pues él había sido su primer novio y el amor de su vida, pero, él tenía otra mujer y ella se había dado cuenta.

Por lo que, fortuitamente, se juntaron "el hambre con las ganas de comer"; las dos hermanas ahora tenían que darse fuerzas y apoyo mutuamente, e intentar salir a flote de aquel vendaval que llovía sin pausa sobre sus vidas.

Rápidamente, Fátima comenzó la búsqueda de la niña.

Al principio, no sabía por dónde comenzar.

¡Podrían ser tantos los lugares! Su cabeza ardía en interminables interrogantes sin respuestas.

Se puso en contacto con una persona que pertenecía a un cuerpo policial de inteligencia, el cual era amigo de Rogelio, uno de sus hermanos.

Esa persona, en sus tiempos libres, se dedicaba a averiguar datos sobre su ex esposo.

Y de a poco le iba trayendo algunas pistas de donde lo habían visto viviendo con su hija; pero la comunicación no fluía con mucha rapidez y cuando por fin llegaban al presunto lugar, se encontraban con la noticia de que ya hacía una semana que se habían ido de allí, sin dejar rastros de su paradero.

Otro dato que este señor le propició, fue un sitio donde al parecer, Leonardo había estado trabajando.

Aquella mañana otoñal, con esperanza en su mirada, Fátima colocó un pañuelo en su cabeza ocultando su cabello largo y rubio, y unos lentes oscuros que le tapaban la mitad de la cara.

Se acercó resuelta a aquel sitio, en compañía del policía. Pasó varias horas, sentada en el banco de una plaza, frente al edificio donde

presuntamente trabajaba Leonardo, esperando verlo salir.

Las horas se sucedían deprisa, y Fátima vigilaba como un radar cada movimiento; sin embargo, no se veía al susodicho por ningún lado.

Viendo que ya la hora de salida de los empleados, había pasado, se acercó a la recepción a preguntar por él.

Una recepcionista un tanto incómoda al ser interrogada, le dijo que justamente la semana anterior, Leonardo había dejado de pertenecer a la firma y no podía darle información sobre su paradero.

Fátima marchó con mil silencios en su garganta, llena de impotencia.

Afortunadamente, contaba con el apoyo y contención de una familia maravillosa y solidaria.

Especialmente Elizabeth, quien se había tomado muy en serio la tarea de encontrar a su sobrina, y no descansaba ni un instante en su pesquisa.

Juntas, cada fin de semana, viajaban a Valencia al reencuentro de sus padres y sus otras dos pequeñas, quienes a pesar de sentir el sufrimiento por la ausencia de Mariela; se las veía alegres y motivadas y entre sus tíos no paraban de hacer planes para cuando recuperaran a su hermanita.

Aquellas navidades, armaron el arbolito todos juntos, incluyendo regalos para Mariela; pues estaban convencidos de que Fátima, muy pronto la encontraría y todo volvería a ser como antes.

Sin embargo, aquellos habían sido meses muy duros para mi amiga zorra, pues su voluntad era reprobada a cada instante al no poder llenar el inmenso vacío que moraba en su interior.

Fátima tenía mucha fe en su corazón y se esforzaba en mantener su espíritu y alegría frente a todos esos duros desafíos.

Sus hermanas, la ayudaban a mantener la alegría.

Como sana catarsis para recuperar su autoestima, solían burlarse de ellas mismas y las cotidianas tragedias que las envolvían por aquellas épocas.

Era una forma de encontrar la fuerza para seguir adelante en esa búsqueda incesante que la atormentaba.

Y pasaron las fiestas de Pascuas y unos meses más, aun sin tener ninguna

pista cierta sobre el paradero de Mariela o de su papá.

Era como si se los hubiese tragado la tierra sin dejar rastro alguno.

-Fátima, yo creo que hay que intentar nuevos métodos de búsqueda... es evidente que lo que estamos haciendo no es suficiente! – sugirió Elizabeth, que veía teñida la desesperanza en los ojos de su afligida hermana.

-Estoy totalmente de acuerdo contigo... toda esta pesadilla me está resultando demasiado larga ya... - tapó su rostro con ambas manos, queriendo encontrar respuestas en su interior. Aquellas respuestas que no se hallaban y la abrumaban incesantes en su cabeza.

Pues la búsqueda les estaba siendo un tanto infructuosa y no veían resultados concretos.

-Anoche pensé mucho en todo esto, y se me ocurrió una idea.

-Cuéntamela por favor.

-Te acuerdas de mi amigo Fermín, de la Facultad?

-Sí, el hermano de Teresa Núñez, la odontóloga.

-El mismo. Se recibió de abogado y tiene un pequeño bufete en pleno micro centro de la ciudad. Si te parece....Yo me animo a pedirle ayuda, que nos oriente mejor sobre este caso.

-Me parece una buena idea hermana – Se le iluminaron los ojos, pensando en aquella posibilidad.

Al otro día, se reunieron en el Estudio, con Fermín Núñez y otros abogados del bufete.

Les sugirieron que contratara los servicios de un detective privado.

Ellos mismos, incluso le recomendaron a un señor que al parecer, era de su confianza y seguramente no dudaría en ayudarlas.

Con mucho entusiasmo, ese mismo día, lo contactaron telefónicamente y quedaron en encontrarse al día siguiente.

Samuel fue sumamente puntual a la cita, y apenas verlo, se dieron cuenta de que, además era una persona muy preparada y agradable.

Conversaron bastante sobre la situación.

Samuel apuntaba datos sobre costumbres, hábitos y gustos de Mariela.

También le pidió fotos de Leonardo y fue de a poco armando un croquis de su búsqueda.

Samuel no era un improvisado, conocía su profesión por dentro y por fuera y por lo que había podido recabar hasta ese momento, sentía una amenaza más latente todavía.

Sin mucho preámbulo, dio su veredicto y alertó a Fátima de un posible desenlace.

El suponía que Leonardo hubiera sacado a su hijita del país, marchándose muy lejos.

A Fátima se le paralizó el corazón al escuchar aquellas palabras.

Sabía que de ser esto posible, sus caminos se verían llenos de obstáculos de toda índole.

Samuel conservaba una mirada pacífica y protectora sobre la situación en general, que al menos le influía un sentido de seguridad y compromiso.

Elizabeth la tomó de la mano, al verla estremecida con la noticia de aquella perversa posibilidad.

Quiso contenerla, pues sabía muy bien que Fátima no se quedaría de brazos cruzados, y si tuviese que cruzar los mares para rescatar a su pequeña, ella lo intentaría todo.

Samuel se marchó asegurándole que trazaría una investigación; primero dentro de Venezuela, y agotaría todos sus recursos para encontrar a la niña; luego contactaría a algunos colegas de agencias internacionales, para que le suministrasen algunas pistas y no descansaría hasta finalmente dar con el paradero de la pequeña Mariela.

Fátima agradeció escuchar estas palabras de fe y de fuerza.

Pues sentía que Samuel era una persona de confianza y sería él quien por fin la rescatase.

A medida que fueron pasando los días, Samuel la mantenía al tanto de sus movimientos dentro de la investigación.

Todos en su familia, estaban pendientes de alguna novedad que los

acercara a Mariela.

Se aproximaba el festejo del Día de las Madres, y Samuel le comunicó que existiendo la posibilidad de que Leonardo llamara a su madre en ese día, él intentaría intervenir la línea telefónica de su ex suegra para así poder localizar la llamada.

Tenía confianza en que esta sería una pista contundente que daría con el paradero de Mariela.

Aquel día, y tal como lo habían previsto, Samuel había podido grabar todas las conversaciones efectuadas en la línea telefónica de esta mujer; pero al parecer, Leonardo no se había comunicado en ningún momento con su madre.

No obstante eso, la llamó a Fátima para que revisara las grabaciones, con el ánimo de rescatar algún que otro dato que a ella le resonara como pista.

Así fue, que Fátima, coleccionó las grabaciones en tres cintas y se dispuso a escucharlas; pero lejos de encontrar alguna clave fidedigna sobre el paradero de Leonardo y la niña; más bien tuvo que escuchar como su ex suegra se empeñaba en hablar pestes sobre ella a toda persona que la llamara; alegando mentiras y calumnias varias en su contra.

Con voz socarrona, comentaba a sus amigas que ella había abandonado a su "pobre hijo" porque él se encontraba sin dinero...y que "ojalá nunca los encuentre"..."total ella se quedó con dos de las niñas y mi pobrecito hijo tiene derecho a por lo menos tener a una".

Fátima hervía furiosa de rabia y de dolor, pues siempre había considerado a esta señora como una madre. Incluso la había ayudado y apoyado haciéndole compañía en momentos difíciles de su vida.

Al parecer, todos aquellos gestos de generosidad y afecto, no habían servido de mucho, puesto que esta señora nada más tenía resentimientos para con ella.

Pero Fátima sabía que todo cuanto decía sobre ella, eran vanas falsedades, que tarde o temprano se diluirían sin fundamento.

Ella era muy trabajadora y había podido tener un prestigioso puesto de trabajo por años, que le permitía traer el pan nuestro de cada día a su hogar, mientras Leonardo se deliraba en multi-proyectos imposibles y negocios para hacerse rico en una semana, que claramente, terminaban siempre fracasando y restando, en vez de sumar.

Samuel siguió investigando muy de cerca cada indicio o presunta señal, hasta que un día ya entrado el mes de Agosto, la llamó a su oficina para decirle que todas las pistas que hasta ese momento había seguido, lo llevaban a aducir que ese hombre, ya no se encontraba viviendo en Venezuela.

Que tenía una corazonada de que podía encontrarse tanto en Santo Domingo, como en la ciudad de Miami. Y que él viajaría a Santo Domingo primero porque presentía que allí podría dar con su paradero.

A Fátima se le anudó el estómago.

Le pidió que tuviese su pasaporte listo y dinero en efectivo, porque una vez que él consiguiera encontrarlo, necesitaría de su presencia allí para confrontarlo y llevar adelante el rescate.

Afortunadamente, Samuel había sido muy explicativo desde el comienzo de la investigación, y Fátima había podido guardar la mitad de su salario cada mes, con el fin de tener un botín de dinero en efectivo que le permitiera moverse en caso de necesitarlo.

Leonardo se había quedado con los pasaportes de todos, por lo que tuvo que gestionar uno nuevo.

Ahora Fátima tenía una hoja provisional en papel sellado con validez por un año, en vez de la tradicional libreta de cartón.

Samuel viajó un día jueves por la tarde, y el día domingo, mientras Fátima, apaciblemente dormía una pequeña siesta, sonó el teléfono.

Era la voz de Samuel del otro lado de la línea.

-¡Fátima! ¡La encontré! ¡Encontré a tu hija! – Mañana deberás tomar el vuelo de Dominicana de Aviación de las 08.00 pm. Podrás comprar dólares en el aeropuerto, antes de despegar. Yo te he gestionado la reservación en el Hotel Jaragua, donde yo mismo estoy alojado. Quédate tranquila que yo estaré esperándote en el aeropuerto.-

Su voz sonaba muy altruista, cargada de esperanza.

Mi amiga zorra, apenas podía responder, puesto que su cabeza ahora procesaba esta información en código morse.

Estaba feliz y a la vez sentía que tenía que lanzarse a un abismo.

-¡Prepara tu escoba mágica hermanita! – Elizabeth la alentaba

emocionada hasta las lágrimas de felicidad.

La adrenalina le recorría las venas en contradictoria felicidad y pánico a la vez.

¡Por fin se encontraría con su hija! Era más que una felicidad. Era la felicidad toda junta.

Al mismo tiempo que sentía un miedo recóndito en su corazón, al no saber con qué se encontraría una vez que llegara allí.

Elizabeth la abrazó y juntas lloraron y brincaron de emoción.

Se reían y lloraban a la misma vez, sin saber qué hacer primero.

Llamó a su mamá para darle el notición y hablar con sus dos niñas para decirles que iría a buscar a su hermanita y prometerles que la traería con ella a como diera lugar.

Aquella inesperada tarde, se sucedieron una cantidad enorme de llamadas para poner al tanto a la familia y a sus otros seres queridos, que recibían esta noticia con emoción y mucha esperanza.

Rápidamente, hizo una llamada a su lugar de trabajo; se comunicó con su jefe, el señor Páez Villoldo, para decirle que no sabía cuándo regresaría al trabajo, pero que si él le guardaba su puesto, ella con gusto, seguiría trabajando para la firma.

Fátima era una persona muy querida por sus compañeros y enseguida le demostraron mucha solidaridad.

El señor Páez Villoldo le dijo que podría tomar todo el tiempo que fuese necesario para recuperar a su hija; que su puesto estaría asegurado, y que además contara con todo su apoyo.

A pesar de los nervios, aquella noche, tuvo un sueño reparador y profundo.

Saber sobre el paradero de Mariela, la inundaba de paz.

Ese domingo por fin despertó, dispuesta a comerse el mundo entero, si fuera necesario.

Una fuerza extraordinaria bombeaba en su corazón. Ya no sentía miedo alguno.

Sabía que contaba con el apoyo de Dios y sus ángeles que la

acompañarían en su conquista.

El rostro de Mariela brillaba latente en medio de sus pupilas.

¡Era lo que más deseaba en el mundo! Ver su carita y poder estrecharla entre sus brazos.

No había tiempo que perder, su vuelo despegaba durante las próximas horas.

Preparó su maleta y en compañía de su hermana y su mejor amiga Aura Marina, marcharon presurosas al aeropuerto.

Tenía que seguir el plan de viaje y logística, tal cual Samuel se lo había manifestado.

Compró los dólares en la casa de cambio del aeropuerto, luego se sentaron a tomar unos refrescos aguardando la salida del vuelo.

Se reían de los nervios, puesto que era un momento difícil abordar lo fortuito.

La voz en el alto parlante anunciando el abordaje al avión, y un abrazo de despedida grande como un océano.

-No regreso a Venezuela hasta que tenga a Mariela conmigo – Sentenció con convicción mi amiga zorra.

Alzó su mano y se despidió impávida.

El viaje no sería largo, pero a Fátima le resultaba interminable.

Al llegar al aeropuerto de Santo Domingo, lo primero que hizo, fue buscar a Samuel, quien la estaba esperando en compañía de un hombre moreno y muy alto.

En ese momento sintió que Samuel representaba a su familia, sus hermanos, sus amigos; representaba todo y todos, ya que era la única persona conocida en toda la isla.

Su corazón estaba ciertamente en sus manos.

Se saludaron e inmediatamente, le presentó al hombre que lo acompañaba; era un chofer del Hotel Jaragua donde Samuel se hospedaba, y quien lo había acompañado durante todas las pesquisas que tuvo que hacer hasta dar con el paradero de Leonardo y Mariela.

Salieron del aeropuerto rumbo al hotel; la distancia era aproximadamente de treinta minutos en auto, tiempo que Samuel aprovechó, expeditivamente para ponerla al tanto de algunos detalles con respecto al cuidado de cada paso que, -desde aquel momento en adelante-, deberían mantener minuciosamente coordinado, para que todo marchase con éxito.

No cabía margen de error alguno, puesto que de ser así, toda la operación se caería.

Lo primero que le dijo, fue que él había hecho la reservación en el hotel, pero que ella debía registrarse con un nombre y una nacionalidad "ficticia", a lo cual ella debía inventarse un nombre fácil de recordar, una nacionalidad latinoamericana que tuviese un acento al hablar, similar al de los venezolanos, asimismo, una dirección de habitación de ese país y un número de identificación personal el cual no podía ser ni el del pasaporte ni el de la cédula de identidad venezolana.

-Ay Samuel, pues ¿cómo haré entonces si me piden mi pasaporte? -

-A ti no te van a pedir el pasaporte porque tú tienes tipo de mujer decente, confía en mí -

Samuel tenía mucha experiencia con estos asuntos y confiaba en su intuición.

Rápidamente, Fátima se inventó una identidad fácil de recordar.

Utilizó el nombre de su hermana con el apellido de uno de los Estados de Venezuela muy corto y fácil de recordar. La nacionalidad panameña, porque el acento es parecido; el número de identificación, era el mismo de su documento, más le había cambiado el primer dígito, - el cual iba repitiendo para no olvidarse- y una dirección fabricada, con los datos de una vieja casona que solían frecuentar con sus familiares cuando era pequeña, claro que en otro país; en este caso: Panamá.

Ordenó los datos, prolijamente en su cabeza tratando de memorizarlos:
Nombre: Elizabeth Lara

Nacionalidad: Panameña. - N° de Identidad: 9.961.532 -Dirección: Colón, N° 361, Ciudad de Panamá, Panamá

Los ángeles parecían estar susurrándole en sus oídos, puesto que las palabras salían de manera muy natural.

Efectivamente, y tal como se lo había adelantado Samuel, no tuvo inconveniente alguno en el registro del hotel y en ningún momento le

solicitaron que acreditara documentación.

Una vez dejado el equipaje en su habitación, Samuel le había pedido que se reunieran a tomar algún refresco en el comedor. De esta manera, bajaría un poco la tensión del viaje, y el aprovecharía para ponerla al tanto sobre los pormenores de todas las investigaciones que había realizado y planificar los movimientos del día siguiente.

Samuel la invitó con una piña colada, que a los pocos minutos comenzó a relajarla y permitir distender los nervios que llevaba.

Durante la cena, le fue contando todas las peripecias que había tenido que pasar hasta dar con el paradero de su hija y en tiempo record, tomando en cuenta que sólo tardó dos días para encontrarla.

Planificaron cada detalle con prolijidad y finalmente coordinaron que al día siguiente, irían a las cercanías del colegio donde estaba estudiando Mariela, para lo cual tenían que estar levantados desde muy temprano, cosa de llegar antes de que comenzaran las clases.

Fátima se fue a dormir, bastante tranquila pese a saber que al día siguiente comenzaba su aventura de rescate y la expectativa por el reencuentro con su niña después de esos largos meses sin saber absolutamente nada de ella.

Se levantó a las 6:00 am. Tomó un baño rápido, se vistió y, a medida que se iba acercando la hora de salir, se iba sintiendo cada vez más ansiosa y su corazón parecía que se iba a salir de su pecho.

Bajó a la cafetería del hotel a tomar el desayuno y se encontró con Samuel, quien la estaba esperando desde muy temprano.

Al verlo, se tranquilizó; pues afortunadamente es una persona que sabe infundir confianza y a la vez con un gran sentido del humor, que hacía que Fátima se sintiera cómoda y segura.

Desayunaron y fueron en busca de Esteban, el chofer que los llevaría hasta el colegio. Él ya estaba listo esperándolos, por lo que partieron en seguida.

En el camino, Samuel le relataba cómo Esteban lo había ayudado en la investigación.

Se había tenido que hacer pasar por un técnico de electricidad para tocar a la puerta del apartamento donde vivía Leonardo, de manera de asegurarse que en efecto, allí estuvieran concretamente.

Y conjuntamente con su relato, Fátima se enteró que Leonardo y Mariela estaban viviendo allí con una mujer dominicana de nombre Beatriz.

Dato totalmente de creer conociéndolo a su ex marido que abundaba en amoríos eclécticos.

Siguieron el recorrido, hasta que en un cruce de avenidas, Esteban le avisó que se echara al piso, para que nadie pudiera verla, pues estaban pasando por el vecindario donde vivía Mariela.

Ahora Fátima temblaba emocionada, sabiendo que se acercaba aquel momento tan esperado.

Por fin llegaron al sitio; estacionaron el auto cerca de unos matorrales, para no llamar la atención.

Se encontraban en la esquina del colegio, desde donde podían ver todos los autos que se acercaban a las puertas, omitiendo ser divisados desde allí.

Eran las 7:30 am. El sol asomaba suavemente y la tensión también.

Encendió un cigarrillo y vigilaba atentamente cada movimiento, al lado de Samuel.

Con minuciosa atención observaba cada uno de los niños que iban ingresando al colegio. Con sus uniformes, todos se veían muy parecidos desde lejos.

Aquellos minutos eran eternos y Mariela no aparecía.

Fátima seguía echando humo de cigarrillo, pues los nervios ahora estaban a flor de piel.

Miró su reloj; ya llevaban más de una hora allí parados y su cajetilla de cigarrillos se estaba terminando.

Por fin, abrió la boca.

- Samuel, el detective eres tú, pero yo he observado que los niños que han entrado al colegio son de menor edad que Mariela, ¿qué estará sucediendo?

-Tienes razón, pues entra al colegio y pregunta - Le dijo Samuel.

-Pero... ¡me voy a poner a llorar!

-No importa. Tienes que hacerlo, yo iré luego.

No le quedó más remedio que empuñar valor, caminar hasta la entrada e ingresar al colegio.

En ese momento, casi en las escalinatas del pórtico, se le acercó una joven morenita muy bonita y le dijo:- Usted, ¿es la mamá de Mariela Lozano?

Fátima experimentó una mezcla de susto, sobresalto y terror, al ser descubierta repentinamente.

Pero ella inmediatamente la tranquilizó y le dijo que era la maestra de su hija.

Y en tono confidencial, le contó que Mariela era muy unida y confidente con ella y le había enseñado unos álbumes de fotos donde estaban juntas también con sus hermanitas.

Seguidamente, le hizo la observación de que Mariela estaba sufriendo mucho por estar lejos de ella y que debería llevársela junto a ella cuanto antes fuera posible.

Los sentimientos rodaban de la cabeza al corazón como en una montaña rusa; aun así confiaba en que todo saldría bien. Pues no podría ser de otra manera.

Preguntó entonces, por qué la niña no estaba en el colegio, y ella le explicó, que el viernes anterior, las clases habían terminado y que solo quedaban los grados más pequeños, que terminarían esa misma semana.

Fátima no podía parar de llorar, pues la emoción desbordaba su alma.

La joven maestra ofreció llevarla junto al Director del colegio, porque estaba segura de que él podría ayudarla.

Así lo hizo, la maestra la presentó y le dijo que ella había hecho el viaje solamente para ver a su hija.

Samuel también apareció en la dirección apoyándola.

El director los escuchó muy diligentemente y le pidió entonces a la maestra, que fuera ella misma hasta la casa de Mariela y la buscara con la excusa de tener que ayudarla a corregir cuadernos de los niños que aún estaban en clases. Y que no le dijera que su mamá la estaría esperando allí.

Si bien había accedido a darles la mano y ayudarlos, también les solicitó, que en caso de querer llevarse a la niña, no lo hicieran directamente del colegio, puesto que lo comprometería sustancialmente, incluso hasta correr riesgo de que le cerraran la escuela; pero que podían aguardar allí en la Dirección hasta que Mariela estuviese segura con su maestra.

Desde luego, que Fátima juró no perjudicarlos de ninguna manera y agradeció todo el gesto de solidaridad que estaban teniendo para con ella.

Durante la espera, el Director la hizo sentir muy orgullosa de su hijita, pues le dijo, que ella había culminado su 5° grado de primaria como una de las mejores alumnas que habían pasado por ese colegio y, que había sacado notas sobresalientes en historia y geografía de República Dominicana.

Había sido escogida para bailar danzas folklóricas de ese país, y a tal efecto le tocaba asistir todas las tardes a los ensayos.

Fátima se sentía muy llena del amor de Dios y sumamente bendecida por la hija que tenía.

Finalmente, la maestra llegó para decirles que ya Mariela había llegado y la estaba esperando arriba en uno de los salones.

Recogió los cuadernos que iban a corregir y subió al primer piso.

El Director los hizo esperar unos minutos más y luego los acompañó hasta el salón donde se encontraba la niña junto a su maestra.

Apenas abrir la puerta, ella se volteó a ver y sus miradas se cruzaron como dos palmas en rezo.

En fracciones de segundos, aquel destello de alegría, se convirtió en un tempano de hielo.

Fátima se acercó a su lado y ella se puso más tensa todavía, y aquella mirada que se transformara en hielo, ahora se llenaba de rabia y resentimiento.

No dejó que su mamá la besara.

Se paró y le dijo:

-Vamos a la casa para que mi papá te vea.

Sorprendida por el gesto, Fátima le explicó que eso no sería posible, pues de enterarse su padre, que ella estaba allí, no permitiría que se volvieran

a ver.

Con su vocecita resuelta, le dijo que su papa la amaba y que por "su culpa" y por haberse ido con "otro hombre", había deshecho el hogar y la familia hermosa que tenían.

Lo miró a Samuel de pies a cabeza, con un odio indescriptible, pensando que era el supuesto hombre con quien ella – según palabras de su papá – se había marchado.

Fátima entonces, tomó aliento y presentó a Samuel. Le explicó quién era y a qué se dedicaba. Subrayó, que gracias a él, y sus investigaciones, ahora podían estar juntas.

También resumió que ella jamás se había ido con nadie, pero que, había muchas cosas que ella no sabía y que probablemente nunca le contaría porque ella no la iba a envenenar en contra de su papá.

Mariela le dijo con voz desesperada, que su padre la amaba y que estaba dispuesto a dejar a la mujer con quien vivía, si ella regresaba con él.

Por lo que Fátima entonces le dijo que pensara...-¿qué clase de persona era capaz de enamorar a alguien, venirse con ella a su país y luego dejarla porque la esposa regresó con él?-

Mariela bajó la guardia y se sentó a su lado; comenzaron a hablar entre lágrimas y más lágrimas de tanta emoción desbordada.

Samuel, discretamente las dejó solas para que pudiesen abordar aquel caudal de sentimientos divididos.

Fátima le contó que había pasado muchos meses buscándola; que sus hermanitas la extrañaban mucho y que, afortunadamente, Samuel la había encontrado.

Que lo que más deseaba era poder disfrutar de ella los pocos días que iba a estar en la isla, que tal vez podrían salir juntas a comer helados, a bañarse en la piscina del hotel, o hacer algo divertido.

Estaba ansiosa por recuperar el tiempo perdido lejos de su niña.

-Mami, prométeme que tú no me vas a llevar. -De pronto, sus ojitos se apagaron, preocupados.

Aquella era una promesa que justamente, no podría emitir, ya que precisamente el propósito de su viaje era ese.

-Prométeme que no le vas a decir a tu papá que yo estoy aquí, porque si él se entera, no va a permitir que nos volvamos a ver. – Fátima tenía que ser cautelosa y guardar compostura a pesar del desborde de sus emociones.

Por fin, Mariela accedió y quedaron en que ella pasaría a buscarla por la puerta del colegio, esa tarde como a las 3:00 pm.

Iba a decir en su casa que tendría ensayo del baile para la fiesta de fin de curso, lo cual era verdad.

Junto a Samuel y Esteban, regresaron al hotel.

Fue realmente asombroso ver todas las aristas que Samuel tenía cubiertas para lograr el mejor desenlace en ese episodio tan duro y difícil al que mi amiga zorra se estaba enfrentando.

Al llegar al hotel los estaba esperando una abogada de gran reputación en República Dominicana, la Dra. María Rosa Campos, quien además, gozaba de bastante influencia en los ámbitos del alto gobierno de ese país.

Samuel la había contactado tan pronto tuvo conocimiento de la ubicación de Leonardo y de la niña, con la finalidad de que los asesorara respecto a los posibles caminos que debían tomar para la culminación exitosa de aquella aventura de horror que les había tocado vivir.

Se reunieron en la terraza del hotel, junto a la piscina, en lo que parecía más bien una reunión de tres amigos que estaban disfrutando de un mediodía con piñas coladas y bocadillos.

La abogada expresó que la forma más perfecta de solucionar este caso, era que ella pudiera convencer, esa misma tarde, a Mariela, de que debía regresar a su lado y que, desde luego, sustrajera su pasaporte para que esta abogada, utilizando sus influencias, lo hiciera sellar en el Ministerio de Relaciones Interiores de ese país, con el permiso para viajar con su madre y el permiso para poder comprar un boleto aéreo a su nombre.

Samuel ya había investigado, que tanto su ex esposo, como la niña, gozaban de residencia legal en esa ciudad y por lo tanto, ella necesitaba ese permiso para abandonar el país.

La otra posibilidad, en caso de que la primera no fuera factible, era plantear una demanda de divorcio -la otorgarían en no más de dos días- y solicitar la custodia de su hija, aduciendo que fue raptada por su padre y que él no estaba en situación de darle estabilidad, ya que tenía problemas legales en Santo Domingo.

Esto era un hecho factible, ya que Samuel lo había investigado y por lo que tenía en su conocimiento, Leonardo podría ser deportado en cualquier momento.

Obviamente que la Dra. Campos, expresó que ella estaba segura y confiaba en que Fátima sabría manejar la situación y convencería a Mariela de viajar de regreso junto con ella, sin mayores problemas.

Luego, la abogada le dio su tarjeta personal de manera de que ella pudiera localizarla tan pronto tuviera la decisión de Mariela y su pasaporte en sus manos.

Tanto Samuel como sus familiares, habían considerado diferentes opciones y desenlaces para poder rescatar a Mariela.

Su hermano Carlos, que era piloto, había elaborado un plan alternativo en caso de ser necesario.

Tenía un amigo que volaba en el mismo aeroclub y era dueño de un avión pequeño pero con bastante autonomía de vuelo.

En caso de que Mariela no accediese a viajar con ella o que se sucediera algún inconveniente de último momento, habían pensado, en que podrían raptarla con la ayuda de Esteban, el chofer y luego abordarían el avión con su hermano y su amigo piloto y en forma clandestina, regresarían todos a Venezuela.

Era definitivamente un plan demasiado arriesgado, y claramente ilegal. Pero la desesperación de una madre, se abre a diferentes alternativas a la hora de recuperar a su hija.

Este era un plan extremo que con el favor de Dios, no tendrían que utilizar jamás nunca.

Al menos por el momento, Mariela había accedido a pasar la tarde con ella y mantener su reunión en secreto.

Luego vería de qué manera concretar el regreso a Venezuela.

Aquella tarde singular, y como lo habían congeniado, Fátima pasó a recogerla a las tres de la tarde, frente a los matorrales que quedaban al lado de la entrada del colegio, a donde ella había esperado esa mañana que Mariela apareciera.

El trayecto a buscarla fue igual al anterior; tenían que tomar todos los recaudos posibles, para evitar ser vistos en el vecindario, por alguien que

pudiese reconocerlos.

Fátima prefirió ir agachada dentro del auto, con tal de no poner en tela de juicio la ejecución de su plan.

Se reencontró con Mariela, tal cual lo habían previsto y marcharon rápidamente hacia el hotel.

Ahora más distendidas, conversaron sobre sus hermanitas, sus abuelos y tíos que tanto la amaban y estaban esperando su regreso.

Mariela estaba curiosa de saber sobre ellos durante tanto tiempo.

Hablaron de trivialidades, sin embargo no tocaron el tema de su "posible" regreso a Venezuela.

Subieron a la habitación y la niña se dispuso a ponerse su traje de baño entusiasmada con la idea de zambullirse en la piscina del hotel.

Bajaron, y allí las estaba esperando Samuel, quien estaba preparado para lanzarse a la piscina también.

Mariela, lo saludó con una sonrisa y se zambulló al agua junto con él y jugaron un rato en la piscina, de manera apacible.

Luego compartieron unos helados y, de a poco, aquel hielo que congelara su alma en dudas, se iba desintegrando y Mariela volvía a ser la niña adorable que siempre había sido.

Subieron a la habitación para cambiarse, pues tristemente, había que regresarla a su casa.

Le secó bien su cabello y ella comenzó a registrar la maleta de su mami, con esa curiosidad que todas las hijas tienen en descubrir la ropa de su madre.

En ese momento, Fátima volvía a sentir esa paz de saber que su niña era la de siempre.

Por un instante se borraron todos los malos ratos que habían sufrido ambas.

En el camino de regreso, mi amiga zorra, aprovechó para hablarle de su vida en Caracas, de sus hermanitas, en general de la familia en pleno, para animarla.

También le habló de su trabajo, de cómo todos estaban pendientes de ella

y de lo mucho que todos la extrañaban.

Llegó el momento de hablarle de la situación que ella estaba viviendo en ese país, de la situación legal de su papá en República Dominicana, y los peligros que ello constituía para ella también.

Tuvo que ser muy franca con ella y contarle lo que Samuel había investigado. No para asustarla, pero para que supiera la situación tan difícil que sería para ella, si a su papá se lo llevaban preso.

Ella no tenía a nadie más que a la señora que estaba viviendo con su papá y, cuando las autoridades supieran que ella no tenía familia allí, probablemente, se la llevarían a un retén de menores, mientras se pudieran comunicar con su familia en Venezuela.

Lo más adecuado para ella, sería que regresara junto con su mamá a Venezuela; pues allá le esperaba una vida con sus hermanas y toda la familia que la amaban con locura y no veían la hora de su regreso.

Fátima enfatizó que ella no le podía ofrecer lujos, pero sí una vida estable, donde no le iba a hacer falta nada y tendría todo el amor y cariño de sus hermanitas y su bella familia.

Continúo hablándole e intentando convencerla.

-Esta noche, mi amor, consulta con tu almohada y piensa qué es lo que tú deseas para ti, qué es lo que tú piensas que más te conviene.

-Si tu respuesta es regresar con mami, entonces es necesario que consigas tu pasaporte y, cuando mañana yo venga a buscarte, lo traigas contigo, para poder arreglar todo lo necesario para que viajes conmigo.-

Mientras pronunciaba aquellas palabras, su corazón lloraba consternado y solo pensaba en que nunca le iba a poder perdonar a su ex esposo, el haber obligado a que Mariela tomara una decisión de vida tan importante, con solo once años de edad.

Mariela era además de muy buena, una niña muy educada y madura.

Sabía que lo que su mamá le decía, era por su bien.

Y a pesar de quererlo mucho a su papá, entendía que había sido robada por él y esto nunca iba a ser algo bueno.

Conversaron sobre cómo sería su regreso y ella accedió a seguir el plan sin titubear y confiando que todo saldría bien.

Con la ayuda de la abogada Campos y la estrategia de Samuel, finalmente pudieron regresar a Caracas sin problemas.

Ahora con la compañía de sus tres brujitas pequeñas, mi amiga zorra, finalmente podía dormir en paz.

Zorra # 9

Una Diosa Zorra

Cuando nos conocimos, inmediatamente percibí que éramos de la misma "tribu", a pesar de haber nacido en lugares muy diferentes y bajo distintas circunstancias.

Al acercarme a su cálida mirada, la sentí como una hermana estelar; como si ya nos conociéramos de otras vidas, de otros universos tal vez.

Reconocí en ella su sabiduría ancestral y me dejé guiar por sus coordenadas planetarias -las cuales me abrieron puertas al conocimiento de mi propia esencia.

Recuerdo que en aquel entonces, me habían invitado a participar de un ritual de liberación de los indios 'comechingones', en las cercanías a un cerro muy popular llamado Uritorco; en el noroeste de la provincia de Córdoba.

Allí se congregaban personas de todas partes del mundo. Algunos, que llegaban con la intención de recibir el legado de las tradiciones indígenas; otros como yo, con la curiosidad de aprender a conectarse con los elementales de la tierra, el agua, el fuego, el aire, y oxigenar la mente y el alma con el espíritu de la montaña.

Y muchos, para escuchar el mensaje que aquella Diosa chamana, traía desde las tierras del Mayab, y que inspiraban a seguirla, como alguna vez lo hicieron Pedro y Juan el Bautista, al Maestro Jesús.

Apenas tenía nueve años de edad, Arumah, ya se comunicaba con el lenguaje sutil de la naturaleza.

Sentía una gran atracción por visitar los lugares sagrados y templos mayas donde apenas tocaba las piedras, estas le transmitían un

conocimiento singular, que solamente ella podía decodificar.

Al contarnos sus comienzos en este caminar, recuerda con simpatía, que a través del contacto con diferentes plumas, un mensaje le fue revelado por aquel entonces. Pues el mismísimo Quetzalcóatl se manifestaría a través de un llamado en forma de contundentes voces, marcando un destino espiritual en su vida y el cual debería atravesar océanos y continentes para llevar el mensaje a otras personas.

Muy pronto así, Arumah se convirtió en descifradora de códigos e intérprete de una información muy importante para la humanidad.

En aquella oportunidad, había sido invitada especialmente para dirigir el ritual de liberación que se llevaría a cabo durante la flamante luna llena de abril, en pleno otoño serrano.

Hasta ese entonces, yo no había tenido la oportunidad de hablar con ella. No obstante, tenía conocimiento de su trabajo, a través de las palabras de otras amigas zorras, y me hacía ilusión ir a la montaña a conocerla.

Pero para no hacer el trayecto sola, extendí la invitación a Moria, -otra zorra, a la cual le dedicaré un apartado especial - pues su historia merece unas cuantas páginas en vivo detalle-.

Manejamos durante dieciséis horas para llegar a aquel sitio encantado. Y digo encantado con todas las letras de su significancia, ya que estando allí, uno se sumerge en una especie de espacio sin-tiempo, donde todo puede suceder.

Todas las personas que han tenido la oportunidad de visitar aquellas tierras, y están leyendo estas palabras, saben muy bien a que me refiero. -Y quienes no han visitado nunca el Cerro Uritorco ² - les sugiero que lo hagan, al menos una vez en la vida. Es un lugar muy especial donde la conexión con la fuerzas de la naturaleza se intensifica y donde uno puede encontrar respuestas desde el plano interior con facilidad.

Apenas le comenté a Moria que tenía intenciones de acercarme a la montaña, percibí su entusiasmo. No era la primera vez que juntas, nos escapábamos del ruido de la ciudad. Sabía que lo pasaríamos estupendamente y de paso, nos serviría para purificarnos de las toxinas de la gran urbe.

-Hola Moria, ¿estás muy ocupada este fin de semana? – recuerdo que le pregunté.

-Hola, justamente, ipensaba llamarte, para hacerte la misma pregunta!

-se le notaba en la voz su predisposición a la aventura.

² Lo explico en detalle en mi libro "Mándala de Cristo".

-¿Por? ¿Tienes algún plan? -

-Tenía ganas de que visitemos algún sitio diferente. Que nos escapemos de la ciudad. - su tono en la voz, muy vivaz, delatando su optimismo.

-¡Justamente te iba a invitar a que me acompañaras a la montaña!

-¿De veras? ¡Qué casualidad!

-Sí, me llegó una información por correo, que una Sacerdotisa Maya va a estar en Capilla del Monte dando unas charlas y el sábado se reúnen en el Cerro Uritorco para hacer un ritual chamánico.

-¡Me encanta la idea! Es justo lo que necesito: respirar aire de sierra y conocer gente nueva. -

Con muy pocos preparativos, y deseos de explorar nuevas aventuras, dimos rienda suelta al improvisado viaje a las sierras cordobesas.

El largo viaje desde la capital, nos resultó bastante ameno a pesar de la distancia y al llegar a las sierras, el sol nos abrazó mansamente.

Ya ubicadas en el hotel, nos cambiamos de ropa y nos preparamos para disfrutar cada minuto de la maravillosa y sincrónica confluencia.

A pesar de ser verdaderas zorras de ciudad, estábamos abiertas a la exploración de lo autóctono y nuestra primer parada fue a tomar un delicioso "te de burro" - especialidad de la sierra y aroma anfitrión para nuestra jornada espiritual.

Me costó convencer a Moria de que el fabuloso té nos ayudaría a sintonizar mejor con las energías del ambiente, pues su olfato no reaccionaba como el mío.

-¡Este té... tiene olor a mierda Clo! ¿Estas segura de que es saludable? -
Frunció la nariz poniendo cara de asco, mientras echaba una cucharadita de miel en su taza. Por suerte, al rozar su paladar, el sabor era mucho más deleitable.

Sentadas frente al omnipotente Cerro Uritorco, abrimos nuestras fosas nasales y cada poro de nuestra piel se fue hinchando hasta que, como un globo pinchado, nos desinflamos en suspiros infinitos.

-¡Ahhhh...esto es aire puroooo! – queríamos cargarnos del oxígeno cristalino con el primer soplo.

Era la hora de la siesta y las calles polvorientas del pueblo, bajaban de a poco nuestro ritmo atropellado; haciendo nuestro caminar más pausado y terráqueo.

Dos muchachas jovencitas se acercaron dando vueltas carnero y exhibiendo trucos gimnastas con cintas multicolores, nos dieron la bienvenida a este mágico lugar.

También un guitarrista nos deleitó con una zamba tradicional.

Ya no estábamos en la ciudad de las máscaras, donde la gente ni se mira a los ojos.

Aquí, las miradas, eran el pasaporte al viaje interior. Comenzamos a sentirnos muy a gusto en este lugar.

Cruzamos la plaza contagiados de una inmensa alegría sin nombre. Aquella que nos sorprendiera desde adentro y la cual nos hacía tanta falta.

Un jardín custodiado por esbeltos rosales y en el fondo un quincho del cual emanaba el inconfundible aroma a incienso oriental.

Despacito nos acercamos para ubicarnos entre la gente que sentada en ronda, escuchaba atentamente el mensaje que Arumah traía desde lejos.

Siempre había resonado en mí, aquel lenguaje multidimensional galáctico y ahora estaba ante alguien que podría tal vez comprender mis propias percepciones.

Sentía una alegría infinita con solo escuchar el sonido de su voz; su calma, su temple y su sonrisa magnética.

Al terminar su presentación, el evento continuaba con la exposición de otros eruditos en materia de mensajes astrales.

Observé que Arumah caminaba hacia el fondo del patio y me tenté en seguirla.

-¡Hola! Espero no te moleste mi compañía.

-¡Claro que no! –sonrió y me miró francamente. Caminamos unos doscientos metros hacia el encuentro con un arroyito, donde las piedras

parecían estar encendidas con luz y el agua formaba un espejo radiante.

Nos quitamos los zapatos y sumergimos nuestros pies en aquellas frescas aguas cristalinas, mientras paradas frente a frente, conversábamos.

Mirándonos a los ojos, nos extasiamos con el ritmo majestuoso del agua y compartimos pequeños fragmentos de nuestras vidas.

El tiempo había hecho una pausa y nuestras almas jugaban infantiles en las plazas del éter.

De pronto sentí la voz de Moria que me llamaba buscándome en los jardines, y como si fuera una niña haciendo alguna travesura; salí a su encuentro de inmediato.

Arumah nos invitó a participar del ritual nocturno que se llevaría a cabo allí mismo, muy cerquita del río, al caer el crepúsculo.

Habíamos quedado hechizadas por su presencia y no podíamos dejar de asistir.

Dimos unas vueltas por la plaza haciendo tiempo y aprovechando visitar la feria de artesanías, en donde los artesanos del lugar exhibían sus productos naturales, y artísticos; y donde se podían conseguir cristales de cuarzo y una variedad de piedras semi-preciosas regionales.

Nos volvimos a encontrar con el joven guitarrista, que muy amablemente, nos ofreció guiarnos por las tiendas.

Así fue como visitamos casi todos los comercios de la zona. Pues al parecer, Norberto tenía muchos amigos y nos iba presentando de a uno por vez.

La gente nos abrazaba como si fuéramos pertenecientes a una especie de "clan" o familia cósmica, y todos se alegraban mucho al vernos.

Paramos también en algunos restaurantes donde aprovechamos para tomar unos refrescos, mientras el sol de a poquito se iba escondiendo entre las sombras de los cerros.

El campanario de la Iglesia tocaba las ocho, y una multitud de gente vestida de blanco, se congregaba alegre frente a la plaza.

Varias mujeres vestidas con plumas y collares indígenas iban sahumando a la gente a medida que ingresaban al gran círculo.

Salvia, palo santo y copal para purificar los chakras y elevar la sintonía.

También se acercaron músicos y personas con tambores que cantaban al unísono, los cantos de la tierra.

Todos con mucho respeto vigilaban el fuego que se iba armando en el centro y que tenía la misión de liberar las almas que habían sido atrapadas en el dolor de la injusticia, desde los tiempos de la colonización y donde miles de indios comechingones habían sido desterrados y acribillados como salvajes sin piedad.

Había llegado el momento de sanar antiguas heridas y Arumah comprendía esa necesidad que radicaba en los planos astrales; ahora motivo de nuestra convocatoria.

Los ancianos de las tradiciones mapuches también se acercaron al círculo y cantaron sus plegarias.

Me emocioné hasta las lágrimas cuando uno de los ancianos más jóvenes, recitó un viejo poema mapuche acompañado por los sonidos de los tambores; parecía que la tierra misma temblaba de emoción.

La fogata comenzaba a enardecerse y todos danzábamos alrededor.

Arumah comenzó a comunicarse en la antigua lengua maya, pidiendo la liberación etérica de las almas que alguna vez moraron aquel suelo terrestre.

Arrollada por el fervor del ritual, yo también me acerqué al fuego; sin advertir que podría resultar hasta peligroso. Pues en una de esas vueltas, la larga falda se enredó en una de las ramas, Arumah rápidamente me tomo de la mano, intentando socorrer mi incidente, pero en medio de la confusión, también ella enredó su poncho junto con los leños y casi...inos quemamos en la hoguera!

Moria me miraba tiesa en pánico, sin poder comprender si aquello era parte del mismo ritual, o de verdad, y por accidente, el fuego presumía devorarme.

Por fin, las personas que rondaban el fuego, nos ayudaron a soltarnos y si alguna alma traviesa, aún moraba en la cercanía, seguramente se estaría despidiendo: riéndose a carcajadas.

El ritual terminó al apagarse la última lumbre.

Junto a Moria y Norberto salimos a caminar, contemplando la magnificencia de una luna llena encantada. Los cerros se refugiaban en la oscuridad de la noche y estas amigas zorras querían liberar sus propios

demonios internos.

Tomamos un par de cervezas en una taberna escondida. Moria alzó la voz:

-¡Una ronda de tragos para todos los presentes! – y puso un par de billetes sobre el mostrador.

La gente nos miraba como si fuéramos dos extraterrestres. ¡Imagínense! Dos zorras con melenas largas y rubias y vestidas de blanco. Resaltábamos en la covacha polvorienta.

Una de las mujeres se acercó muy entusiasmada y chocó copas en un brindis.

Al abrir su boca alcoholizada, pronunciando la enhorabuena, vimos que le faltaban prácticamente todos los dientes. Un señor de barriga abultada también se acercó para brindar agradeciendo su trago.

Creo que Moria en su efusividad, no se había percatado del espectro que habitaba el lugar. No sé si por susto o precocidad, pero en un momento, dio un salto y trepó a una de las mesas, poniendo distancia entre su meneo y el resto de residentes.

Yo, aplaudí su baile unos instantes -como para que se relajara- y le tendí mi mano para que juntas saliéramos corriendo de aquel lugar que parecía un tren fantasma; -cuando uno se sube todo se ve lindo, pero una vez en su interior, da ganas de gritar a viva voz.

Entre rituales de humo y alcohol, perdimos la noción del tiempo y ya avanzada la madrugada, no teníamos forma de regresar al hotel.

Norberto, muy amablemente, nos invitó a pasar -lo que restaba de noche- en su casa.

-¿Dónde queda tu casa? ¿Seguro que podemos quedarnos contigo? – preguntó Moria con modestia, mientras caminábamos.

-Si claro, es cerca de aquí; hay que atravesar el bosque. Hace rato que no vengo por aquí, porque suelo quedarme en el pueblo; acotó.

El muchacho parecía decente y de buena fe, por lo que decidimos seguirlo.

Allí comenzó la verdadera magia. Aquel bosque...era un bosque encantado!

Bajo un manto de estrellas luminosas, fuimos atravesando diferentes malezas y animales.

Incluso hasta un pequeño arroyo en el cual, recuerdo, mojé mis pies cansados y podía escuchar los ruidos de los grillos que sonaban como un coro de ángeles.

Los sonidos eran muy sofisticados en aquel sitio. También los aromas que se mezclaban entre los árboles y los claros. Nunca sentí miedo, a pesar de la oscuridad y lo desconocido.

Se percibía una paz inmensa y se respiraba un aire cargado de energía luminosa protegiendo aquel bosque; tanto, que las plantas parecían ir abriendo nuestro paso.

Sentimos unos chasquidos tan exóticos que preguntamos a Norberto que sería, y este desenfadadamente nos respondió, que eran los gnomos del bosque que hacían esos extraños ruidos al caminar.

Caminamos un largo trecho, hasta que en algún momento, sentimos que nos habíamos perdido.

Pero el muchacho nos aseguró que ya estábamos muy cerca. Por fin llegamos al lugar.

-¡Bienvenidos a mi casa! Si bien es pequeña, el corazón es grande...- anunció.

Las dos nos miramos sorprendidas; y un leve mutismo nos pasmó al comprobar que allí no había ninguna casa.

Nunca comprendimos si Norberto hablaba con inocencia o nos había tomado el pelo todo el tiempo.

Pues su casa, era en realidad una carpa de lona para dos personas que en su interior tenía dos colchas humedecidas por las lluvias y olían muy mal.

No pudimos reprocharle nada y el cansancio tranzaba con la posibilidad de un pequeño resguardo.

Apenas faltaba una hora para el amanecer y ya habíamos caminado toda la noche.

Los tres nos desplomamos sobre las hediondas cobijas.

Con el primer rayo de luz, Moria tomó mi mano y juntas regresamos por

el bosque nuevamente.

Por suerte en el hotel nos esperaba una espumante ducha de agua caliente y un desayuno con café con leche y medias lunas con vistas al cerro, que nos hacía olvidar la odisea de la noche anterior.

¿Lo habríamos soñado quizás?

Regresamos a la ciudad con una nueva energía. Llenas de optimismo y –curiosamente- enamoradas de los cerros, los ríos, el bosque y los grillos.

Arumah, siguió su camino por otras latitudes y mi corazón se abrió a su mensaje dorado.

En la cima, los cóndores volaban felices y festejaban la danza solar del nuevo tiempo.

Zorra # 10

Una Zorra...

Una amiga zorra

La noticia de la nominación al Premio de Literatura, cayó de sorpresa en el inbox de mi casilla de correo.

Sinceramente, no lo esperaba -justo - en ese momento; pues al leer el correo con más detalle, me colmó una emoción enorme y al mismo tiempo, sentí que era "tan oportuno".

Hacía apenas unos días atrás, habíamos hablado con algunas de mis amigas zorras y precisamente, sin siquiera sospecharlo; fantaseábamos con la posibilidad de un encuentro de Zorras viejas en algún lugar del caribe.

¿Casualidad?...

La convocatoria se llevaría a cabo en el extraordinario hotel Paradisus de Punta Cana, República Dominicana. ¡Que más caribe que eso! ¿Verdad? Evidentemente, allí estaba también la mano de Dios, arrimándonos con la inocente excusa de un fortuito encuentro.

Leí el correo nuevamente. En cierta manera, me resultaba increíble la

sincronía.

Tomé el teléfono sintiendo mi corazón agitado de emoción.

¿A quién llamaría? Tendría que pensarlo primero, ya que una vez que lanzara aquella flecha chismosa, los acontecimientos se sucederían todos en cadena muy rápidamente.

Tomé mi agenda para revisar el calendario y asegurarme de que en esas fechas, un viaje relámpago al caribe, fuera posible. No quería ilusionar a nadie sin saber si yo misma podía darme tal espacio.

Tal y como lo mencionara anteriormente, se notaba la mano divina en la trama, pues las fechas coincidían con el período de vacaciones.

Conté los días y faltaban apenas diecinueve. Nos daría tiempo a coordinarlo todo.

Respiré profundamente y tomé casi media botella de agua, de un saque, mientras mi cabeza giraba en ideas y posibilidades para compartir con el resto de mis Amigas Zorras.

Mensaje de texto: era Bianca que me enviaba un saludito y preguntaba:

-¿Estás libre hoy?

Era evidente que sin mucho esfuerzo, las fichas se irían moviendo para lograr acercarnos.

Preferí llamarla para contarle lo del premio y tantear su posición.

-Hola Bianca! Me parece que la brujita eres tú no yo! Puesto que justamente tengo cosas para contarte.

-¡No me digas que es sobre el encuentro?!

-¡Sí!

-Me nominaron para recibir un premio por mi última novela y ¿a que no adivinas dónde será?

Las dos gritamos al unísono: ¡en el Caribe!

-¡Felicitaciones amiga! ¡Qué emoción!

-Eres la primera en enterarte por lo que te pido que me ayudes a

coordinar todo.

-¡Ni lo dudes! Me siento feliz por ti y también por lo mucho que nos vamos a divertir!~

Era una noticia que además de ser muy buena, traía "cola", puesto que sería la excusa perfecta para nuestro soñado viaje.

Con la ayuda de Bianca, Fátima y Alex, al cabo de una semana de organización y minuciosa logística, teníamos todo nuestro itinerario coordinado para pasar una semana en Punta Cana todas juntas.

Faltaba la confirmación de Arumah, que estaba de gira por Suiza y tenía que verificar las fechas para poder llegar.

Daniela y Raquel ya habían arreglado para viajar juntas desde California.

Y el resto, estaban confirmadas y muy entusiasmadas con el evento.

Bianca sería la primera en alojarse, ya que su viaje coincidía con su agenda de trabajo y podía esperarnos y hacerse cargo de recibirnos y ser nuestra guía en el lugar.

Yo nunca había estado antes allí, y contar con la ayuda de Bianca era una bendición adicional.

Últimos detalles de organización junto con Marie mi editora y lista para emprender mi travesía, me senté en el patio a tomar una taza de café y observar el atardecer que imponía un sol anaranjado bellissimo, mientras me despedía de mis mascotas. Me sentía feliz de saber que por fin nos reencontraríamos todas las zorras.

Un viaje sin contratiempos y ya instalada en el hotel, Bianca me esperaba en el lobby.

-¡Clau! ¡Aquí estoy! – Agitó su mano para hacerse ver desde los sofás que daban a los jardines.

Nos abrazamos felices de encontrarnos en medio de aquel pequeño paraíso.

Bianca me puso al tanto del programa de la Fundación que auspiciaba el concurso y me mostró una agenda alternativa para que pudiéramos sacar provecho a esos días de la mejor manera posible.

Conversamos muy alegres mientras esperábamos a Fátima y Alex que

también habían llegado en el mismo momento.

Las demás zorras, llegarían al hotel recién al día siguiente, salvo Arumah, que se uniría al grupo después de la gala de los premios.

Dimos unas vueltas por el exuberante hotel y cenamos comida mejicana –y muy caliente - en el Mole Bistró.

Para terminar la velada y aprovechando que teníamos todo el tiempo, nos sentamos en la terraza a tomar unos traguitos.

-Me imagino que habrás traído tus cartas de Tarot...no? –

-¿Y...qué crees? ¡Por supuesto! Sabía que mis brujitas queridas estarían ansiosas de que les lea la suerte! –

Acomodé mi mazo de cartas sobre la mesa y comenzamos a tener nuestra sesión esotérica.

Según la predicción canalizada, Bianca: se rencontraría con un viejo amor...

-¡Ay Clau! Ojalá que sea Bruno! No sabes cuánto he pensado en él últimamente...

El oráculo auguraba un largo viaje hacia tierras muy lejanas para Fátima; -el mismo serviría para sanar viejas heridas y rejuvenecer su cuerpo y su alma-.

Fátima puso carita feliz y me miró con sus ojitos brillantes de emoción.

Y ¿Alex?...uy! veo muuucho dinero a tu alrededor! Deberíamos ir al casino contigo!... el oráculo te augura un momento de mucha suerte...aprovéchalos!..

-Pero veo algo malo también aquí... creo que se refiere a otra persona; es una mujer de cabellos largos y ojos muy claros... la veo en problemas...

-¿Quién será?...al parecer alguien quiere hacerle daño...mmm...veo peligro... espero que no sea aquí!

Cerramos la lectura del oráculo pidiendo mucha protección para todas y que nuestros angelitos nos resguarden de todo peligro.

La charla se prolongó hasta entrada la media noche y por fin terminamos la velada, rendidas y satisfechas.

En la mañana del día siguiente, recibimos a Gaby que compartiría el cuarto conmigo, y hacia el mediodía, se unieron Daniela, Raquel y Tatiana.

Habíamos combinado un almuerzo en el "Grill" – para homenajear nuestros paladares, con la típica parrillada argentina. Una delicia de variados platos y carnes asadas.

Sinceramente, aquel fue un encuentro de lo más emotivo. Poco me importaba ya, la entrega del presunto premio, pues lo que más me llenaba de felicidad, era poder compartir aquel momento con mis amigas zorras.

El sol quemaba en lo alto del cielo y el ruido del mar nos invitaba a darnos un chapuzón en sus aguas cálidas.

Aprovechamos el resto del día jugando y conversando en la playa.

-¡Chicas a que no adivinan? Coyote Parks está aquí en Playa Bávaro y dará un concierto esta misma noche en el Gabi Beach Club. ~¿Podríamos ir verdad?!- Raquel saltaba como una niña, con el entusiasmo; era fan de Coyote, y una oportunidad como esa no se daría nuevamente.

Rápidamente encontró quorum: Daniela, Tati y Bianca, la acompañarían a ver el show. El resto del grupo, iríamos a cenar todas juntas.

Yo me retiré junto con Gabriela, a descansar, puesto que al otro día, temprano en la mañana, tendría una cita con una periodista del diario "El Titular".

Raquel maquilló y peinó a Daniela y también a Bianca, y muy elegantes se marcharon al concierto.

El club estaba atestado de gente. Al parecer, Coyote era muy popular en Dominicana.

Mientras hacían la cola para entrar, Bianca colocó un par de billetes en el bolsillo de uno de los guardias de la puerta, y "ábrete sésamo", lograron penetrar el gentío y ubicarse en las gradas más próximas al escenario. Pues al parecer, la receta de los verdes es infalible en cualquier lugar del mundo.

El show estaba a punto de comenzar y los espectadores tarareaban las canciones más populares que lo habían hecho famoso en la isla.

Las luces se iban apagando y el clima de exaltación contagiaba aplausos.

Tatiana acompañó a Raquel al baño, unos minutos antes que comenzara el espectáculo.

-Aprovechemos ahora, porque luego cuando termine el show, se llenan de peste.

-Dale, te sigo.

Tenían que dar la vuelta por el costado lateral del escenario para aproximarse a los baños.

Tati ingresó apurada, mientras Raquel acomodaba su maquillaje en el espejo.

De pronto, observó que de una puerta contigua, salía una pareja que discutía muy acaloradamente; incluso el hombre iba amarrándole el cabello por la fuerza y a gritos, empujándola y profesando todo tipo de lenguaje obsceno.

Tenía una estrella tatuada en el cuello y vestía pantalones de cuero color negro y botas con tachas. La mujer parecía estar aterrada.

Raquel siguió la escena en vivo detalle desde el espejo y se percató de que el sujeto además llevaba un arma en el bolsillo.

-Y tú ¿qué miras perra?! – Miró a Raquel con ojos amenazantes, exhibiendo el arma, mientras con un pie, pateaba el cesto de las toallas.

Raquel estaba petrificada sin poder decir ni mu. Bajó su mirada pestañando, evitando confrontarlo.

-Tati, salgamos pronto de aquí por favor. Este sitio está peligroso. ¡Regresemos ya!

-¿Qué pasó? ¿Estás bien? – No entendía su preocupación.

-Sí, estoy bien, pero hay gente un poco rara aquí.

Apuraron su paso hasta los asientos y sin decir nada más, se sumaron a la algarabía del show.

Coyote las deleitó con sus baladas apasionadas y al terminar, Raquel insistió con acercarse a pedirle un autógrafo.

Hicieron una fila junto a otras mujeres en la puerta adyacente, esperando al galán.

Cuando por fin Coyote salió y vio a Daniela, quedó totalmente impactado con su belleza. Se le notaba el fervor al mirarla; y unos instantes después, la sedujo con su simpatía y - muy diplomáticamente- la invitó a que lo acompañara.

Daniela no supo qué responder ante la imprevista propuesta, pero las chicas la animaron, argumentando que el galán era todo un caballero.

Coyote entonces, tomó su mano y partieron en su limusina privada.

Raquel la miraba fascinada. Seguramente, luego les compartiría su famosa saga.

Las chicas regresaron al hotel; cada quien a su cuarto.

Eran casi las tres de la madrugada cuando Gaby me despertó sobresaltada. Había recibido una llamada de Raquel, que de manera exaltada, y con voz de pánico, le contaba que hacía apenas unos minutos, dos agentes de la policía se habían presentado en su recámara, y se habían llevado a Daniela, diciendo que había una denuncia en su contra y que debería acompañarlos a la unidad policial.

-¿A Daniela? ¿Cómo es posible eso? – No entendía nada.

-iNo lo sé Clau! No me explicaron mucho, según el comentario de Raquel, dice que Daniela se había quedado junto a Coyote y los músicos. Luego como a eso de las dos de la madrugada, escuchó la puerta y vio cuando despacito se recostaba en su cama, pero no llegó a cruzar palabra con ella.

-Bueno, dile que se calme y por favor, avisa al resto de las chicas y diles que vengan todas aquí a mi cuarto para ver qué hacemos y cómo la ayudamos.

Lo primero que cruzó mi mente, fue la lectura de cartas de la noche anterior.

-iLa rubia de ojos claros es Daniela! De pronto sentí un escalofrío en todo el cuerpo confirmando mi presunción.

Las zorras se movilizaron en un santiamén y lo que quedaba de la noche, nos abrazaba reunidas analizando diferentes suposiciones al abrupto acontecimiento.

Raquel había comentado el incidente en los baños del club, lo cual le había dado una especie de mala espina. Pero por más que intentáramos atar

cabos, no teníamos muchas piezas de información.

¿Qué podríamos hacer? – Nos miramos conmovidas.

Fátima recordó algo importante:

-¡La Doctora Campos! Se le iluminó la mirada.

-La abogada que te ayudó con el problema de Marielita! ¿Verdad? Acotó Bianca.

-¡La misma! Creo que aún tengo su contacto en mi agenda. Seguramente nos podrá ayudar. Solo que deberíamos esperar hasta mañana, ya que creo tener el número de su oficina en Santo Domingo.

Aquello nos traía cierta tranquilidad. Sea lo que sea, Daniela no era una criminal y seguramente, aquella demora en la policía, sería un mal entendido que con la luz del día, pronto se aclararía.

Ya sin poder dormir, nos levantamos a desayunar con los ánimos alterados.

Fátima se encargó de ubicar a la abogada y hacia media mañana, tuvimos las primeras noticias sobre lo que estaba sucediendo con Daniela.

Por suerte, la Doctora María Rosa Campos, conocía muy bien al jefe de la unidad policial y de inmediato se puso al tanto del problema.

-¿Y entonces qué te dijo Fátima? – la ansiedad nos carcomía.

-Dice la Doctora Campos, que Daniela estará incomunicada por el momento, mientras buscan evidencias; pero que ya los agentes se han movilizado en otras direcciones en la investigación y que es posible que la suelten de un momento a otro.

-Pero ¿cuál fue el problema? ¿De qué la acusan? – Gaby interrumpió su relato alborotada.

-La están acusando de homicidio.

-¿Quééééé?! ¡No puede ser!...

-Luego que Daniela regresara al hotel, encontraron a Coyote y a su chofer muertos en la limusina.

-¿Muertos?!

- Si, si...al parecer alguien les disparó con un arma de fuego, impactando a ambos al mismo tiempo.

-¡Qué horror!

-Dentro del vehículo, hallaron una tarjeta del hotel, con el nombre de Daniela y el número de su habitación. –Prosiguió en detalle.

-¡Está claro que si hubiese sido Daniela, no dejaría sus datos tan claramente!

-¡Por supuesto! Todas acordamos.

-Sí, pero tendrá que testiguar lo que sabe y lo que vio, ya que seguramente ella ha sido una de las últimas personas que ha estado con ellos antes del crimen.

Nuestros rostros tiznados por el espanto y la intriga de no comprender lo que habría ocurrido aquella noche.

Nos abrazamos todas juntas e hicimos una plegaria de fuerza, pidiendo que todo se aclare muy pronto.

A pesar de la gravedad del asunto, yo sentía tranquilidad dentro de mí y la certeza de que todo se resolvería favorablemente.

En horas de la tarde, a través de Fátima nos enteramos de que Daniela estaba libre y que ya podríamos pasar a recogerla.

-¡Menos mal! ¡Qué buena noticia!

-Sin demora, nos acercamos a la comisaría.

Daniela estaba en un cuarto junto a la abogada y otros investigadores. Se la veía demacrada del susto.

Ni bien nos vio, salió a abrazarnos, conmovida.

-¡Gracias por venir! - Lloramos de la emoción.

-¡Qué pesadilla, Dani! Me alegro de que todo se haya aclarado.

De camino de regreso al hotel nos fue relatando uno a uno los sucesos de aquella noche maligna.

Coyote la había invitado a tomar unos tragos en la barra del Club León, a

unos minutos de Playa Bávaro.

Allí conversaron muy animados por un rato, luego Coyote, prometió acercarse a Daniela hasta el hotel.

En el camino, en el cruce de la avenida España, observaron que un hombre tenía a una mujer maniatada y le dispensaba golpes de puño.

Coyote pidió al chofer que se arrimara al cordón de la calle. Bajó su ventanilla y le preguntó al sujeto, ¿qué demonios estaba haciendo?! La mujer estaba siendo golpeada sin piedad, y aún en su agonía, y con voz quebrada, les dijo que todo "estaba bien"...que la dejaran...

Coyote reaccionó insultando al malévolo cabrón que se aprovechaba de la pobre infeliz.

El tipo le hizo señas con un dedo y el chofer subió la ventanilla con precaución.

Indignados, siguieron su camino comentando el lamentable episodio. Al llegar al hotel, Daniela se acercó a la conserjería, pidió una tarjeta donde anotó el número de su habitación y se la entregó por la ventanilla. El muchacho del valet parking le sostuvo la puerta mientras se la extendía despidiéndose.

Luego subió a su habitación y ya no supo más de ellos.

Raquel inmediatamente ató los sucesos acontecidos en el baño del club, con la extraña y violenta pareja.

Le preguntó a Daniela si recordaba haber visto que el hombre llevaba un tatuaje en el cuello.

-¡Si una estrella! ¿Cómo lo sabes?

-¡Pues entonces es el mismo tipo!

-¿Lo conoces?

-¡No! Pero lo había visto en el baño del club y presentí que estaba a punto de cometer algún crimen.

-Raquel se puso en contacto con la Doctora Campos para contarle lo que había visto en aquel momento y al parecer, habían logrado identificar al sujeto.

Aquel había resultado ser un día demasiado agitado, lleno de emociones

turbulentas.

Al día siguiente, nos distendimos en la playa nuevamente y agradecemos haber contado con la protección divina, y pedimos por las almas de los muertos para que encontrasen su camino en paz.

La gala del concurso de literatura se celebraba por la noche y el hotel iba acomodando mesas en los jardines.

Habían decorado el sitio con enormes pantallas chinas colgantes desde los árboles e innumerables antorchas y velas iluminando el camino hacia el escenario.

Un sentimiento de satisfacción inundaba mi corazón aquella noche de luna nueva. Nos vestimos de largo y nos ubicamos en una mesa redonda cercana al palco. Ya había varios invitados que lucían muy elegantes.

Francisco Torrente, editor de Publicaciones Nexo, se acercó a saludarme y compartimos risas y trivialidades. A menudo hablábamos vía Skype y por fin nos conocíamos en persona.

Otros escritores conocidos también nos abordaron y la noche iba tomando clima.

Mi novela fue finalista sin llegar a recibir el premio mayor, pero me honró en su categoría, presentando un antecedente importante.

Mis amigas zorras aplaudían de alegría.

¡Por fin podíamos festejar nuevamente!

Fue una noche mágica. Incluso hasta bailamos despreocupadas.

Desde aquel momento, todo fue contagiosa alegría.

Arumah también se sumó al clan y todas juntas hicimos la danza de la diosa sobre las arenas blancas del caribe. Un tributo a nuestra amistad y un encuentro que perdurará inmaculado debajo de mi piel, por la eternidad.

Gracias por ser mis amigas zorras!

Fin

Sobre la Autora

Claudia Zamora es argentina – americana; autora de varias publicaciones, Coach profesional, especialista en PNL y mentora espiritual. Apasionada de la vida, disfruta de la compañía de su familia y sus mascotas; adora mirar el sol, leer, festejar las lunas llenas, escuchar buena música, bailar, conectarse con la naturaleza, disfrutar de buena comida y buenos amigos; pero lo que le produce mayor alegría, es pasar tiempo con sus cuatro hijos, a quien ella llama "los cuatro puntos cardinales de mi vida". Claudia ha publicado varios libros en inglés y español en una gama de temas tan diversos como el misticismo, la literatura infantil, y la conciencia espiritual. Actualmente tiene su práctica profesional en el estado de Carolina del Norte.

Email: claudiazamora@live.de

Otros Títulos:

www.claudiazamora.net